



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

La Huida

Fernando Alexander Calderón Velasco

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2014

La Huida

Fernando Alexander Calderón Velasco

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito
parcial para optar al título de:
Magister en Escrituras Creativas

Director:
Alfonso Carvajal

Línea de Profundización:
Narrativa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2014

'Mirad que yo os envío como ovejas en medio de los lobos'
Mateo, 10.16

A mis padres, mis hermanos, mis
sobrinos y mi esposa.

Resumen

'La Huida' es una novela de acción, enmarcada en la Colombia de inicio de la década de los ochentas. En ella se cuenta la historia de un hombre quien pertenece a la cúpula urbana de un movimiento insurgente y decide abandonar dicha organización. A partir de ahí se narran los eventos que suceden tras su decisión. A lo largo de la historia se desenvuelve parte de la vida de los protagonistas y cómo llegaron al momento que están viviendo. La novela presenta un inicio, un nudo y un desenlace de manera casi lineal, y lleva al lector a seguir a tres personajes principales, envueltos en un mismo eje de acciones. Esta novela se escribió como proyecto de grado de la Maestría en Escrituras Creativas, entre agosto de 2013 y noviembre de 2014.

Palabras clave: Novela de acción, Colombia, Años ochenta, guerrilla, insurgencia, Proyecto, maestría.

Abstract

'The Runaway' is an action thriller developed in Colombia on the early 80's. It tells the story of a man that belongs to an urban cell of a subversive group; the man decides to abandon the organization. The events unleashed after his decision are narrated in the novel. Along the story, the life of the main characters is developed, and it shows how they got to that point. The novel has a traditional structure with a beginning, middle and an ending, almost lineal. It also takes the reader to follow three main characters involved in the same chain of actions. This novel was written as the final project for the Masters in Creative Writing, between August 2013 and November 2014.

Keywords: Action thriller, Colombia, the eighties, guerrilla, insurgency, Project, masters program.

Contenido

| | Pág. |
|-------------------|------|
| Resumen..... | IX |
| Introducción..... | 1 |
| 1 | 5 |
| 2 | 12 |
| 3 | 18 |
| 4 | 20 |
| 5 | 23 |
| 6 | 25 |
| 7 | 26 |
| 8 | 28 |
| 9 | 30 |
| 10 | 32 |
| 11 | 35 |
| 12 | 37 |
| 13 | 40 |
| 14 | 43 |
| 15 | 47 |
| 16 | 50 |
| 17 | 52 |
| 18 | 55 |
| 19 | 59 |

| | |
|----|-----|
| 20 | 61 |
| 21 | 65 |
| 22 | 66 |
| 23 | 70 |
| 24 | 72 |
| 25 | 73 |
| 26 | 75 |
| 27 | 78 |
| 28 | 80 |
| 29 | 81 |
| 30 | 83 |
| 31 | 84 |
| 32 | 85 |
| 33 | 87 |
| 35 | 89 |
| 36 | 92 |
| 37 | 94 |
| 38 | 96 |
| 39 | 97 |
| 40 | 98 |
| 41 | 100 |
| 42 | 103 |
| 43 | 105 |
| 44 | 108 |
| 45 | 113 |
| 46 | 119 |
| 47 | 121 |
| 48 | 122 |

| | | |
|---------------------|----|------------|
| | 49 | 123 |
| | 50 | 126 |
| | 51 | 128 |
| | 52 | 130 |
| | 53 | 132 |
| | 54 | 133 |
| | 55 | 138 |
| | 56 | 139 |
| | 56 | 142 |
| | 58 | 146 |
| | 59 | 148 |
| | 60 | 151 |
| Epílogo..... | | 153 |

Introducción

A principios de los años noventa, por casualidad, me enteré de una historia sobre dos hombres trabajando en la misma compañía que huyeron el uno del otro cerca de dos años, cada uno creyendo que el otro estaba ahí para matarlo por haber desertado de un grupo al margen de la ley en cual habían militado en su juventud.

En líneas generales, siempre nos imaginamos a la gente perteneciente a estos grupos como fundamentalistas comprometidos con su causa, hasta el límite de hacerse matar por sus creencias. Es difícil imaginarlos como personas normales, iguales a uno mismo; gente con trabajos, familias, gente que juega fútbol, estudia, ve televisión y va al cine. En esa ocasión pude oír el relato de boca de uno de los protagonistas. Viendo a aquel hombre gordo, optimista, con melena rocanrolera, no fue posible hacer una conexión entre ese hombre y la persona de la cual él estaba hablando, y más parecía un cuento fantástico que no una anécdota. Y aun así, era una historia tan cierta y tan real como las cervezas que bebíamos ese día.

En la novela 'La Huida' se cuenta la historia de un hombre que abandona un grupo insurgente por su necesidad de brindar un futuro estable para su familia. Así, en los primeros intentos de escritura, se iniciaba desde su vida afuera de aquel grupo y su proceso de adaptación a una nueva etapa. Pero poseía un argumento débil y no se sostenía por sí mismo. Era necesario detallar el momento en el cual se tomaba la decisión y cómo se volvió una realidad. Allí apareció la primera dificultad, desde dónde contar la historia.

En ese instante nació el personaje de Carlos, uno de los protagonistas, quien está resuelto a dejar la organización a la cual pertenece, y junto a él aparece Adela, su esposa, quien inicialmente solo sería una sombra, pero a medida que las páginas avanzaron ganó protagonismo. Carlos y Adela son seres que sueñan con un futuro mejor, son jóvenes con deseos de cambiar las injusticias que ven todos los días y creen que cuentan con la fuerza para hacerlo. Ellos están convencidos de que pueden cambiar el mundo a través de su lucha; Carlos y Adela poseen características se parecen mucho a algunos compañeros de clase que tuve en el pregrado.

También allí nació el teniente Ramiro, el antagonista, quien fue planeado originalmente para aparecer en un par de capítulos y de repente se convirtió en un elemento indispensable; él es el cazador, él provoca los hechos que desencadenan la fuga de Carlos y Adela. En este personaje existe toda la maldad y la hipocresía de nuestra sociedad. En él se dibujan los comportamientos de un criminal cuya ideología no es lo bastante fuerte como para convencerlo de lo que hace. Sin embargo, lo hace por un concepto descabellado del deber. Concepto al cual respeta y lo convierte en su modo de vida.

A lo largo de la novela aparecen y desaparecen personajes como el comandante Jairo, Melissa, Tolú y El Verde, quienes pertenecen a la organización. Ellos tratan de mostrar a los diferentes tipos de personas que incursionan en estos grupos armados, otros seres tan defectuosos como el que más; gente común y corriente. Incluso el mismo doctor Luciano Guzmán y su hijo Germán quien pelea para el otro bando. Los dos médicos, los dos obstinados, los dos tan valientes como para defender sus ideales a toda costa, y a pesar de ser familia están separados por los insalvables prejuicios de sus bandos.

Uno de los inconvenientes más grandes que tuve, fue poder enmarcar la novela en un género. 'La Huida' es una novela de acción, inspirada en eventos reales que ocurrieron en Cucutá y Bogotá, a principios de los años ochenta. Se estructuró y se escribió de

este modo obedeciendo a los ejemplos de novelas de autores como Stephen King, Dan Brown, Patrick Suskind, Thomas Harris, William Faulkner y Juan Rulfo.

De la lectura de Stephen King aprecié aspectos sobre el tono y el ritmo en 'La hora del espanto' (Salem's Lot en su título original en inglés) y la creación de hechos asombrosos en medio de la cotidianidad como en 'Milagros Inesperados' (The Green Mile). Las obras de Dan Brown como 'El Código DaVinci' (The DaVinci Code), Angeles y Demonios (Angels and Demons) y 'El Símbolo Perdido' (The Lost Symbol) me enseñaron la velocidad de los thriller de acción y suspenso, en donde se mantiene al lector al borde de la silla, tanto como sea posible.

Para la creación del personaje antagónico encontré a dos memorables asesinos en la literatura, Jean-Baptiste Grenouille en 'El Perfume' de Suskind y el terrorífico doctor Haníbal Lecter en 'El Silencio de los Inocentes' (The Silence of the Lambs) de Thomas Harris. Durante la creación de la novela, intitué cada parte con el nombre (de hecho la letra inicial) de cada personaje, para poder saber en dónde se encontraba y tratar así de conectarme con su momento y su punto de vista. Tal idea vino a mí, después de leer 'Mientras Agonizo' (As I lay Dying) de Faulkner. Más adelante, descubrí que dicha división servía para mí como autor pero no le aportaba nada novedoso a la forma de contar la novela ni le daba una guía al lector, al contrario, en ciertas partes hacía la lectura más complicada. Por eso, en la versión final de uno de los borradores, decidí convertir las partes en capítulos y abandoné las iniciales.

De Faulkner también valoré los hechos salvajes y sus repercusiones en quienes los sufren, a partir de la novela 'Santuario' (Sanctuary). Finalmente, 'Pedro Páramo' de Juan Rulfo me sirvió para entender la atemporalidad de los hechos en función de una historia central.

El paso por la maestría me guió como escritor a buscar qué era lo que quería contar y cómo llegar a hacerlo. Gracias a tutores como la profesora Marta Orrantia pude entender la naturaleza de mi

novela; o el tutor Juan David Correa quién me propuso alternativas muy interesantes, nuevos derroteros por donde llevar la historia. El profesor Alfonso Carvajal me ayudó a encontrar una voz y un estilo que le permiten a mi escrito transformarse en una novela de acción. Gracias a él, pude reconocer sin temores el tipo de novela que quería lograr, el profesor Carvajal me infundió el valor para desafiar los preceptos tradicionales y me infundió el valor para leer y citar a mis autores favoritos, de donde saqué aspectos relevantes en términos de tono, ritmo, vocabulario, etc. Antes que enseñarme a escribir, la maestría me enseñó a leer, a investigar, indagar, crear y recrear.

Mi propósito al escribir esta novela, fue tratar de humanizar el conflicto que vivimos día tras día. Un conflicto desdibujado por los medios de comunicación y su sensacionalismo, en el cual las víctimas se tratan como números y poco a poco ya no vemos a estas personas como seres humanos sino que son otra cifra de las consecuencias de esta guerra no declarada en nuestro país.

Espero haber logrado mi cometido. Depende ahora de los lectores saber si finalmente pude tocar esa fibra interna que nos permita reconocer la brutalidad en nuestra indiferencia ante la situación que vivimos. Si no llega a ocurrir ahora, tengo consuelo en las palabras de Walt Whitman: 'En la literatura podemos hablar más allá de la muerte'.

1

El vientre moreno de Adela brillaba mientras Carlos la veía. Carlos pensaba en su futuro lejos de esa ciudad, lejos del movimiento, lejos de todo aquello que definió sus vidas los últimos seis años. Carlos no conocía a nadie, vivo, que hubiera desertado.

La primera vez que asistió a una de las reuniones de la Organización fue por Adela. Cuando los dirigentes lo oyeron, creyeron haber encontrado a un tipo a quien cultivar, un hombre para llevar lejos. No sabían que él estaba allí solo por una mujer. La misma que ahora dormía a su lado.

Al darse vuelta, trató de contener la respiración para no molestarla. Se levantó despacio y fue al balcón. En su torso desnudo sintió el aire tibio y húmedo del trópico. Como los viejos, predijo con certeza días de aguaceros. Encendió un cigarrillo disfrutando de cada chupada. Sabía que no volvería a fumar; se lo prometió a Adela cuando ella le contó del embarazo.

Quiso llorar. Tal vez como una coincidencia cósmica esos dos hechos se dieron casi simultáneos: el instante en que se dio cuenta de que estar en la Organización era una tontería y el momento en que ella le dijo que iban a tener un hijo. Dio la última bocanada y tiró la colilla. Se quedó perplejo un instante, sumergido en un océano de dudas, sintiendo cómo se ahogaba sin encontrar alguna solución. De repente, en medio de sus cavilaciones los brazos de Adela lo salvaron de su abismo y ella le susurró al oído.

—Ven a la cama.

El teléfono lo sacudió de una horrible pesadilla. De inmediato despertó y lo atrapó antes del tercer repique.

—Aló.

—¿Carlos?

La voz del otro lado sonaba sin acento ni emoción. Carlos tardó una fracción de segundo en reaccionar

—Sí, sí.

—La reunión de las diez se movió para las ocho.

Carlos dudó antes de colgar. No era normal un cambio de hora para las reuniones. Solo ocurrió una vez antes y no quería pensar que pudiera pasar de nuevo.

Adela llevaba rato despierta, angustiada por Carlos.

—Tenemos que hablar.

Carlos sintió derrumbarse todo a su alrededor.

—Yo sé, pero ahora no. Me tengo que ir.

Cuando llegó al edificio todo parecía en calma. No había nadie en la entrada. Carlos golpeó. Una ventanilla se abrió en la puerta y del otro lado se oyó una voz.

—¿Quién es?

Carlos se acercó un poco y con un susurro respondió.

—Carlos.

La ventanilla se cerró. Escuchó el crujir de la puerta mientras se abría lenta.

—Llega tarde, hace rato lo estábamos esperando.

—Sí, yo sé pero...

—Siga. Segunda planta.

Una escalera se adivinaba al fondo de un pasillo en donde apestaba a orines. Al final de la escalera encontró una sala, decorada con réplicas de cuadros de artistas famosos. Un ventanal que daba a un patio trasero completaba la sala por el lado opuesto a la escalera. El ventanal iluminaba la sala dándole un aire monacal.

—Carlos, bienvenido —saludó el Comandante Jairo.

Jairo, algo pesado, entrado en años, lo condujo hacia una mesa de madera lejos del ventanal. Se sentaron junto a Julio y Camilo, dos camaradas, y al tipo tosco que abrió la puerta unos minutos antes. Carlos no entendía el porqué del cambio de hora. Miró a los hombres alrededor de la mesa y pensaba si él era el único que sospechaba. Oía las palabras de Jairo como un ruido de fondo. Jairo podría haber estado hablando en chino y él hubiera entendido lo mismo. Hizo un esfuerzo por concentrarse.

—Hoy nos acompaña el teniente Ramiro —y señaló al hombre tosco que abrió la puerta —, quien fue enviado para ayudarnos a solucionar nuestro problema. Vamos al grano, caballeros. Es posible que hasta nosotros haya llegado la corrupción del gobierno de la mano de un traidor.

Todos se miraron preocupados.

—Estamos aquí porque necesitamos tomar una decisión urgente, hacer confesar a ese traidor.

Carlos quiso salir corriendo. Temió por su vida.

—Hemos descubierto al camarada Henry brindando información a la policía. No es un rumor; está confirmado por la gente de inteligencia.

Carlos sintió un alivio fugaz. Henry le ayudó a abrir los ojos, le insistió en que esa vida, la de la Organización, era un desperdicio. Y ahí estaba Carlos, sudando más de la cuenta, con las piernas flojas. Parpadeó. Pensó en la muerte de Ciro Blandón, un compañero, y se sintió más cerca de la tumba. Si habían descubierto a Henry, qué tanto sospecharían de él.

Aunque Carlos llevaba un tiempo considerándolo, era solo un plan sin forma ni fin, pero ahora significaba algo diferente. Tenía que huir.

—Hoy mismo tomaremos medidas al respecto, por lo tanto solicito su colaboración y respaldo.

—¡Claro! —dijo Julio— ¿Qué tenemos que hacer?

El teniente Ramiro tomó la palabra:

—Compañeros, aunque nuestra lucha se ha esforzado siempre por contar con los mejores elementos, es una pena comunicarles esto. El camarada Henry no actuó solo. Alguien dentro de la Organización está envuelto también. Puede que no sea de la cúpula. O puede que sí. Para eso los llamamos: necesitamos información, que piensen a ver si recuerdan algo que les haya parecido sospechoso. Algo que nos pueda dar una pista sobre quién o quiénes más están con Henry en la traición. Esto es la guerra señores —dijo con los ojos enrojecidos de emoción— y en la guerra hay que matar a los batráceos.

Un silencio tenso se tomó la sala. Les estaban advirtiéndoles porque no confiaban en ellos tampoco, y tal vez ya sabían quién era el soplón. La mirada de Carlos se cruzó con la de Jairo.

—Carlos, ¿Nos quiere decir algo?

Carlos estaba perdido.

—No —y se quedó pensando un momento—. O sí. Henry y yo nos habíamos distanciado desde la muerte de Ciro Blandón. Yo creo que fue por eso que decidió hablar con esa gente. Para mí que el hombre nos dio todas las pistas sino que no las supimos juntar. Recuerda, mi comandante, que yo le conté que Henry estaba como muy raro, muy callado.

El comandante Jairo se sorprendió por la pregunta. Miró al teniente Ramiro y dudó.

—Sí, sí. Ya lo recuerdo. Al parecer Henry sí nos estaba dando pistas y no nos dimos cuenta.

—Es una lástima mi comandante. De haber sabido antes yo mismo lo hubiera matado —dijo Carlos. Escuchaba su propia voz fuera de sí. Se sintió parte de una película mal doblada y que todos se daban cuenta.

—Conforme camarada —contestó Jairo. Luego se dirigió al teniente Ramiro—. ¿Qué sigue ahora?

—Ahora viene el traidor y será enjuiciado, sentenciado y ejecutado de inmediato. No tenemos tiempo que perder. Debemos averiguar cuánto ha filtrado y si estamos en peligro. Será muy rápido. Luego

del juicio, ustedes nos ayudarán a definir las medidas a tomar. Sin embargo, la pena mínima para el camarada Henry es la muerte. El teniente Ramiro dijo estas últimas palabras con especial cuidado.

Carlos sintió una gota de sudor frío resbalando por su espalda. Si utilizaban la motosierra el camarada Henry iba a cantar hasta lo que no sabía. Carlos estaba jodido. Sintió rabia e impotencia imaginando las consecuencias si se enteraban de sus conversaciones con Henry. Adela pasaría a ser mujer de otro y su hijo crecería como un bastardo dentro de la Organización por ser el hijo de un traidor.

Carlos no iba a permitir esto. Deslizó la mano derecha despacio hacia su cintura, buscando la pistola. Iba a darles plomo a todos. Sintió un frío en la nuca, distinto de sus propias gotas de sudor. Prestó atención un segundo y escuchó un "click" con claridad. Los presentes enmudecieron.

—¿Busca algo, camarada?

La voz no era amigable, ni mucho menos. Intentó voltear para ver a su interrogador. Un movimiento brusco le devolvió la cabeza. Allí, miró de frente de nuevo, el teniente Ramiro no estaba en su silla. No lo vio levantarse y ponerse detrás de él. Carlos levantó la mano izquierda para mostrar que no tenía nada, mientras la mano derecha siguió hacia abajo, y de uno de sus bolsillos hizo aparecer un paquete de cigarrillos de marca extranjera.

Una sonora carcajada rompió el silencio.

—¿Qué pasa teniente? —dijo el comandante Jairo— ¿Quiere acción de una vez? Déjeme recordarle dos cosas. Primero, estamos acá para juzgar a Henry, a nadie más. Segundo, y aún más importante, acá, en esta sala, este día, en esta Organización, en esta ciudad, yo y solo yo decido quien sigue vivo y quien se muere. Siéntese de una vez y no joda a un hombre tan recto como el camarada Carlos —luego se dirigió a todos en general—. Esto es el resultado de reclutar por fuera de las universidades, se encuentra uno con gente que no sabe hacer caso.

Todos los hombres rieron tras el comentario. A Carlos le salió una risa mal fingida. De repente sintió el calor de un aliento junto a su oído.

—Yo no le creo que sea tan recto. Usted está escondiendo algo hijueputica. Le aseguro, hoy no salimos de aquí sin que todos lo sepamos.

El teniente Ramiro se fue a sentar junto al Comandante Jairo. Quería pegarle un tiro por la humillación. Él no se había hecho teniente a punta de reuniones en la ciudad y el comandante no tenía por qué desautorizarlo de esa manera. Era su nombre, su reputación, su posición. Maricones. Eso eran las milicias urbanas; no entraban en combate tan seguido y nadie los jodía ni los amenazaba. Una vez más, el teniente Ramiro reconoció que extrañaba la vida en el monte, más de lo que le hubiera gustado admitir. Allí nada era tan complejo; sin reglas, sin etiqueta, sin complicación. Él prefería siempre disparar primero y preguntar después.

Pronto volvería al monte, apenas se solucionara este asunto del traidor en el grupo de Jairo. Incluso era posible pensar en investigar al comandante mismo y averiguar hasta qué punto era su responsabilidad. El comandante Jairo estaba viejo y la codicia lo dominaba. Probar que no era el hombre indicado para el cargo podría llegar a ser fácil y esa sería una buena venganza para Ramiro. O darle un tiro. Eso lo vería después.

Un teléfono timbró. Jairo caminó hasta una mesa al fondo de la sala y contestó. Después, sin decir una palabra colgó y se dirigió a todos.

—Ya está acá. Es nuestro deber hacer esto bien. Vamos a obligarlo a revelar la información entregada a la policía, y quién más está involucrado con él en la traición.

El teniente Ramiro se puso de pie y se dirigió hacia la escalera, desapareció por allí de un solo salto.

—¿Entonces ya están todos? Creí que yo era el primero. Quería llegar antes para hablar con el Comandante Jairo. Oiga, pero

¿movieron la reunión? Porque es como casi una hora más temprano de la cita.

Al llegar a la entrada de la sala Henry vio a los cuatro hombres sentados alrededor de la mesa y se estremeció.

2

Durante su tiempo en la organización, Henry nunca se estuvo en una reunión tan tensa, salvo esa vez. A casi nadie le gustaba recordarla, a él tampoco. Se hallaba incómodo desde su arribo. No le gustó el cambio de hora y que no le hubieran avisado. Además, no le producía confianza la mala educación del teniente Ramiro. Carlos intentó hacer contacto con él, como queriendo decirle algo. No le interesaba. Ya la reinserción estaba lograda, la protección a testigos era un hecho y la recompensa a recibir por la información suministrada iba a alcanzarle para salir del país, con su mujer, la camarada Melissa, y todo iba a estar bien. Tal vez eso, tal vez Carlos le quería decir que ya estaba convencido, que sí quería colaborar. No era posible. En ese bus ya no había más puestos.

—Teniente Ramiro, puede traer el computador para hacer el acta. Al parecer hoy no vamos a llegar a ningún acuerdo —dijo el comandante Jairo.

El teniente Ramiro se levantó y cruzó la sala en dirección al ventanal. Henry notó una vez más a Carlos intentando enviarle un mensaje secreto, de comunicarle algo. Muy tarde. El camarada Henry sintió un golpe en la cabeza y todo a su alrededor se desvaneció.

El agua fría sacó a Henry de las sombras. Observó a los hombres rodeándolo y tardó un rato en descubrir en dónde se encontraba. Ya no estaban en la sala amplia y bien iluminada del segundo piso. Un fuerte bofetón terminó de despertarlo. Le dolía la nuca y también le dolía la cara.

—Camarada Henry, ¿sabe por qué estamos aquí? —dijo Jairo.

—¿Qué?

El teniente Ramiro le dio otro bofetón, más fuerte. Henry sintió como sangraban su boca y su nariz. Tras el golpe vino un baldado de agua fría, casi congelada.

—No juegue con nosotros Henry. ¿Sabe por qué estamos aquí?

—No señor, no sé.

El teniente miró a Jairo y este le hizo un leve gesto de aprobación con la cabeza. Ramiro le dio un golpe en la cara a Henry, reventándole el pómulo.

—No haga esto más difícil para usted. Cuéntenos qué sabe y se va a acabar el dolor, se lo prometo.

La voz del Comandante Jairo sonaba casi paternal.

—Mi Comandante... por favor, no sé qué quiere oír.

El puño cerrado de Ramiro descendió con fuerza en el ojo de Henry. Ahora el lado derecho de la cara estaba hecho un mazacote de carne sin forma. Después, el teniente Ramiro se reacomodó y mirando de frente a Carlos, quien estaba de pie detrás de la silla, le descargó un puño en el costado a Henry. El golpe lo obligó a escupir sangre. En ese momento Carlos pudo observar el objeto envuelto en la mano del teniente Ramiro, era una manopla de hierro.

—¿Que qué quiero que me diga? No sea descarado, ¡maricón! ¡¿Por qué estamos aquí?! —gritó el comandante.

—Mi Comandante, por favor... no sé de qué está hablando. No siga, por f...

La súplica se vio interrumpida por un jab de izquierda a la boca. Dos dientes salieron a volar y la sangre corrió a borbotones por los labios y la nariz.

—¡Cuidado pendejo! ¿Si no puede hablar cómo va a hacer para confesar?

—Mmm commndtee.

—¿Qué? ¿Ya tiene ganas de hablar? Lo veo mal para hacerlo. Cuénteme qué quiere —el comandante acercó la cabeza, para poder

entenderle mejor. Un instante después, su rostro se enrojeció y se volvió agrio. Se levantó y gritó— ¡Traiga la motosierra! este huevón cree que está tratando con brutos.

—Nooooo, mi Comandante, por favor, nooo. Se lo juro, yo no sé nada.

—Mire Henry, lo que más me duele es que trate de insultar nuestra inteligencia. Cuéntenos qué ha pasado y todo esto se acaba ya.

—Mi Comandante, por favor, perdóneme —dijo Henry entre sollozos—. Un policía me buscó y quiso hablar conmigo, pero yo no le dije nada.

La cara del comandante palideció, en cualquier momento hubiera podido sufrir un infarto. Miró de reojo al teniente Ramiro y este comprendió. Carlos, Julio y Camilo sintieron un escalofrío cuando escucharon arrancar la motosierra. Mientras tanto, Henry aullaba y gritaba tratando de soltarse de las cadenas que lo ataban a la pesada silla de metal clavada al suelo por dos potentes remaches de buque en cada pata.

Cuando Henry vio la motosierra prendida delante de él empezó a contar todo.

Henry les dio detalles de un año atrás cuando fue contactado por gente del Ministerio de Seguridad. Ellos le prometieron ayudarlo si les contaba lo que sabía de la Organización. Le tomó casi seis meses aceptar. Finalmente lo hizo por el asesinato de los profesores del Caney, en La Paloma.

La masacre del Caney, en el pueblo de La Paloma, había sido difundida ampliamente por los medios de comunicación. Aunque Carlos no estuvo allí, sí se enteró de los detalles gracias a Henry, quien regresó muy afectado sobre todo por dos hechos fundamentales: Primero, las pruebas presentadas a la columna antes del ataque eran una farsa. Segundo, y tal vez lo que más convenció a Henry de tomar la decisión de reinsertarse, fue la crueldad con la que llevaron a cabo la masacre.

El ruido de la motosierra lo calló por un momento. Luego, al ver en el suelo el pedazo de carne que antes era su mano, el camarada Henry empezó a gritar y a aullar con más fuerza.

Luego de un rato Henry empezó a reír.

—¡No soy el único! —gritó, tal vez en un ataque de locura a causa del terror y del dolor producido por la motosierra— Me llegan a tocar con esa cosa otra vez y me muero antes de contarles quién más está vendido ¡hijueputas! —unas horcajadas de vómito le cortaron la risa.

El comandante miró al Teniente.

—¿Usted qué cree? —dijo Jairo.

El teniente Ramiro le devolvió la mirada.

—Amenácelo. Habrá alguien que sí le duela.

—¿Será cierto? ¿Sí hay alguien quién le duela? Déjeme pensarlo. Tengo un nombre en la punta de la lengua, a esta edad ya la memoria falla. Meee... ¿Qué? ¿Usted sabe cuál es ese nombre?

—Melissa —contestó el teniente Ramiro.

—Eso es. Melissa. Hasta bonito el nombre. No sé porque se me estaba olvidando.

Henry se llenó de espanto al pensar en lo que podía pasarle a ella. Aún con los sentidos bastante perturbados y la cabeza hecha un revuelto de emociones solo tuvo un instante de claridad, el tiempo suficiente para maldecirse por amarla tanto.

—Solo somos dos —dijo entre lágrimas mientras bajaba la cabeza.

La confesión Henry incluyó un informe detallado de las fechas cuando se habría reunido con la ley y los datos proporcionados, incluyendo el nombre de los contactos bajo vigilancia policial y aquellos contactos cercanos al cartel de los hermanos Henríquez.

—¡Este es mucho hijueputa tan sapo! —rezongó el teniente Ramiro, mientras dirigía una mirada de odio y desprecio a Henry. Al mismo tiempo le tiraba agua fría encima para evitar un shock por la pérdida de la mano.

—¿Quién más está hablando con la policía? —preguntó el comandante Jairo, en un tono suave, casi como rogándole.

—Pues no sé cuánto hablaron, solo sé que hablaron una vez y le ofrecieron el mismo trato —dijo Henry en palabras incompletas y difíciles de entender.

—Sí mijo, sí ¿Quién?

—Tengo sed —murmuró Henry.

—¡Agua! Denle agua a este pobre muchacho ¿qué clase de salvajes somos? Nooo. Tome mijo —pasándole un tarro con agua—, dígame ¿quién fue el otro?

Sus ojos empezaron a dar vueltas por la sala, buscando dónde anclarse.

—mbre jod... mas...

—Tome otro poquito de agua mijo, aclare la garganta. Eso. Así. Ahora sí.

Carlos se sintió un completo cobarde mientras veía la agonía de Henry. El miedo se apoderó de él. Sus instintos se aguzaron esperando ese momento, pronto todos lo estarían viendo entendiendo de inmediato. Algo estaba claro, el primero en morir debía ser el teniente Ramiro, por lo demás no le importaba si los otros sobrevivían a su ataque. Después de haberlo visto torturando a Henry, Carlos no lo iba a dejar vivir un día más.

El teniente Ramiro se fue acercando despacio a su presa. Estaba seguro de que Henry iba a nombrar a Carlos y no lo iba a dejar escapar. El teniente Ramiro sabía que Carlos era muy peligroso.

Sus ojos dejaron de rondar por fin y se clavaron en los ojos del camarada Camilo.

En un acto reflejo, Camilo sacó su pistola y la descargó varias veces contra la humanidad del teniente Ramiro quien se le abalanzó como un tigre. El comandante Jairo miró a Julio. Su reacción fue muy lenta, Julio ya lo tenía encañonado.

—Mentiras mi comandante. Yo conozco a Camilo y él no es un traidor.

—Baje el arma Julio. Yo sé.

Apenas Julio bajó el arma sintió un dolor intenso en el estómago, seguido de un tibio reguero bajando rápido hasta las piernas.

—Yo sé. Pero nadie le dice mentiras a la motosierra —le susurró al oído a Julio mientras este no terminaba de entender lo que acababa de pasar.

Carlos tomó su pistola y se encontró frente a frente con el Comandante Jairo, quien aún sostenía el cuerpo del camarada Julio apoyado contra sí mismo. Carlos Urquijo le apuntó a la cara mientras sus ojos se llenaban de odio.

—Yo soy el otro que habló con la ley. No se preocupe. Nunca les dije nada, y tampoco se los voy a decir. Solo tenga presente una cosa, esta revolución esta tan muerta como usted.

El disparo le atravesó la cabeza y el cuerpo del Comandante Jairo cayó despacio.

Carlos se acercó hasta Henry quien tenía en la cara una risa burlona revuelta con una tos llena de sangre.

—Gracias —dijo Carlos.

—Mmmmeee...

—No se preocupe. Yo la busco y le aviso.

En el espeso silencio de la habitación después del tiroteo, se oyó claro el chasquido de un arma cargándose. Carlos y Henry voltearon a ver. Allí estaba Camilo apuntándoles.

—¿Por qué dijo mi nombre? ¿Quién le contó que con mi hermano nos íbamos a volar también?

Silencio.

—Usted, ayúdeme a llevar a mi hermano a un hospital.

—Él no necesita un hospital. Ya está muerto —dijo Carlos.

Carlos se le acercó. Camilo le apuntó.

—Vámonos, vámonos ya —dijo Carlos.

—Váyase usted, yo todavía tengo un asunto por arreglar.

No lo pensó dos veces. Salió corriendo dejando atrás los últimos seis años de su vida. En lo que a él respectaba, en ese tiroteo el camarada Carlos también había muerto. A partir de ahora él era solo Carlos Urquijo.

3

El camarada Camilo se acercó al cuerpo del comandante Jairo y le disparó una vez más. Después miró a Henry y le empezó a hablar.

—Si me dice por qué me nombró a mí y no a su novio, le disparo de una vez y no lo dejo sufrir más.

Henry levantó la mirada y con un gesto de indiferencia dejó caer la cabeza sobre el pecho. Un nuevo disparo sonó y Camilo se desplomó mientras detrás de él, como resurgiendo del infierno mismo, se levantaba la figura del teniente Ramiro, quien chorreaba sangre de alguna herida en la cabeza.

El teniente caminó despacio y se quitó la chaqueta que tenía puesta y también un chaleco antibalas. Se miró el pecho y vio los moretones producidos por los balazos recibidos. Se limpió un poco el pantalón y buscó una silla para sentarse frente a Henry. Puso la silla de espaldas y se sentó con las piernas abiertas.

—¿Sabe una cosa? Lo admiro mucho, mejo. Tener el valor de engañarnos a estas alturas, después de lo que le hicimos, sabiendo lo que le puede pasar a ella gracias a su traición. No, no, no. Usted es un tipo muy valiente.

Henry apenas si tenía fuerza para levantar un poco la cabeza. Deseó tener la fuerza suficiente para insultarlo.

—¿Sabe para dónde se fue su amego?

Henry intentó escupirlo y lo que expulsó fue una baba rojiza que no llegó más allá de su propio pecho. El teniente Ramiro lo miró con lástima.

—Cierto ¿no? Bueno, esto es todo entre nosotros. Sin embargo, déjeme adivinar, donde puedo encontrar a su amego rata traidora. No le ayudó, lo dejó abandonado y en vez de darle un tiro y no

dejarlo sufrir más solo se largó. ¿En dónde? ¿En dónde? ¡Ah! ¡Ya sé! Mínimo le prometió ayudar a su mujer, a la Melissa. ¡Oiga! ¡Yo estoy perdiendo plata acá! ¡Yo debería montar una línea astral! ¡Adivinar el futuro! En tu futuro veo mucho dolor camarada Henry, mucho pesar.

El teniente Ramiro en silencio contempló a Henry un rato. Se pasó la mano por la cara y jugueteó con la sangre que le quedó entre los dedos. Quedó absorto un momento, maravillado ante la prueba de su vulnerabilidad. Se sintió vivo. Un instante después volvió de sus pensamientos y se dirigió a Henry. Sacó un cigarrillo de los que le quitó antes a Carlos y lo encendió. Luego se lo puso en la boca a Henry y él aceptó.

—Usted hizo todo por amor, ¿o me equivoco? —le dio otra chupada al cigarrillo— Debe ser hasta bonito estar enamorado —el teniente Ramiro se empezó a reír—. ¡Nah! ¡Qué va!

Empezó a caminar lento y pesado hacia la luz brillante proveniente de la puerta que dejó abierta Carlos Urquijo en su fuga. De repente se detuvo y se volteó hacia Henry.

—Creo que entonces no le va a gustar esto. Fue la Melissa la que nos contó que usted nos traicionó.

4

Adela Mendoza tuvo un presentimiento desde la mañana. Sacó la pistola guardada en el closet, junto a los zapatos de tacón nunca usados, la misma que guardó cuando supo de su embarazo y que juró nunca más usar. Apenas tres horas después de la partida de Carlos y ella lo extrañaba como nunca. Se sintió desprotegida y a pesar de que jamás en su vida dependió de la compañía de un hombre en ese instante lo quería a él junto a ella. El teléfono sonó y su preocupación aumentó. Levantó el auricular con recelo y trató de identificar la voz del otro lado. Aunque era Melissa, Adela no se sintió tranquila, al contrario, se le hizo muy extraña la llamada después de tanto rato de no estar activa en la Organización. Adela conocía del malestar de Melissa porque ella ya no estuviera activa, pero el trabajo de Carlos lo hizo ascender muy rápido durante los últimos años, y por eso ella estaba recibiendo estas pequeñas recompensas.

Adela no había oído a nadie llamarla camarada hacía mucho tiempo, y no le agradó escuchar cuando la llamaron así de nuevo. Minutos después el teléfono sonó otra vez y Adela contestó ya sin miedo, pero con desconfianza.

—¿Lo encontraste?

—Sí.

—Perfecto. En una hora alguien va a ir a recogerlo, discúlpame por tanta molestia.

—No es molestia. ¿Quién va a venir?

Silencio.

—No sé. Creo, eehhh. Son unos nuevos.

—¿Unos?

—No sé. A mí solo me pidieron llamar para ver si ibas a estar.

La respuesta de Melissa fue extraña, más allá de los celos y la envidia que las separó los últimos meses. Adela se acercó a la ventana y no vio nada anormal. Tal vez tendría tiempo para prepararse. Maldijo su somnolencia y la pesadez producida por el embarazo. Unos minutos más tarde se asomó de nuevo a la ventana y notó un vehículo de vigilancia.

Las órdenes del teniente Ramiro habían sido claras, la mujer debía ser eliminada sin reparos en su estado de embarazo. En el caso de traición de un hombre, su mujer era quien recibía el castigo: la habrían llevado al monte para ser una colaboradora de los campamentos. En esta ocasión era diferente por ser una mujer peligrosa, inteligente y de buena familia. Ella misma protagonizó varios de los asaltos ideados por Carlos, y su actuación bien le había valido su sobrenombre: "la Guerra". Sin embargo, el castigo final para ella y para su hijo se debía a su descendencia de noble cuna. Que sus padres y su familia fueran parte de las élites del país y de la clase gobernante la condenaron a morir.

Los hombres esperaron allí más de dos horas, atentos a cada movimiento de quiénes salían y entraban en el viejo edificio ubicado en el centro de la ciudad. El insoportable calor los sofocaba haciendo la espera más agónica. Por fin recibieron órdenes. El juicio había sido un fracaso. El comandante Jairo cayó en acción junto a otros militantes. Los camaradas Camilo y Julio fueron dados de baja por el traidor Carlos. El mensaje solicitaba actuar con eficiencia, este operativo no podía salir mal. Dos hombres se desplazaron con sigilo por las plantas del edificio hasta llegar a su objetivo. Abrieron la puerta despacio y se adentraron en el modesto apartamento de una sola alcoba.

Las ollas reverberaban con paciencia en la cocina, música a bajo volumen se confundía con el rumor de la vida diaria y pudieron adivinar, más que oír, agua cayendo en la ducha y hacia allá se dirigieron. Con suavidad ingresaron en el pequeño baño, por entre

la niebla del agua caliente cayendo a chorros. A través de una cortina de baño vieja observaron su cuerpo de mujer desnuda, perfecta. Apuntaron las armas automáticas y se prepararon para hacer fuego. Jamás se lo hubieran imaginado, la leyenda de "la guerra" iba a terminar así de fácil. Era una pena. Esa mujer dio gloria al movimiento y este sería su fin, por la espalda, sin saber que había sido ejecutada en nombre de esa gloria que ella misma protegió y ayudó a fortalecer.

En fin, ella siempre supo de los riesgos de pertenecer al movimiento.

5

La gente corría en desbandada, gritando cosas imposibles de entender. El ruido de la balacera se oía en varias cuadras a la redonda. Una pequeña muchedumbre se estancó en la esquina, observando sin perder detalle.

Carlos Urquijo se mezcló con los curiosos. Trató de pensar con velocidad qué hacer, cómo actuar. Vio a un hombre en la entrada principal del edificio disparando ocasionales ráfagas hacia adentro. Identificó un vehículo en la calle. Estaba desocupado. Calculó que por lo menos eran cinco hombres envueltos en el operativo. Los dos cuerpos humeantes en medio de la calle lo llenaron de alegría, se notaba que cayeron por el balcón. En ese mismo balcón esa madrugada, él decidió huir. Adela seguía viva y por estar embarazada no había dejado de ser "la guerra". Adentro del edificio debían encontrarse los otros hombres. Carlos se acercó despacio a uno de los cadáveres, le quitó el arma de las manos y se dirigió a la puerta sin ser visto. En un movimiento veloz aniquiló al hombre de la puerta. Se adentró en el edificio hasta donde empezaba la escalera. De repente hubo un silencio total, forzado, extraño. No oyó más balas ni más gritos. Solo silencio. Se escabulló por la escalera hasta el tercer piso y pudo por fin oír algo. Eran unos susurros. Una voz moribunda daba una orden fulminante.

—Haga estallar esa mierda ya.

El estallido hizo volar a Carlos por los aires. Se tomó la cabeza con las dos manos creyendo que el cerebro se le iba a escapar, el mundo empezó a disolverse y Carlos Urquijo se desvaneció.

Cuando Carlos despertó no sabía en dónde estaba.

—Y si yo le pregunto qué pasó, usted no me va a decir nada ¿Cierto?

Carlos conocía esa voz. La había oído antes.

—Y si le digo que nosotros podemos ayudarlo. Usted sabe, ya no hay reversa. Hay testigos. Mucha gente lo vio matando gente en la Rosaleda ¿Sus jefes no saben ya?

Carlos reconoció la voz, era el general Alberto Rivas, asesor militar de los negociadores del gobierno.

—El trato no es el mismo, miijo. Usted me cuenta todo lo que sabe y yo lo cuido. Lo de la plata y esas cosas ya está más complicado por aquello de, bueno, Henry nos ayudó mucho y solo nos faltan unas cosas poquitas. Usted verá.

—Adela... ¿en dónde está Adela?

—Lo siento mucho, miijo —Alberto buscó el mejor modo de dar esa noticia hasta caer en la cuenta de que no existía forma de que sonara menos trágico—. Al parecer usted es el único sobreviviente. De los otros en ese edificio no hemos podido ni rescatar los cuerpos.

6

Todo se había jodido más allá de cualquier predicción por pesimista que esta hubiera sido. No solo tuvo al Judas de frente, sino que también descubrió que muchos estaban siguiendo ese ruin camino. Lo peor de esto era que él se traicionó a sí mismo al desconfiar de sus instintos. Si hubiera matado a Carlos apenas presintió que él era quien estaba con Henry, nada de esto hubiera pasado; aunque también hubieran quedado impunes Camilo y Julio. Era imperdonable que estando bajo su control el juicio se hubiera arruinado y encima se le habían adelantado en asesinar al comandante Jairo. Además, varios hombres habían sido insuficientes para matar a una sola mujer.

Cazar a Carlos iba a ser muy interesante, y cuando lo atrapara, iba a matar a Adela en frente de él solo para que supiera quién era el que mandaba. O no. De pronto lo mataba a él delante de ella. Después decidiría.

Ya tenía el rastro de ella. Al contrario de lo que la policía y el ejército pensaban, Adela estaba viva, huyendo, y él conocía con exactitud para dónde iba y con quién.

Pero antes que nada era necesario atrapar a Carlos rápido y hacerlo pagar. Ese cobarde pusilánime vendido era capaz de cantar hasta lo que no le preguntaran con tal de no ir a la cárcel. En ese momento era urgente quitárselo a las fuerzas del gobierno, de inmediato.

7

Adela Mendoza y Melissa respiraban agitadas. Escondidas tras unos arbustos esperaban el momento justo para continuar. Luego de un rato el camino se vio desierto y las dos mujeres reiniciaron su marcha. Adela cojeaba y Melissa miraba constantemente hacia atrás, como esperando a alguien.

—Adela, ¿para dónde vamos?

Adela Mendoza ni siquiera tuvo necesidad de detenerse para contestar. Su respuesta había sido meditada hacía tiempo. Su respuesta llevaba en su vientre diez semanas.

—Vamos lejos de acá, donde yo pueda tener a mi hijo en paz.

Caminó unos cuantos pasos más en silencio.

—Vamos a donde nadie sepa que fui la camarada Adela.

Melissa a su lado trataba de mantenerse alerta, sentía que en cualquier momento podría desmayarse por el cansancio. Le asustaba pensar que si permitía que Adela se fuera sin ella no iba a haber perdón y el teniente Ramiro la mataría.

Las dos mujeres caminaban despacio. Melissa empezó a divagar, pensando en su propio futuro. ¿Qué pasaría si ella decidiera algún día volver a ser ella misma y no ser más la camarada Melissa? Las opciones no le agradaron. Volvería a ser la mujer común y corriente que un día empezó a estudiar trabajo social en la universidad más reconocida del país; aquel ser temeroso y delicado que se asustaba con arañas e historias de muertos que venían del más allá a comunicarse con los del más acá. No era una alternativa. Menos ahora que se sentía más mujer que nunca, segura de sí misma, convencida de que dan más susto los vivos que los muertos.

De su delicadeza y su esencia femenina tan solo quedaban pocos rastros que dejaba salir a flote cuando se encontraba a solas con Henry. Pero ahora que Henry se había convertido en un traidor, ya ni en esos momentos ella volvería a ser la mujer que algún día fue. De no ser porque existían instrucciones precisas de colaborar con la captura de Adela viva, ella misma la hubiera matado en ese camino polvoriento que las alejaba cada vez más de la ciudad. Pensar que en cualquier momento las encontrarían la satisfacía a un nivel muy íntimo, casi sexual; una leve sonrisa escapó de sus labios y Melissa tuvo que admitir que eso era algo que le había encantado toda su vida: ella había nacido para ser una sapa. Adela solo pensaba en Carlos. Sintió una vez más que lo extrañaba con desesperación, como se extraña el aire, el agua o la comida. Las luces de un camión la sacaron de sus pensamientos. Fue tan rápida su aparición que no hubo tiempo de saltar fuera del camino a ocultarse, además tampoco tenían las energías suficientes para hacerlo. El vehículo se detuvo frente a ellas, cegándolas con sus faros. Nada ocurrió. Los ocupantes del vehículo permanecieron adentro mientras las mujeres esperaban a que algo ocurriera. Con el rabillo del ojo Melissa observó que Adela tenía lista su pistola. Ella misma se preparó igual. Si eran atacadas en ese instante eran vulnerables y no existía posibilidad de sobrevivir. Las puertas delanteras se abrieron y dos hombres se bajaron del camión.

8

—Dígale al general Rivas que está bien. Que voy a hablar.

El soldado se comunicó por radio y en menos de cinco minutos Carlos Urquijo se encontraba frente a frente con el general.

Carlos contó todo lo que el general quería escuchar. Conocía la Organización tan bien como un buen amante conoce cada detalle íntimo, cada gusto sombrío, cada secreto oscuro e inconfesable, cada recuerdo olvidado de su concubina; y no dudó ni un instante en relatar todo lo que sabía.

En ocho horas de declaración, Carlos Urquijo reveló más información de la que se hubiera podido recolectar en años de infiltración. Mucho más de lo que Henry contó, todo a cambio de una nueva identidad para él y para su esposa. Carlos no creía en la versión oficial de su muerte.

El interrogatorio se vio interrumpido por una llamada urgente. Alguien exigía que Rivas se pusiera de inmediato al otro lado de la línea. Cuando Alberto Rivas llegó al cuarto donde se encontraba el teléfono se encontró con una voz ronca; un viejo conocido quien ya había ayudado al general en el pasado. El general escuchó con atención y su rostro palideció.

—¡Saque a Urquijo de ahí ya!

Rivas salió corriendo mientras daba órdenes precisas para la evacuación de Urquijo. De inmediato, varios hombres se apresuraron a mover al prisionero y llevarlo al parqueadero. Lo montaron en un camión y salieron a toda velocidad del edificio gubernamental, escoltados por otros dos camiones. Apenas habían transcurrido unos pocos segundos tras la salida del grupo, cuando sintieron un estruendo. El quinto piso, en donde se llevó a cabo la declaración

de Carlos, había desaparecido en medio de una nube de polvo, escombros y restos de explosivos de alta calidad.

Los camiones se detuvieron y varios de sus ocupantes se bajaron a observar las aterradoras imágenes.

El caos era total. Gente herida corría buscando refugio. Rivas envió a sus hombres a prestar auxilio. Más gente aparecía de todos lados. En medio de la confusión se oyeron varios disparos. Dos soldados parados junto a Rivas cayeron muertos. El general vio como varios hombres encapuchados se deslizaban entre la gente mientras acribillaban a los militares quienes nunca supieron cómo murieron.

9

De rodillas en la terraza, el teniente Ramiro buscaba a través de la mira de su rifle la cabeza de Carlos. Solo contaría con una oportunidad y no pensaba desperdiciarla.

Vio pasar por uno de los pasillos a un viejo enemigo, Rivas, pero en ese momento no le prestó atención. Él estaba ahí solo por Urquijo. Recibió una comunicación de Damián Quintiano quien le confirmó la recepción del paquete y la disponibilidad de usarlo en unos pocos minutos, apenas se concretaran ciertos detalles. El teniente respondió que los hombres deberían estar listos para atacar. Estaba satisfecho. Sin importar cuanta información hubiera revelado Carlos Urquijo, los del gobierno no contaban con la tecnología para hacerla llegar hasta la capital del país. Después del ataque, esa información se perdería, daría de baja al traidor y posiblemente a Rivas. Esto último iba a ser solo una ganancia añadida. En su cabeza empezó a oír la voz del comandante Jairo, quien nunca hubiera estado de acuerdo con semejante acción.

—Lástima que usted ya no sea el que manda, mi comandante.

Desde su posición el teniente Ramiro vio a Rivas corriendo y maldijo su suerte. Se puso de pie a gran velocidad y empezó a dar órdenes por su radioteléfono. Bajó las escaleras rápido. Según sus cálculos contaba con unos cinco minutos. Cuando llegó al primer piso, varios encapuchados fuertemente armados lo estaban esperando.

—Y las capuchas para que son, maricas ¿Les da pena que sepan quienes son ustedes? ¿Para qué se las van a quitar ahora? Dejen así.

Se acercó a una puerta pequeña que daba a una tienda y desde allí miró el edificio del gobierno. Pidió una cerveza y Quintiano se la pasó junto con un teléfono inalámbrico.

—El número ya está marcado. Solo es que haga la llamada.

El teniente Ramiro miró al joven y le dio una palmadita en la cara.

—Gracias mejo.

Vieron salir un convoy de camiones con gente del ejército y Quintiano se apuró a entrar detrás de la tienda. El teniente sintió un vacío en el estómago y oyó voces en su cabeza, aullidos y lamentos de hombres y mujeres que antes le habían suplicado por sus vidas. Estaba seguro de que pronto la voz de Carlos se sumaría a esos recuerdos. Un segundo después la tienda estaba repleta con los encapuchados más Quintiano y vieron como el convoy se dirigía hacia ellos. El teniente recibió un fusil mientras se encontraba haciendo una llamada desde el teléfono que le habían entregado antes.

El conductor del primer camión vio a los encapuchados en la tienda y cuando iba a reaccionar un fuerte estallido lo obligó a desviar la mirada y ver la explosión.

Los encapuchados empuñaron sus armas, y tras una señal del teniente Ramiro salieron y empezaron el ataque.

10

El frío de la madrugada despertó a Adela de un sueño profundo que la aisló de sus preocupaciones. Se incorporó con lentitud y una mujer joven, de no más de dieciséis años, corrió a ayudarla. La muchacha tenía un yeso en uno de sus brazos y al parecer, había pasado mucho tiempo junto a la cama de Adela. Hablaron un rato y la joven salió a traer una taza de café caliente.

Adela se quedó pensando en cuáles serían las razones por las cuales seguía viva y se preguntaba por el paradero de Melissa. Exploró con la mirada la pobreza del cuarto donde se encontraba e imaginó que en uno de los cajones de los muebles viejos podría encontrar su pistola.

—No está acá. No somos así de descuidados.

La voz de un hombre la sorprendió.

—Pero no se preocupe, tampoco la va a necesitar mientras se encuentre con nosotros.

—¿Y Melissa?

—Ah, la otra mujer. Ella está bien. ¿Qué tal noche pasó?

El hombre alargó la mano y le pasó una taza de café caliente.

—No estuvo mal —y bajó la vista esquivando la profunda mirada del hombre frente a ella.

Le parecía un tipo demasiado amable y formal como para estar allí escondido en medio del monte. Había algo en su mirada que inspiraba confianza. Aprovechó un descuido, mientras él miraba a través de una pequeña ventana, y en un reflejo de vanidad muy impropio de ella se peinó con la mano y se sintió un poco mejor presentada.

—¿Por qué no me han matado?

—Bueno, usted no es de las que se andan por las ramas ¿cierto? No. No somos esa clase de salvajes. Si lo hiciéramos seríamos tan crueles como nuestros enemigos y es lo único que jamás quisiéramos, que nos confundieran con ellos. Sin embargo, no todos están de acuerdo con mi decisión.

Adela recordó al primer hombre que le habló desde un lado del camión. Le pidió a ella abstenerse de disparar, le dijo que en la parte de atrás iban otros diez hombres armados y ninguno tenía intenciones de dispararle a una mujer. Adela miró a Melissa quien estaba angustiada y sabía que ella hubiera preferido hacerse dar un tiro. Con cuidado, dejó ver su arma y la dejó caer. La luz del camión no le permitió a Adela notarlo, Melissa la miró con desprecio y también abandonó su arma.

Las subieron al camión, Adela en la parte de adelante y Melissa atrás. Sentada en medio del conductor y del hombre que les habló, Adela empezó a sentirse confiada, sin miedo. El agotamiento se apoderó de su cuerpo hasta casi hacerla caer dormida. El hombre que les habló le ofreció su hombro y ella descansó un poco.

Melissa, por su parte, maldijo su falta de valor. En la parte de atrás apenas iban unos cuantos zarrapastrosos que no tenían nada encima excepto unos harapos malolientes y unos machetes viejos.

Cuando llegaron al campamento, que no era otra cosa que una finca grande, con dos casonas, una vieja y elegante y la otra pequeña en altura y más humilde, separaron a las mujeres y desde ese momento Adela no supo que había sido de Melissa. Adela estaba muy cansada para preocuparse. Apenas sintió la comodidad que le brindó el colchón viejo, arrinconado en el cuarto a donde la dirigieron, se durmió de inmediato.

—¿Y por qué hace eso?

—¿De no matarlas?

—No. De llevarle la contraria a la demás gente acá.

Germán Guzmán sonrió mostrando una dentadura blanca. Aunque un poco teatral, era una sonrisa sincera y Adela comprendió por qué

confiaba en él, a ella siempre le habían encantado los hombres que sonreían.

—Debe ser porque lo mío es no seguir reglas y no hacer caso. A mí me gusta hacer lo que se me da la gana, especialmente si a los demás les parece mal.

Ambos rieron. Luego Adela dejó de hacerlo. Se sintió avergonzada de lo que Germán le producía y cayó en la cuenta de que él le coqueteaba. Miró al suelo y no pudo evitar sentirse bonita. Más allá de eso. Fue bello saberse deseada por otro hombre que no era su esposo, y eso aumentó su vergüenza.

—¿Y ahora?

—Tengo que examinarla primero. No se preocupe, soy doctor — Germán notó una mueca de incredulidad en Adela—. No me haga esa cara, es en serio. Después tengo que reportar su condición y luego ya veremos.

Adela advirtió cómo se le ponía la piel de gallina con cada toque de las manos de Germán y se dejó atender, tratando de ser la mujer más fría del mundo. Él finalizó el examen tan rápido como pudo. Antes de abandonar el cuarto dijo desde la puerta:

—No hay nada por lo cual preocuparse, con dos o tres días de descanso ya estará bien de nuevo.

—¿Bien de nuevo? ¿Eso quiere decir?

—Que va a estar bien.

—¿Cuándo estuve mal?

Germán la miró con extrañeza antes de responder.

—Lleva tres días durmiendo, mujer.

11

El teniente Ramiro levantó del cabello a Alberto Rivas y le hizo sentir en el cuello el frío de la hoja de un cuchillo grande de carnicero. El rostro golpeado del militar no se inmutó. En un ataque de ira, Ramiro lo golpeó en la frente con la cacha del cuchillo liberando un grueso chorro de sangre. Rivas apenas si se quejó un poco.

—Después de esto lo mejor es matarme ¿no? No vaya a cometer el error de dejarme vivo.

El teniente Ramiro lo miró con una mueca de desprecio y con toda la intención dejó salir una risa socarrona.

—Ay, amego mío. A mí no me asustan los muertos. Yo que usted me preocuparía más por pensar en estos soldaditos de plomo. ¿A cuál va a salvar? A este de la derecha o al lloroncito de la izquierda. Usted me dice en dónde está metido Carlos y uno de esos se salva. Alberto Rivas se mantuvo en silencio conteniendo sus emociones. Viendo a los dos jóvenes soldados golpeados y torturados que estaban frente a él, sentía que la ira lo iba a matar antes de tener alguna oportunidad de hacer nada.

El teniente se le aproximó muy cerca de la cara tratando de encontrar rastros de debilidad, un signo de que su voluntad se iba a quebrar y le iba a decir el paradero de Carlos Urquijo. Alberto estaba hecho una estatua de piedra, no demostró siquiera un ápice de miedo. El teniente se rindió y luego le dio un beso en la frente a Rivas. Después le descargó un bofetón de revés, con la mano derecha.

—¡Hable hijueputa!

Estaba a punto de devolver la mano para golpearlo de nuevo cuando Quintiano entró, se le acercó al oído y le habló algo que le produjo alegría. Ramiro le agradeció su servicio. En seguida empezó a reírse a carcajadas y se detuvo de improviso, igual que comenzó. Se paró en frente de Alberto, asumió posición de firme y puso sus pies juntos haciendo gran ruido, levantó la mano derecha en forma de visera a la altura de las cejas y empezó a gritar en tono militar.

—Para reportarle mi general. Enemigo ubicado, mi general. Por lo tanto procedo a matar este par de mariquitas, y luego cuando me quede tiempo voy les mato la familia para que no se vayan a quedar solitos en la vida, mi general.

Los soldados se miraron y uno de ellos rompió en llanto otra vez. El otro ni se movió. El teniente Ramiro se puso frente a los soldados y los arrodilló. El que estaba llorando elevó la mirada y le suplicó por la vida de su mamá. El teniente Ramiro le disparó en medio de los ojos cuando aún no había terminado su súplica.

El otro soldado se puso de pie.

—¡Cabrón de mierda!

Ramiro levantó el arma despacio y esbozó una macabra sonrisa.

—Así es que me gustan mejo, bravitos —y le disparó en la cara—
¡Quintiano! Acuérdate de no matar a la familia de este. Gente valiente es lo que hace falta en este país.

12

Carlos Urquijo conducía rápido, mientras la herida en su torso se hacía más grave. El último letrero que vio decía que el hospital estaba a un kilómetro, más o menos diez minutos antes. Sentía algo sobre el pecho que le quemaba y se palmoteó varias veces creyendo que era un insecto caminándole sobre la piel. Era un grueso chorro de sudor y sangre escurriéndole. El mazacote de sangre y sudor le produjo asco y unas débiles horcajadas fueron aumentando hasta obligarlo a vomitar un pegajoso líquido verde y rojo. Urquijo no necesitaba ser médico para saber que necesitaba atención urgente. A punto de desmayarse vio una pared azul alta y presintió que ese podría ser el edificio que estaba buscando. Sin precaución alguna giró violentamente hacia la izquierda y se atravesó al frente de una volqueta, y esta le golpeó la parte de atrás del taxi robado que conducía. El automóvil serpenteó fuera de control hasta chocar contra la pared azul.

Unos cuantos curiosos se acercaron al vehículo y notaron a los dos pasajeros sangrando y bastante lastimados. Los sacaron con cuidado y los pusieron en el suelo. Aquel de la parte de atrás llevaba una capucha puesta, quemada en un lado. Al conductor lo bajaron con mayores precauciones considerando la herida en la cabeza producto de la colisión y un orificio indeterminado cerca de la cadera. Los alinearon mientras esperaron la llegada de una ambulancia. Sin embargo, podrían haber apostado dinero a que ninguno de los dos sobreviviría.

De repente, el de la capucha quedó sentado de golpe. Se destapó la cara y dejó ver una quemadura reciente que le iba desde la mejilla hasta la oreja. Volteó a ver al otro y recordó en qué andaba. Se

fue hasta la parte trasera del taxi y sacó un arma semiautomática. La gente salió corriendo. Cara quemada se paró al frente de Carlos y le apuntó.

—Hasta nunca.

Un disparo se oyó y cara quemada volteó a ver a un viejo tendero con una pistola pequeña, proyectada en su dirección .

—¿Qué hace? No sea sapo anciano. Devuélvase a donde estaba que aquí nadie lo ha llamado.

Sin prestar atención a las palabras de cara quemada, el tendero siguió acercándose lentamente con la pistola al frente.

—Eh viejo, no quiero matarlo. Devuélvase despacio y se me olvida que me estuvo fastidiando

El viejo levantó la mano rápido y disparó de nuevo al aire y luego le apuntó de nuevo a cara quemada.

—¡Baje su arma y aléjese! —le ordenó.

Cara quemada, sonriendo, se agachó y en un instante volteó y le disparó al viejo a las manos. No lo mató, solo le voló dos dedos. Se levantó y caminó hasta donde el viejo y le puso el arma en la boca.

—Tranquilo, tranquilo... sssshhh... Esto no le va a doler.

La bala ingresó por la parte de la nuca y machacó el cerebro, haciendo espirales hasta salir dejando en la frente un boquete del tamaño de una pelota de tenis. El cuerpo de cara quemada se desplomó sin haberle hecho daño al viejo.

De rodillas, Carlos seguía apuntando y las manos le temblaban. La presión y la adversidad estaban afilando sus habilidades más allá de lo que él se hubiera imaginado. Carlos le sonrió al hombre viejo y se desplomó. El hombre viejo seguía pálido del susto.

Los curiosos se acercaron de nuevo a ayudarlos y los escondieron en la tienda del viejo. Cuando la ambulancia llegó, treinta minutos más tarde, preguntaron por los heridos y solo encontraron un hombre muerto. También llegó una patrulla de la policía con dos agentes. Uno de ellos se fijó en unos niños que aparecían y desaparecían detrás de la pared azul que terminaba en la azotea de

un colegio. Los niños no dejaban de mirar hacia la tienda de la esquina.

13

Llevaba mucho tiempo sin sentir tanta rabia. Desde los días de la noticia del embarazo de Adela, Melissa no había odiado tanto a nadie, y cada minuto en ese campamento parecía alejarlas de las manos del teniente Ramiro. Miraba a la montaña y trataba de ubicarse y pensaba si sería posible que en algún momento las encontraran. Desde que se subió al camión, tres noches atrás, perdió cualquier modo de dejarles un rastro a sus perseguidores. Melissa solo quería una oportunidad para escapar de allí y si pudiera matar a Adela antes de irse, todo sería mejor. Ya tendría tiempo y modo de explicarle al teniente.

Uno de los hombres del campamento no dejaba de mirarla. Melissa no le prestó atención, lo encontraba repulsivo. Entonces vio que llevaba un radioteléfono. Ahí todo cambió.

Patricio se acercó encantado por los ojos claros de la recién llegada. Si ella se iba a quedar en el campamento, los meses de desdicha vividos allí habrían valido la pena. Tal vez, con algo de suerte, ella tendría que recibir instrucción y él se ofrecería a hacerlo. Al parecer, después de todo, haberse ido a la clandestinidad con esa gente no terminaría en algo malo como predijo su abuela el día que él fue a despedirse.

"Ay mijito, no se vaya" le dijo la anciana, pero él le contestó que era buena plata y que necesitaba el trabajo. Ella no lo dejó ir sin que se tomara un tinto con cuncho y luego de que él se fuera, leyó el fondo del pocillo; ahí se enteró de que antes de morir su nieto iba a sufrir dolores del cuerpo y del corazón.

Melissa sacó a flote todo su encanto. Durante las siguientes tres horas logró conseguir información sobre el lugar en donde guardaban las armas, las provisiones y demás. Asimismo, se hizo con las coordenadas exactas del sitio y tuvo un curso básico de cómo operar el radioteléfono; todo a cambio de sexo oral a medias. En la etapa final de su plan entraba deshacerse de Patricio.

Sin sospechar nada, con las hormonas al mando del cerebro por la reciente experiencia, nueva para él, decidió complacerla y dejarse complacer. Se internaron en la selva alrededor del campamento en búsqueda del lugar más alto, desde donde se podría transmitir un mensaje a la familia de la mujer. Cuando llegaron allí, se entrelazaron en apasionados besos. Las manos de Patricio exploraban despacio y jugueteaban con los perturbadores volúmenes de Melissa y de a pocos fue quitando prendas de ropa y ella simuló a la perfección estar disfrutándolo. La boca de Patricio se deslizó por el cuello y se detuvo en el pecho hasta que sintió la mano de ella en un movimiento gentil empujándolo hacia abajo y él continuó su camino en ese terreno de nadie, que ahora era suyo, y mientras tanto sus torpes manos no encontraban como deshacerse del broche del cinturón hasta que ella ayudó y él pudo notar el olor de la feminidad de Melissa y sintió que se iba a volver loco de placer y su lengua tocó la piel cercana al pubis y un golpe en la cara lo devolvió a la realidad. Estaba reaccionando a medias cuando recibió otro golpe, en la otra mejilla, con una piedra. Medio inconsciente y aturdido y sin entender qué estaba ocurriendo la vio empezar a vestirse y él aun sin reaccionar intentaba ponerse de pie. Sus piernas no respondían. Ella se acercó y él temeroso quiso cubrirse la cara pero los brazos tampoco respondían.

Melissa lo tomó por el cuello de la guerrera, lo arrastró hasta el borde de un risco no tan alto, que salvaguardaba el campamento por el extremo norte, y lo empujó. Luego se quedó allí viéndolo chocar contra las rocas una y otra vez, treinta metros, una y otra vez.

— Mamá águila, Mamá águila. Respondan

La estática le contestó. Sin perder la paciencia, encendió un cigarrillo y se empezó a limpiar las gotas de sangre que le habían quedado en la ropa. Terminó de fumar y tomó de nuevo el aparato.

—Mamá águila, Mamá águila. Respondan.

Esta vez hubo una respuesta difusa en medio del ruido. Melissa aguzó sus sentidos y pudo entender unos números que hubieran podido ser producto de su imaginación. Los escribió con sus dedos en la tierra y luego cambió la frecuencia del radioteléfono.

— Mamá águila, Mamá águila. Respondan.

—Acá Mamá águila. Cambio.

—Tengo a la joya. Espero instrucciones.

—¿A quién? Cambio.

—La joya. Pregúntele a Roca Cinco.

Del otro lado no respondieron más. Melissa fumó otro cigarrillo contemplando el paisaje frente a ella. Deseó que pasara algo que le permitiera volver a la ciudad. Si desde el principio hubiera sabido que tenía que pasar siquiera una sola noche en el monte tal vez nunca hubiera aceptado unirse a la Organización.

Selva de mierda.

—Roca cinco acá. ¿Eme?

—¡Sí! Roca cinco, soy yo. ¡Eme!

—¿Usted dónde hijueputas está metida?

14

Luciano Guzmán había consagrado su vida a la medicina y decidió ser pobre por convicción. Sin importar que sus manos le hubieran valido un trabajo estable en alguna institución pública o privada y esto le hubiera llevado a tener dinero, él prefirió atender a la gente que más lo necesitaba. Nunca tuvo su propio consultorio. En cambio, encontraba más fácil visitar las droguerías de algunos amigos suyos y allí, tras de pequeños biombos cercando improvisadas consultas, atendía a aquellos quienes no podían pagar por su propia salud.

Una vez llegó a su consultorio una anciana. En sus brazos llevaba el cuerpo de una niña de semblante enfermizo. Según la mujer, su nieta había quedado profundamente dormida desde esa misma mañana y por eso ella, quien no creía en la medicina, la había llevado allí, porque sabía que solo él podría despertarla. Luciano tomó a la pequeña en sus brazos, consciente de que no tenía salvación. Recostó a la niña sobre una camilla y confirmó que sus signos vitales se habían extinguido hacía tiempo. Sin tener el valor para mentir miró a la anciana quien no había perdido detalle del examen, e intentó hacerle entender la verdad; la mujer se negó.

—Con razón la gente se muere cuando va al médico. Usted no le ha hecho nada.

—Mi señora linda, no haga esto. Su nieta está muerta.

—Pero es que usted no ha hecho nada tampoco, así no se va a salvar.

La anciana tomó en sus manos las del doctor Guzmán y le dijo:

—Mire, es así. Póngalas ahí y pídale a Dios que la traiga de vuelta. Ya. No es más. Creí que ustedes sabían más de estas cosas. Estos culebros entre más estudian más brutos son.

Luciano, sin estar convencido, se arrodilló y puso sus manos sobre la pequeña. Sintió ganas de llorar. En medio del silencio maldijo momentos como ese, en donde toda su destreza, sus conocimientos y su experiencia no le servían para nada. Estando de rodillas frente al cuerpo de la niña, sintió un fuego que le recorría desde el vientre y le reventaba las venas. El fuego se movió lento por el pecho y la cara y luego los brazos y las piernas y ya lo sintió en todo el cuerpo. Luciano creyó que en cualquier momento se iba a incendiar. Entonces el calor se concentró en sus manos y él las puso sobre la criatura quien se levantó de inmediato con una sonrisa.

El doctor Guzmán estaba saludando y recibiendo un tinto de manos de la esposa del señor Reynaldo, dueño de la única droguería en varias cuadras alrededor, cuando un niño llegó a buscarlo para que fuera a la tienda de don Arturo, quien había recibido un balazo en la mano. Guzmán salió corriendo y no se despidió y al instante se devolvió por unas medicinas que le harían falta y no llevaba en su maletín.

Unas cuadras más adelante se encontraron con unas patrullas y un encerramiento de la policía y Guzmán vio al fondo de la calle, cerca de la tienda, un taxi chocado y un hombre muerto junto al vehículo. A primera vista le pareció víctima del choque; la posición del cadáver y un arma a su lado lo hicieron cambiar de opinión. Junto con el niño rodearon la cuadra y esquivaron el bloqueo.

Estando cerca de la tienda el niño le recibió el maletín y le pidió al doctor que esperara y contara hasta quince antes de seguir su camino. El niño se adelantó tratando de no levantar sospechas. Luciano hizo caso. Cuando Luciano pasó cerca de la escena quedó impresionado con la cantidad de sangre derramada en el asfalto y pudo detallar la herida en la cabeza del hombre

muerto junto al taxi. Las piernas le empezaron a temblar. Las muertes violentas siempre le causaban la misma sensación.

Luciano llegó hasta la tienda de Arturo. Un policía insistía en ver al dueño y preguntaba por qué había huellas de sangre hasta la entrada del lugar.

—Ya le dije —repetía con cansancio una mujer— el que iba manejando y que mató a ese de ahí, entró por una botella de agua y se fue sin pagarla, y dejó ese reguero de sangre. Ya no tenemos que más decirle.

El agente mantenía su posición y cambiando de palabras repetía las mismas preguntas.

—Mire, mire, mire. Yo tengo mucho que hacer, coja oficio. Ya le dije que pasó. Ahora voy a atender al señor.

El agente miró a Guzmán de arriba abajo e hizo una mueca de indiferencia. Después salió de la tienda y volvió a mirar a los niños en la terraza del colegio.

La esposa de Arturo dirigió al doctor al segundo piso. La habitación estaba dividida por una sábana. En la primera estancia se encontraba una cama ancha. Allí estaba acostado Arturo, con la mano envuelta en una toalla mojada con agua fría y vinagre. El doctor Guzmán empezó a hablarle al paciente con cordialidad y desenrolló la toalla. Descubrió el muñón en donde una quemadura reemplazaba el dedo índice y el del corazón de la mano derecha.

—Bueno don Arturo ¿cómo pasó esto?

—Uno que es sapo doctor —y se echó a reír pasito porque cada vez que su corazón latía rápido sentía fuertes dolores en los dedos que ya no tenía.

—Está bien. Si no me quiere contar no hay problema. ¿De casualidad no tiene los dedos por ahí? ¿O sí?

—No doctor. No creo

—Bien, bien. Un par de puntos, —dijo Germán mientras le esterilizaba la herida— unas cuantas inyecciones, mucha resignación y vamos a estar listos para jugar tejo en un par de semanas. Eso sí. Nada de pola.

Arturo no esperó a que el doctor terminara, se puso de pie y se acercó a la sábana que dividía el cuarto.

—Esta es la verdadera emergencia doctor —le dijo y removió la división revelando a un hombre joven tendido en una cama pequeña y angosta, al otro lado del cuarto.

15

Cuando Adela vio de nuevo la sonrisa de Melissa recordó porque no la había extrañado. En ese momento, ya con la cabeza fría, trató de pensar en cómo Melissa había aparecido tan rápido el día del atentado. Recordó a los dos hombres que entraron a matarla en su propia ducha y cómo ella rompió la manguera de la estufa de gas en la cocina, por eso cuando no la encontraron en la ducha y presintieron la trampa corrieron de inmediato; la explosión los sorprendió en la sala y terminaron en el pavimento en la calle frente al edificio. Adela, oculta en un apartamento en la planta de abajo, esperó que pasaran otros dos hombres y cuando entraron en las ruinas en llamas los sorprendió a balazos. En la puerta del edificio se encontraba otro apostado y ella no tenía suficientes municiones para resistir. Atravesó el apartamento y se aventuró por el balcón que daba al patio trasero de una casa vecina. Descendió despacio hasta el segundo piso, ante la mirada perpleja de los habitantes de los diferentes apartamentos. Desde allí lo pensó dos veces. Los disparos adentro del edificio la convencieron y saltó a la alberca del patio vecino. Adela salió chorreando agua y empezó a caminar rápido buscando una salida, nunca miró hacia atrás. Adela no vio la explosión que casi derrumba todo el edificio.

Adela salió a la calle y caminó con normalidad, a contracorriente de la cantidad de curiosos que se acercaban al sitio de la explosión. En medio de la gente vio rostros conocidos pertenecientes a la Organización y se adentró en la primera tienda que encontró. Desde allí vio a Melissa. Cuando ésta estuvo cerca de la tienda, Adela se asomó y se dejó ver. Melissa miró a lado y

lado varias veces y por fin se decidió a entrar. Adela la llevó al fondo.

—¿Qué es esto? Por Dios, es una locura ¿Qué está pasando?

—No sé —dijo Adela. Sacó la pistola y la puso en el cuello de Melissa— ¿Quién te dijo que me llamaras? ¿Quién quería saber si yo iba a estar en la casa?

—No sé, a mí solo me dijeron lo que te dije. No sé nada. Me llamaron de la "oficina" y me dijeron que averiguara si ibas a estar. Dijeron que Carlos iba a mandar una gente a recoger algo. No más —Melissa empezó a sollozar—. Camarada, por favor ¿hace cuánto que nos conocemos?

Sin decir una palabra, Adela bajó la pistola al estómago de Melissa y con una cordial sonrisa le preguntó al tendero si había un baño que pudieran usar. El hombre que miraba hacia la calle contestó de mala gana que no, entonces Adela le dijo que estaba embarazada y el tipo haciendo gestos de inconformidad le dijo que estaba arriba, pero que no era para clientes y él estaba haciendo una excepción. Adela y Melissa le agradecieron y se dirigieron al baño y el tipo no pudo dejar de mirar a Melissa.

Adela se adelantó y miró si había más gente allí y si existía modo de salir por atrás; pronto descubrió que la tienda era la única entrada y salida del lugar. Melissa se quedó callada viéndola. Cuando terminó su inspección Adela se acercó a Melissa y le puso la pistola en la frente.

—No te creo ni mierda, y mi nombre es Adela. La camarada ya no existe.

—¡Estoy embarazada! —replicó Melissa, casi suplicando.

Adela bajó la pistola despacio y enmudeció. Escucharon unos pasos y Adela ocultó el arma. Vieron aparecer a un agente de la policía por la escalera. El agente se detuvo a mitad de camino y se quedó mirándolas con desconfianza. Hubo un silencio incómodo entre los tres. El hombre notó los ojos llorosos de Melissa y la decepción en los ojos de Adela.

—¿Todo bien por acá?

Melissa extendió la mano y tomó la de Adela. Las mujeres entrelazaron las manos y no contestaron. El policía avanzó un paso y las mujeres se acercaron más la una a la otra.

—No hay problema. Estamos bien —dijo Melissa con la voz entrecortada. Se acercó a Adela y le dio un beso en la mejilla.

El policía se detuvo. Adela volteó el rostro y besó a Melissa en la boca, un beso largo, apasionado. Cuando terminaron de besarse voltearon a ver la cara de incredulidad del hombre.

—¿Si ve? —dijo Melissa— No pasa nada —y puso su cabeza en el hombro de Adela, quien miraba desafiante.

El policía las miró de arriba abajo. Hizo un gesto con su gorra y partió. “No seamos tan maricas. Esa flaca está muy buena” dijo para sí mismo pensando en Melissa.

16

El doctor Guzmán desinfectó y cosió la herida en el torso de Carlos. Le aplicó unas inyecciones e hizo llamar a don Reynaldo. Debía actuar con cuidado. Durante las horas que estuvo interviniendo a Urquijo para extraer la bala, oyó patrullas y ambulancias pasar de ida y vuelta y eso no era normal en un barrio humilde como ese. Guzmán estaba seguro de que Carlos era uno de los muchachos. En alguna de sus expediciones a los campamentos en el monte, él lo había visto. Aunque Luciano no era partidario de las acciones violentas, él también creía que el país no se iba a arreglar con aplausos y marchas.

—Rey, necesito tu ayuda.

—Claro Luciano, dime qué quieres.

—Necesitamos sangre para una transfusión.

—¡Uy! Eso sí es difícil de conseguir.

—Yo sé, pero si no este hombre se nos muere.

—Este es uno de esos ¿cierto?

—Así es. No vayas a empezar Rey, sea lo que sea es un ser humano y debemos ayudarlo. Además, tú también estuviste allá arriba y sabes cómo son las cosas.

—No es eso. Esta gente ya no cree en lo mismo que nosotros creíamos ni hacen las cosas bien. Estoy seguro de que esto nos va a traer problemas. Luciano, piénsalo.

—No tengo nada que pensar.

—Está bien. Averigua qué sangre tiene y te doy la mía.

La transfusión fue exitosa y el paciente parecía estable. Cerca de la medianoche Arturo, Luciano y Reynaldo sintieron que su tarea estaba completa y era hora de darse un gusto. Destaparon unas

cervezas y a pesar de las recomendaciones para Arturo y Reynaldo, quienes parecían estar débiles, bebieron y recordaron mejores tiempos.

El hijo de Arturo llegó corriendo y les dio malas noticias. El paciente había despertado y estaba tosiendo sangre. El doctor Guzmán corrió hasta la habitación en donde encontró a Carlos tronchado sobre su propio cuerpo enjuagado en un charco de sudor y vomito sanguinolento. La fiebre lo consumía por completo. Con mucho cuidado el doctor lo colocó bocarriba y trató de calmarlo. Carlos abrió los ojos a medias y observó al médico. Intentó sonreír y se desvaneció.

Luciano le palmoteó la cara. Revisó los signos vitales y procedió a darle masajes cardiovasculares. No sirvió. Carlos no reaccionó. Reynaldo y Arturo observaron desde la puerta y sintieron lástima por su amigo y por el muerto. Luciano cayó de rodillas junto a la cama. Reynaldo y Arturo se acercaron para ayudarlo a que se pusiera de pie. El doctor les habló.

—Déjenme a solas, por favor.

Los hombres salieron de la habitación y dejaron a Guzmán arrodillado frente a Carlos.

El doctor Luciano Guzmán sintió fuego en el vientre.

17

La noche estaba clara. La luna brillaba inmensa por encima de la montaña y alumbraba la finca donde se encontraban Adela y Melissa. El teniente Ramiro estuvo escondido esperando el momento preciso para atacar. Los dos guardias del primer anillo de seguridad resultaron ser unos niños de dieciséis o diecisiete años, recién entrenados. Uno de ellos se orinó en la ropa, soltó el arma y salió corriendo hasta que una bala en el pecho lo detuvo; el otro se enfrentó al teniente.

—Calma hijo, nada va a pasar. Nadie lo va a juzgar si suelta esa arma.

El niño miraba a los lados apuntándole a Ramiro y veía como aparecían más y más hombres de entre las sombras. El sudor le escurría por la frente.

—Si disparo ellos van a llegar acá en medio minuto.

—Claro, pero usted no quiere morirse ¿cierto? Yo sé lo que es el miedo y las ganas de hacer bien las cosas. Baje el arma y venga con nosotros. Nada le va a pasar.

—¡Ustedes son el enemigo! Ustedes me van a matar.

El teniente Ramiro y los otros hombres empezaron a reír. El muchacho no sabía hacia dónde mirar. Uno de los hombres se acercó por detrás. Bú. El niño volteó con rapidez y le apuntó. No fue capaz de disparar. Los hombres siguieron acercándose hasta acorralarlo mientras él apuntaba a lado y lado, temblando, sin acertar a accionar el gatillo. En un último giro se encontró cara a cara con el teniente Ramiro, quien lo desarmó y le puso una pistola en la cabeza.

—Tal vez no lo entienda ahora pero no quiero matarlo. Lléveme hasta su campamento, y en el camino me va contando donde hay más guardias y si hay cambios de turno. Si hace caso, de pronto las ganas de dejarlo vivo no se me quitan. En cambio, si llega a hacer algo para que nos descubran... —y bajó la voz hasta un susurro— voy a hacer que me ruegue que lo mate ¿Estamos?

El teniente Ramiro y sus hombres estuvieron esperando el cambio de turno de medianoche. Tan pronto los nuevos guardias fueron llegando los mataron también. El teniente sentía que su poder estaba más allá de las amenazas físicas. Creía que su presencia era su arma más poderosa, para probarlo tenía allí a aquel niño lleno de arrepentimientos y tan asustado que le era imposible intentar nada. No solo eso, los hombres bajo su mando jamás se atreverían siquiera a pensar en escapar o traicionarlo; algunos de ellos se harían matar antes de fallarle y no era un asunto de lealtad, ellos sabían que les valdría mejor morir tiroteados a enfrentar el castigo por su fracaso.

Eso era lo que fastidiaba al teniente, pensar que existían sujetos tan viles como Carlos o Henry, unos desgraciados sin principios o el más mínimo rastro de honor. Le era imposible imaginarse una vida sin tener la entereza suficiente como para poder morir con la frente en alto a sabiendas de que había creído en algo, así ese algo significara la muerte.

Recordó a sus seis hermanos menores llorando en la entrada de la casucha en donde pasó su infancia, a su madre y la fe ciega que les profesaba a los muchachos y el odio infinito que ella le sentía al gobierno. Si existió alguien que despertó algún sentimiento de bondad en él era ella, quien fue víctima de esa violencia sin partido ni color, quien soportó la mitad de su juventud escondida debajo de las piedras para evitar ser asesinada por querer vivir libre, ella quien en un último sacrificio entregó a su hijo para evitar que la muerte tocara una vez más a las puertas de su casa. No valieron los ruegos y las súplicas, tampoco contarles que ella los apoyaba y les creía. Ellos ofrecieron un

trato sencillo, entregaba a ese o todos morían menos ella para que contara la historia. Madre e hijo se abrazaron pero él no lloró, no podía. Si lo hubiera hecho hubiera empezado su camino de una forma aún peor. Cuando ya se habían alejado volteó a ver su casa, sus hermanos y su madre por última vez en su vida. Tres meses después un grupo de ganaderos, armados hasta los dientes y con sed de venganza, se enteraron de que en esa casa habían entregado un niño y los llamaron auxiliadores. Llegaron en medio de la noche y sin hacer preguntas ni permitir descargos o explicaciones, sellaron la casa y la quemaron con la gente adentro.

A veces en las noches, en medio de sus pesadillas, el teniente Ramiro confundía los gritos de su propia madre con aquellos de las mujeres de las poblaciones que él arrasaba. Oía los gritos de sus hermanos y hermanas en el viento que ululaba antes de un ataque y eso lo llenaba de coraje. Por eso él era el encargado de iniciar los asaltos, apenas protegido por su inseparable chaleco antibalas, su fusil y su valentía.

18

El teniente Ramiro empezó su entrenamiento en el camino de vuelta al campamento. La primera lección la aprendió en la siguiente casa a donde fueron a parar. Allí vivían una pareja joven y sus cinco hijos, uno de catorce, casi la misma edad del teniente, otro de doce años y los demás entre seis y dos años. Los atendió Emerio, un tipo grande con brazos poderosos labrados en la dureza de la vida en el campo. Él llevaba una escopeta en sus manos cuando salió a enfrentarse al cabecilla de la columna, uno al que le decían Jacobo, aunque muchos de los hombres se dirigían hacia él solo como "señor" y evitaban mencionar su nombre.

Jacobo estuvo hablando a solas con Emerio, tal como lo había hecho con la mamá del teniente unas horas atrás. Pero algo salió mal.

Jacobo empezó a golpear a Emerio y lo dejó noqueado. A pesar de estar viejo, canoso, mermado por los años y una tos bestial que no se le quitaba nunca, Jacobo era especialista en el combate uno a uno; además, nunca peleaba limpio. Después Jacobo se agachó, amarró con un lazo a Emerio y llamó a otros de la columna para que lo ayudaran a arrastrarlo hasta el frente de la casa. Desde allí la familia de Emerio y varios miembros de la columna habían observado la escena. La mujer de Emerio empezó a llorar. Jacobo llegó hasta donde se encontraban casi todos y se sentó en una tabla puesta sobre dos piedras. Le dijo a la mujer que le trajera guarapo y ella se fue a la cocina. Tras una señal de Jacobo, uno de sus hombres la siguió.

La mujer regresó con la totumada de guarapo cuando Jacobo todavía no recuperaba el aliento del todo. Bebió el guarapo de un solo sorbo y pidió más. La mujer de Emerio fue y volvió rápido y le

entregó la totuma de nuevo a Jacobo. Esta vez él le atrapo la muñeca y se quedó viendo a la mujer a la cara. Ella haló hasta liberarse. Jacobo rió, bebió todo de un sorbo otra vez y se puso de pie. Ella le acercó la mano para recibir la totuma y él la dejó caer al piso. Cuando ella se agachó a recogerla, él la pateó a ella y la dejó tendida en el piso. Los hijos mayores de Emerio reaccionaron, se lanzaron en contra de Jacobo y le gritaron groserías y amenazas. Los hombres de Jacobo los detuvieron.

Jacobo se acercó a Ramiro y a otros de los muchachos que habían recogido ese día. Los miró con cuidado y escogió al teniente.

—¿Usted cómo se llama, mejo? —preguntó Jacobo.

—No sé. Mi mamá me dice 'Chaleco', pero a mí no me gusta ese nombre. A veces mi abuela me dice otro nombre pero ese es más feo.

—Bueno mejo —dijo Jacobo—. ¿Y cuál nombre le gusta entonces?

—No sé.

—Bien, bien. ¿Me deja darle un nombre digno de un guerrero?

—Sí señor.

—De ahora en adelante a usted lo vamos a llamar Ramiro.

—Bueno señor. Gracias señor.

—Ningún señor. Ahora que le di un nombre y soy su padrino, usted me dece Jacobo. ¿Estamos?

—Bueno.

—Ahora, Ramiro. Necesito que me haga un favor —Jacobo le pasó una pistola—. Necesito que maté a este par de hijueputicas que están un poco inconformes con lo que está pasando.

—¿Qué es inconforme, padrino?

—Pues... como bravos. Haga de cuenta.

—Pero yo a ellos los conozco y ellos casi nunca están bravos. Yo sé que se les pasa. Con ese —dijo señalando al mayor— nos hemos dado en la jeta varias veces y nunca terminamos bravos más de dos o tres días. No hay necesidad de matarlos. Eso se les va a pasar la braveza.

Jacobo estudió a Ramiro de frente. Miró a sus hombres y estos esquivaron la mirada.

Fue un solo golpe, seco, brutal. Ramiro cayó al piso y le temblaban las piernas cuando Jacobo lo levantó a las malas. Cuando lo tuvo de pie, Jacobo sacó un cuchillo grande y lo paseó por la mejilla derecha de Ramiro.

—Mire, gran pendejo. Usted tal vez no tenga idea de qué es lo que pasa pero yo le voy a enseñar. Su vida antes de hoy era un caos. Yo vine a rescatarlo de la agonía de tener que elegir. Usted ya no va a tener que sufrir por pensar en qué va a hacer. Esa existencia en la cual usted creía que tenía opciones no era más que una ilusión. Todos nosotros estamos amarrados a un plan supremo, somos parte de un destino y no tenemos escape. Estamos condenados a hacer lo que tenemos que hacer. Es posible que no lo entienda, pero no fue casualidad mi llegada a su casa, ni la decisión de su mamá de regalarlo a la causa. No es casualidad que este idiota se haga el valiente. No es gratis tampoco que lo haya elegido precisamente a usted para hacer este favor por mí. No depende de usted. La vida de esos niños no está en sus manos, esa decisión ya se tomó hace rato. Si usted no me obedece ya mismo, lo voy a ab acá como a un marrano en el matadero. Después me devuelvo a la casa de su mamá y me traigo a alguno de sus hermanitos a que cumpla la misión que era suya. Sea como sea esto va a pasar — Jacobo jadeaba extasiado en medio de su prédica—. Yo no quiero matarlo a usted, pero tal vez sea la única manera en que aprenda que uno tiene que hacer lo que tiene que hacer. En esta vida no hay más, nada más.

Ramiro se sentía confundido. No quería dispararles a esos niños, tan iguales a él mismo, tampoco quería a ninguno de sus hermanos en esa situación. Tenía miedo de morirse. Consideró apuntarle a Jacobo y matarlo a él pero temió fallar.

Con los ojos llenos de lágrimas que escurrían cristalinas y dejaban su rastro sobre el rostro ensangrentado, Ramiro levantó la pistola y le disparó al mayor de los hijos de Emerio. El otro, el de doce años, se arrodilló a rezar, pidiendo por el descanso de su alma inmortal. Ramiro esperó hasta que terminó la súplica.

Ramiro quiso dejar de llorar pero no pudo. Jacobo se acercó hasta él.

—Ahora a Emerio. Por más que creamos en el destino, no podemos ser idiotas y dejar un enemigo por ahí volando. A una culebra se le quita la cabeza y luego hay que aplastarla, si no, capaz que la sola cabeza lo muerde a uno. Hágale mejo. No lo piense.

Ramiro le disparó a Emerio también y se sentó a llorar. Jacobo lo abrazó y luego le levantó la cara. Le limpió las lágrimas y le acarició el pelo.

—Bien hecho, ahijado.

19

El teniente Ramiro estuvo acostado largo rato, mirando el cielo estrellado, pensando si algún día podría hacer algo diferente que no fuera matar.

—Mi teniente, ya es hora.

Ramiro se puso de pie y dio las instrucciones a sus hombres. Se llevó al niño del brazo y empezó a andar por el camino principal que conducía a la entrada de la finca. Llevaba su fusil terciado a la espalda, su cuchillo mata ganado colgando del cinto y una pistola en la mano. Dos guardias del campamento estaban sentados en una banqueta y se apresuraron a apuntar sus armas al recién llegado. Uno de ellos gritó.

—Alto ahí. Un paso más y disparamos

Varios hombres acudieron al frente cuando oyeron los gritos del guardia, todos bien armados. Llegaron y se apostaron en varios puntos estratégicos, luego vieron que era un solo hombre y estuvieron un poco sorprendidos.

—Ustedes tienen algo que yo necesito. Acá hay dos mejeeres que me pertenecen —contestó el teniente con un tono de voz fuerte, para que Adela y Melissa lo pudieran oír.

Ramiro terminó de hablar y los hombres del campamento se miraron. Nadie se movió. Ramiro sacudió al muchacho y le puso la pistola en la cabeza.

—No se preocupe que usted es de los míos ahora y yo siempre cuido a mi gente —le susurró en el oído. Luego subió la voz de modo que el campamento entero lo pudiera escuchar—. Esto no tiene por qué terminar mal. ¿Quién manda acá? Estoy seguro de que esa persona no quiere una masacre.

Hubo silencio. Un hombre alto de cara afilada dio un paso al frente. Era el único que parecía desarmado. El teniente Ramiro reconoció ese rostro de inmediato.

—¿A mí quién me asegura que no va a haber una masacre después de que le entregue a esas mujeres?

El teniente Ramiro no logró reprimir una risotada.

—Pues mejo, es un acto de fe —y siguió riendo a carcajadas. Luego continuó—. Vamos a hacer algo. A mí las cosas a las buenas no me gustan, pero usted es el primero que no cree que estoy solo o que soy tan idiota como para hacerme matar así. Su educación y su inteligencia —dijo mientras fingía una venia— pueden estar a punto de salvar muchas vidas.

Germán Guzmán comprendía que no podía confiar en el teniente Ramiro.

—¿Qué les va a pasar a ellas?

El teniente dudó por un momento. Pudo ver en los ojos de Germán un interés genuino en la suerte de ellas; no estaba seguro si era por Melissa o por Adela. Si era por Melissa ya debería estar muerto, esa mujer era pura candela. El teniente tuvo una erección.

No. Era Adela la que más le preocupaba a Germán, decidió el teniente.

—Pues qué puedo decirle. No es bonito lo que les espera —una sonrisa grotesca se le escapó de los labios— ¿Le puedo decir algo en confianza? Usted es médico ¿verdad?

Todos los hombres miraron a Germán, quien titubeó y le dio la razón.

—Por seguir los pasos de su papá ¿cierto? —el teniente vio el asombro en los ojos de Germán. Dejó de apuntarle al niño y guardó su pistola en la cartuchera— Sí que son bonitas las cosas de la vida ¿no? Vea no más, ya ni siquiera tengo que amenazar a esta criatura inocente. Si usted me da esas mejeres yo le prometo que a su papá, el doctor Luciano Guzmán, no le va a pasar nada —dio un giro y empezó a caminar de vuelta por donde había llegado—. Tiene diez minutos para tomar una decisión.

20

Años más tarde, Ramiro ya se hacía llamar teniente. Era parte importante de la cúpula del mando central y además tenía su propia columna. Él fue uno de los primeros en saber de las sospechas y las investigaciones a Jacobo por la pérdida de dineros del movimiento. Solo por haber sido reclutado por Jacobo, quien había abandonado las travesías y se dedicó por completo a la parte política e ideológica, le dieron la oportunidad de confrontarlo.

El teniente Ramiro viajó a visitar a Jacobo. Cuando se encontraron, no pudieron dejar de caer en la trampa del tiempo y la melancolía, las añoranzas del pasado, los recuerdos de las correrías vividas, los caminos andados, las interminables noches huyendo del ejército, las jornadas de hambre, sueño y cansancio infinitos. Sin embargo, seguían allí, sin aprender nada, sin avanzar nada, sin retroceder ni un milímetro, siempre en favor de su lucha, siempre con la consigna de un país mejor, aunque no hubieran logrado mucho.

Bebieron hasta bien entrada la noche.

Tal y como Jacobo se lo enseñó, el teniente estuvo de pie en la madrugada, bañado con agua fría y con los sentidos alerta, porque el ejército tenía la costumbre de atacar temprano. Estaba de guardia, en una caseta en las afueras del campamento, fumándose un cigarrillo, mientras contemplaba la luz del sol asomarse por detrás de las montañas, cuando vio venir a Jacobo, también fumando. Venía acompañado de un niño que cargaba dos pocillos grandes de tinto recién preparado.

—Sin azúcar —dijo Jacobo, y le pasó un tinto.

—El azúcar es para mariquitas —contestó Ramiro.

El niño se marchó tras una seña de Jacobo.

—¿Qué es todo ese mierdero de la plata? —preguntó Ramiro.

Jacobo lo miró de lado y no dijo nada. Buscó en un bolsillo de su camuflado y sacó un walkman viejo y aporreado. Le dio dos golpecitos y un ronquido de los Beatles inundó el silencio.

—Uno nunca sabe quién está oyendo. Además —dijo Jacobo mientras miraba hacia el cielo— esta vaina es muy buena. Lástima que se dejaron llenar la cabeza de cucarachas. Se volvieron muy estrellitas y por eso se acabaron.

Estuvieron callados un rato hasta que McCartney se silenció por falta de baterías. Jacobo chifló y el niño de las tazas de tinto apareció de inmediato llevándole un par de baterías nuevas.

—Ya casi no oigo esta cosa. Las maricadas estas duran cada vez menos, y ya los ojos no me dan para cambiarlas solo. Siempre tengo que pedirle el favor a un cabezón de estos. La vida es una mierda cuando uno se vuelve viejo.

—¿La de nosotros cuándo no lo fue?

Jacobo lo miró extrañado.

—¿Es un reclamo, mejo? —contestó Jacobo.

El teniente Ramiro miró hacia las montañas y se quedó pensando. Le dio un sorbo largo al tinto.

—No sé. No creo. Pero es raro oírlo hablar como mariquita, quejándose de todo.

—Tiene razón mejo. Ahora último me siento... —un ataque de tos lo obligó a doblarse sobre sí mismo.

El niño quiso ayudarlo pero Jacobo no dejó. Le hizo señas de que terminará de colocarle las baterías al walkman. El tinto de Jacobo cayó al suelo. De a pocos, Jacobo se acomodó hasta que quedó sentado encima del reguero que se había hecho. Ramiro se sentó a su lado. El niño le pasó el aparato y desapareció con la misma velocidad que se había presentado. Un ruido destemplado se tomó el lugar; esta vez fue Aerosmith con 'Dream On'.

—¿Me va a contar?

—¿Qué?

—No se haga el marica, que está muy viejo pa' eso. ¿Qué pasó con esa plata?

Jacobo miró a lado y lado, también hacia atrás, vigilando que nadie lo pudiera oír.

—Yo la tengo guardada... —Jacobo miró a Ramiro a la cara y le guiñó el ojo—. Hay suficiente para los dos. Dígame que sí y nos perdemos. Estos de acá no hacen sino dormir a toda hora. No les gusta salir. Hace poco mandaron a un nene de ciudad, un ideólogo, y el maricón ese salió con que hay que bajarle a la violencia, que tenemos que pensar en la gente. Un poconón de estupideces que ya me mamaron. No lo he matado porque lo estaba esperando a usted para que me hiciera ese favor.

El teniente se quedó callado.

—Contésteme cualquier cosa —dijo Jacobo.

—¿Cuánto me da? —preguntó el teniente.

—¿Estamos negociando? —dijo Jacobo sonriente.

El teniente Ramiro se puso de pie, apretó los labios y asintió con la cabeza. Arrancó unas ramas de un árbol cercano y empezó a jugar con las hojas, para no mirar más a Jacobo.

—¿Cuánto pide?

El teniente le dio la espalda y empezó a arrojar los pedazos de ramas. Hombreo.

—No sé. ¿Cuánto hay?

Jacobo se puso de pie y caminó hasta detrás del teniente, tan cerca para hablarle al oído.

—La plata necesaria para lavar cualquier conciencia.

El teniente agachó la cabeza, la meneó y maldijo.

—Ese es el problema de la gente con plata. Siempre creen que pueden comprar todo —dijo Ramiro y sintió una punzada por detrás.

Volteó rápido, con un cuchillo colgándole de la media espalda. No tenía nada con qué defenderse. Jacobo le sonrió. El teniente le asestó un cabezazo y juntos se desplomaron. El cuchillo se hundió un poco más en la caída. El teniente rodó y se arrodilló, estiró el brazo y arrancó el arma, provocando más daño en la salida que

cuando entró. Iba a saltar sobre Jacobo pero unos balazos lo detuvieron. Se lanzó al monte, mientras las balas se acercaban más y más a él. El teniente pensó en el niño. Ramiro vio a Jacobo tirado en el suelo, el cabezazo le había roto la nariz a Jacobo y no podía reaccionar. El teniente oyó más disparos en el campamento.

El teniente empezó a escupir sangre. Se arrastró y llegó junto a Jacobo, ya nadie lo protegía.

Jacobo respiraba rápido, despidiendo un chillido agudo. Parpadeó hasta que reconoció en donde estaba. En ese momento ya el teniente le tenía el cuchillo en el cuello.

—No me mate, mejo. Vámonos. Volémonos. Yo lo que tengo es plata suficiente para olvidarnos de toda esta mierda.

El teniente no contestó nada. Sus ojos se concentraron en los de Jacobo mientras le rebanó el cuello y lo oyó bramar desesperado, tapando con las manos el chorro de sangre que despedía. Ambos quedaron tendidos, arrojados por el monte, el silencio que quedó después de los disparos y una canción que sonaba en el altoparlante del walkman 'I travel the world and the seven seas, everybody's looking for something...'. .

21

¿Por qué este tipo sabía de su padre? ¿Estaba bien él? Maldijo su ingratitud y su orgullo. Llevaba más de un año sin llamarlo o saber nada de él. Germán estaba seguro de que su padre sí se había mantenido al tanto de su hijo adorado.

Germán Guzmán era un tipo calmado, calculador, frío y de actuar meticuloso. Por lo general no se dejaba llevar por las emociones. Esta situación era nueva para él. Nunca antes había sentido miedo como el que sentía en ese momento.

—No necesitamos tanto tiempo —dijo mientras sacaba una pistola que llevaba escondida en su espalda. Le apuntó al teniente Ramiro y continuó—, la respuesta es no.

Los dientes amarillos del teniente Ramiro resaltaron en la penumbra cuando se volteó a ver a Germán, entonces se dio cuenta de que le estaba apuntando. La sonrisa se hizo más amplia.

—Bien hecho mejo. No esperaba menos—suspiró y miró a Germán a los ojos—. Gracias.

Germán contaría solo con una oportunidad y su disparo debería ser certero, a la cabeza. Seguía apuntando firme, sin pestañear siquiera.

El teniente Ramiro abrió los brazos y los levantó dejando ver que ya no tenía su pistola en la mano.

—¡Dispare! ¡Hágale! O necesita un poquito de motivación.

El teniente se cubrió la boca con el dedo índice de su mano derecha y sostuvo su quijada con el dedo pulgar.

—¡Ya sé! —dijo eufórico— Su papá chilló como un marrano mientras yo le sacaba las tripas con mi cuchillo.

22

Carlos despertó y no pudo recordar la última vez que había dormido tan bien. Se incorporó despacio y cuando estuvo sentado cayó en la cuenta de que estaba en un lugar desconocido. Un niño dormía en una poltrona al otro lado del cuarto y Carlos trató de buscar su ropa sin hacer ruido para no molestar al niño. Inspeccionó el cuarto rápidamente y tuvo que darse por vencido, su ropa no estaba allí. La herida en el bajo vientre estaba cerrada y curada y eso lo hizo pensar que llevaba varios días en ese sitio. También le hizo acordarse que lo habían tiroteado y al hombre viejo que lo salvó y la debilidad que sintió y el dolor y el miedo y las manos que lo ayudaron y la oscuridad y la angustia y la fuente; una potente fuente que se extinguió cuando él estaba a punto de beber de su agua. Recordó que tenía sed.

Se sentó en el borde de la cama, con una sábana cubriéndole de la cintura para abajo y hundió la cabeza en el pecho y luego la tomó a dos manos tratando de figurarse qué sería lo siguiente por hacer. Estaba totalmente distraído y se vio sorprendido por el niño quien se puso de pie y estaba al lado suyo, mirándolo con asombro.

—¿Llamo a mi papá?

Carlos sonrió. El niño desapareció detrás de la sábana que separaba el cuarto y regresó al poco tiempo acompañado de un hombre viejo, alto, con una venda en la mano derecha. El hombre lo saludó afectuoso.

—¿Cómo se siente mijo? Creímos que se nos moría.

—No. Ya estoy bien, gracias. Usted fue el que no dejó que me dispararan ¿cierto?

El hombre se miró la mano vendada y la levantó apuntando hacia la pared. Cerró el ojo izquierdo como afinando la puntería y se entristeció al pensar en los dedos faltantes. Hasta para apuntar sin armas le iban a hacer falta.

—Sí. Parece que soy experto en cuidar a los demás sin pensar en mí mismo.

Carlos resintió el reclamo pero no supo que contestar.

—No se preocupe. No es su culpa. Yo fui el que se puso de lambón sin que nadie me llamara. De hecho estamos a mano. Usted no dejó que me mataran tampoco. Eso es un empate.

Carlos sonrió de nuevo y se estrecharon la mano. La izquierda.

Cuando salió de la ducha Carlos ya no recordaba su sentimiento de culpa por la mano de Arturo. Se puso un jean y examinó la cicatriz y descubrió que la herida tenía que haber sido considerable. Observó las camisetas que le trajeron y escogió la que le pareció menos fea, una camiseta amarilla con estampado del mundial de España '82. Salió al comedor y devoró con ganas un plato de caldo, una taza llena de chocolate y un pan. Estaba terminando el pan mientras lo sumergía de a pocos en el chocolate, cuando llegó el doctor Guzmán. Tan pronto lo vio, Carlos se levantó y lo abrazó y no podía dejar de hacerlo aunque le parecía que era la primera vez que lo veía en su vida. El doctor agradeció y le pidió que pasaran al cuarto para un chequeo.

Las primeras preguntas fueron rutinarias. Luego de terminar el examen el doctor se dispuso a hacer las preguntas más serias.

—¿Usted tiene algo que ver con lo que pasó en el centro?

Carlos miró a Guzmán a los ojos.

—¿Qué parte?

—Lo de la explosión en la sede del ejército.

—Sí.

Luciano dudó antes de la siguiente pregunta.

—¿Y la explosión en el edificio de apartamentos?

—Yo también estuve ahí, pero no supe qué la causó.

—¿Por qué lo quieren matar?

—No va a preguntar quién.

—No. Usted es uno de los muchachos. Tal vez no se acuerde de mí, pero yo sí me acuerdo de usted. Allá en Tierra Seca, hace años.

—¿Puedo fumar? —preguntó Carlos mientras buscaba en los bolsillos del jean un paquete de cigarrillos que sabía que no estaba ahí.

—Sería mejor que no, pero... Tome uno de los míos — sacó un cigarro de una cajetilla medio llena y se lo puso en la boca, luego le pasó la cajetilla a Carlos—. Quédese con el resto. Le van a hacer falta.

Carlos sacó uno y lo encendió con unos fósforos que también le dio el doctor.

—Me quiero escapar, por eso me quieren matar.

El doctor también encendió su cigarrillo y luego se le iluminó el rostro cuando conectó los puntos.

—Pero los de las motosierras también lo están siguiendo. ¿Usted también tuvo que ver con la masacre en La Rosaleda? —dijo Guzmán.

—Sí, pero no del modo que usted se imagina.

—¿Y cómo me lo estoy imaginando?

—No sé, pero muy seguramente será al revés.

—Allá entraron los de las motosierras y mataron a un poco de gente, incluido el comandante de la zona. Jairo, ¿lo conocía?

—No fueron los de las motosierras. Esa gente no tiene nada que ver ahí. A Jairo yo mismo lo maté.

El doctor se sobresaltó. Se puso de pie, algo nervioso.

—¿Cómo así? ¿Usted le juega a los dos bandos? Por eso lo quieren matar.

—No. Sí ve. Yo le dije que lo iba a ver al revés. Yo soy de los muchachos. Allá en La Rosaleda estábamos torturando a uno de los nuestros porque lo descubrimos pasándole información al gobierno. Las cosas se pusieron feas y tuve que matar al comandante Jairo y a otros tipos. Por eso me quieren matar a mí, por eso estoy corriendo. Pero no puedo irme sin encontrar a mi esposa, ella estaba en el edificio de apartamentos.

—Y si ella estaba ahí ¿por qué lo voló?

—No, que no fui yo. Cuando yo llegué eso estaba caliente y fue donde me atrapó el ejército.

—Por eso voló el edificio del ejército. Veo.

Carlos dejó escapar una carcajada.

—Cuénteme usted cómo hizo para salvarme, porque yo llegué acá muy jodido.

Luciano terminó el cigarrillo rápido, tiró la colilla en un vaso sobre la mesa, luego empezó a recoger sus implementos sin mirar a Carlos.

—No le cuento porque no me va a creer. Conténtese con saber que lo pude lograr.

Salieron del cuarto y volvieron al comedor. Allí estaban Arturo y Reynaldo sentados, esperándolos. Carlos saludó a Reynaldo por primera vez. Se sentaron alrededor de la mesa. Carlos notó el tono serio en la cara de los tres hombres.

—¿Qué pasa?

—Nos están vigilando —contestó Reynaldo—. No demoran en entrársenos. Si lo encuentran acá, nos matan a todos.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Podemos? Suena a carnaval. Usted tiene que irse —dijo Reynaldo sin darle tiempo a Arturo o Germán de decir nada.

—Que no, hombre —se le atravesó Arturo—. Ya dijimos que no íbamos a hacer las cosas así. Ya nos metimos de sapos, ahora hay que terminar las cosas bien para que este muchacho se pueda volar de la ciudad lo más pronto posible.

—Yo no me puedo ir así. Primero tengo que saber qué pasó con mi esposa.

Reynaldo y Arturo miraron a Guzmán y este asintió.

—¡No! Ahora sí nos terminamos de joder todos —protestó Rey.

—Miren, yo sé a quién le puedo preguntar y puedo irme solo. Ustedes ya hicieron mucho por mí. Ayúdenme a salir sin que me vean y listo.

23

Tolú estaba solo. Parqueó su carro con cuidado pegado al andén, a la mitad de la cuadra y se quedó adentro esperando. Afuera estaba fresco, pero a él no le importó. Bajó la ventanilla, sacó una pistola que llevaba en la cintura, la puso en su regazo y estudió la calle hasta donde la oscuridad lo permitía. De cuando en cuando un faro alumbraba, pero la iluminación no era confiable. Un borracho cojeaba calle abajo, tambaleándose, mientras otro lo guiaba. A Tolú le pareció sospechoso el maletín que llevaba el más alto de ellos, uno rubio, y se quedó mirándolos fijamente. Encendió el auto y se movió despacio con las luces apagadas hasta que los alcanzó, ninguno de los borrachos se dio cuenta. Los dos se detuvieron en la esquina bajo uno de los pocos faros y el rubio empezó a vomitar. En ese instante Tolú perdió el interés por la pareja. Retrocedió hasta su primera posición y allí se quedó. Siguió mirando calle arriba y abajo, tratando de limitar sus movimientos, vigilando su entorno por los espejos retrovisores.

Después de diez minutos vio aparecer una sombra por la izquierda. La sombra se detuvo unos metros antes, cuando cayó en cuenta de que había alguien en el vehículo. Tolú tomó el arma, lentamente jaló hacia atrás el martillo y estuvo listo para disparar. La sombra se movió despacio; al llegar a la altura de la ventana del pasajero levantó las manos. Tolú lo reconoció y liberó el seguro de la puerta para que se subiera.

—Es ahí. En la esquina donde está la tienda.

—¿Seguro? —preguntó sin mirarlo.

—Sí. Yo mismo vi el rastro de sangre por donde lo ayudaron, pero esa gente no me dejó entrar. Dijeron que se voló. Con toda la sangre que había es imposible que se hubiera levantado.

—¿Eso cuándo fue?

—Hace dos días, pero...

—¿Pero qué?

El hombre calló. Tolú se acomodó en la silla y se dispuso a dormir.

—Avíseme si ve algo.

24

Carlos descolgó el teléfono público y lo soltó de inmediato y luego se limpió la masa verdosa que le quedó en los dedos. Una vez más lo tomó y marcó un número que el general Rivas le hizo aprender de memoria. Escuchó con atención esperando que al otro lado contestaran hasta que después de varios timbrazos la llamada se cortó. Carlos colgó y se quedó muy preocupado. Sintió ganas de vomitar otra vez. La peluca rubia le rascaba la cabeza pero le daba miedo quitársela. El bigote falso picaba también. No sabía qué hacer. Según Rivas, El Ronco era esclavo del teléfono, para él era una obligación contestar cada llamada. El Ronco se había formado toda una red de información que lo mantenía al tanto de lo que él necesitaba saber, incluso hasta aquello que tampoco le interesaba.

Carlos dio unos pasos hasta el borde del andén y miró el sol de frente. Calculó que eran cerca de las diez de la mañana. Caminó despacio hasta la esquina y descubrió que no tenía más opciones. Se devolvió hasta el teléfono y marcó de nuevo el número, los seis primeros dígitos. Dudó un momento antes de oprimir el último. ¿Y si le cayeron? Marcó el último número. Siete.

Una voz de mujer contestó. Carlos mantuvo el auricular pegado a la oreja, perplejo, sin saber que decir.

25

Tolú entró despacio a la tienda y pidió media de aguardiente. Cuando la esposa de Arturo le dijo que era muy temprano para empezar a tomar, él masculló un insulto y puso la plata de mala gana sobre el mesón. Destapó la botella y se tomó un trago largo. Volteó a ver a la puerta y cuando estuvo seguro de que nadie iba a entrar sacó un revólver y amenazó a la mujer. La obligó a llevarlo al segundo piso y allí desbarató todo buscando a Carlos. La mujer permaneció sentada en una cama pequeña, llorando sin detenerse. Tolú se sentó en la cama más grande y se pasó la mano por la cara. Hijueputa suerte. Se puso de pie y caminó hasta la mujer.

—Présteme el teléfono.

Tolú se devolvió corriendo de la tienda de la esquina. Subió al carro y arrancó a toda velocidad. El pasajero lo miraba asombrado, sin atreverse a preguntar nada. Tolú traía cara de pocos amigos. Las llantas del carro chirrearon mientras el vehículo atravesaba el barrio hasta salir a la autopista. Allí, Tolú aceleró al máximo. El pasajero preguntó.

—¿Qué pasó?

—Ese marica ya no está ahí.

—¿Y para dónde vamos?

—¿A dónde cree, huevón? Pues a buscarlo.

El pasajero se mantuvo un rato en silencio.

—Pero ¿a dónde vamos a buscar a ese man?

—Tranquilo que yo ya sé para dónde va esa pinta. La Melissa me pasó el dato.

26

El niño sacó una pistola y se la puso en la cara a Germán, quien nunca se decidió a dispararle al teniente Ramiro. Del monte, empezaron a salir los hombres del teniente y los del campamento se dieron cuenta de que estaban rodeados. Germán puso su arma en el suelo y se arrodilló, tal y como le ordenó el teniente. Después les pidió a sus hombres que se rindieran sin hacerse matar. El teniente prometió respetarles la vida a los que se entregaran.

Melissa vio a Adela y a una niña con el brazo derecho enyesado, arrastrándose despacio y perderse por entre unas matas de café sembradas atrás de la finca. Sin dudarlo, Melissa se lanzó al suelo y las siguió. Melissa batallaba para no quedarse rezagada, a duras penas distinguía los pies de la niña en la oscuridad. Después de un rato ya no los vio más. No supo hacia dónde seguir. Si gritaba, los hombres de Ramiro llegarían pronto y tal vez encontrarían a Adela, tal vez no. Jadeante, se recostó boca arriba tratando de decidir qué hacer cuando oyó un murmullo hacia su izquierda. Se acercó despacio y descubrió a Adela ahorcando a uno de los hombres del teniente. El hombre terminó de patalear y Adela lo abandonó en el suelo. Adela le hizo una seña a la niña y siguieron arrastrándose poco a poco, alejándose de la finca. Melissa las siguió sin estar segura de que Adela no la hubiera visto.

Salieron del cafetal y corrieron en la oscuridad, tratando de mantenerse fuera del sendero. Melissa reconoció que se dirigían al norte del campamento.

Adela no podía ver a la niña pero sentía su andar y su respiración justo detrás de ella. También creyó oír otros pasos. Pensó en

Melissa. El cielo se despejó y de nuevo la luna iluminó la tierra. Adela se detuvo de repente. Escuchó con atención y trató de respirar pasito para que nadie la oyera. Delante de ella, dos hombres se apuraron en ocultarse. Todos se quedaron quietos, adivinando en donde se encontraban los demás. La blancura del yeso delató la posición de la niña. Adela vio a uno de los hombres moverse y desaparecer detrás de una piedra grande. Ella solo esperaba que nadie fuera a disparar porque eso haría que las encontraran pronto. El otro hombre empezó a deslizarse por el suelo en dirección a la niña.

Adela dio un paso atrás y esperó a que el hombre que se arrastraba se acercará más a la niña. Cuando él llegó hasta ella y estaba a punto de agarrarla por los tobillos Adela lo golpeó en la nuca con una piedra grande y el hombre ya no volvió a moverse. La niña ahogó un grito mientras veía el rostro de Adela lleno de sangre.

La niña se le acercó a Adela y le dijo al oído "hueco", señalando más allá de la piedra donde estaba el otro hombre escondido. Adela corrió hasta la piedra y empezó a rodearla despacio y lo sorprendió mientras apuntaba al color blanco que alumbraba entre los matorrales. El hombre volteó y encontró a Adela y esta lo empujó cuesta abajo. Si gritó en su caída, nadie lo oyó.

Cuando Adela volvió a buscar a la niña encontró a Melissa teniéndola del cabello, apuntándole a la cabeza con una pistola. Melissa sonreía.

Adela se estuvo quieta, mirándola de frente. Melissa sabía que Adela no iba ni si quiera a parpadear y renegó de las agallas y la valentía de esa mujer. Melissa disparó al aire tres veces; al igual que Adela, se hizo de piedra después de eso. Cuando los hombres del teniente Ramiro llegaron hasta ellas, las encontraron así, dos estatuas que se gritaban desde su mirada su odio y sus ganas de acabar la una con la otra.

Los hombres de Ramiro se llevaron a Adela y a la niña y las dirigieron de vuelta al campamento. Cuando Adela pasó junto a Melissa, sonrió.

—Esto no termina aquí —murmuró Adela

Por un momento Melissa sintió que era cierto que la gente podía morir de rabia. Le hubiera golpeado la cara si pudiera, o la arrojaría por el barranco si le daban la oportunidad. Intentó devolverle la sonrisa pero estaba muy molesta como para fingir. Apenas el grupo se alejó de ella unos metros, Melissa lloró.

27

El color blanco del yeso resplandecía a la luz de la luna. Al teniente nunca le gustó matar niños o inocentes. Él se consideraba a sí mismo una máquina casi perfecta; una víctima inocente era una mancha en su record de ejecuciones justificadas por la revolución. Con los soldados era diferente. Esos representaban aquello que él había odiado toda la vida. Cualquiera que usara un uniforme del ejército era, sin saberlo, enemigo declarado suyo. El teniente siguió caminando entre sus prisioneros y se sentó en el suelo frente a la niña del yeso. Era muy joven para estar metida en esa guerra, pensó el teniente, entonces recordó que a esa edad él ya había aprendido a matar sin tener pesadillas en la noche.

—¿Qué le pasó ahí?

La niña lo miró de frente. En sus ojos se notaba el terror y eso lo complació. Él movió la mano derecha y le acarició el cabello.

—Una mula me pateó —contestó a punto de ponerse a llorar.

—Shhh... esas cosas pasan. No vaya a llorar, todo va a estar bien — el teniente reconoció el miedo a la muerte en los ojos de la niña—. En una hora ya no vamos a estar por acá y para ustedes será como si nunca hubiéramos venido.

La niña intentó sonreír pero no pudo. El teniente se quedó frente a ella mientras pensaba en que algo por dentro de él estaba dañado y no existía modo de arreglarlo; cuando la gente se rompe un brazo o una pierna le pone un yeso y lo inmoviliza y le da unas vacaciones al músculo o al hueso o a los dos, después de un tiempo sana, pero ¿qué pasaba en el caso de las heridas que él tenía, heridas de su mente, de su esencia? El teniente no sabía ni qué estaba mal, entonces cómo buscar la cura para su enfermedad del

alma, si es que él tenía una. Deseó encontrar un yeso para el cerebro y dejarlo descansar, darle tiempo de sanar. Dejar de pensar. El teniente Ramiro se dio cuenta de que no quería más, y al contrario de lo que se hubiera imaginado se sintió más hombre. En ese momento el teniente decidió que Adela y Carlos serían sus últimas víctimas por su voluntad; si lo mandaban matar a otros eso ya no iba a contar.

28

Un hombre joven llegó manejando despacio un carro azul. Miraba las direcciones en cada casa y comprobaba que estaba en el camino correcto. Se detuvo por completo delante de una edificación elegante de tres plantas, antes de descender del vehículo se acomodó un revolver en la parte de atrás de la cintura. Cuando estuvo en la calle se arregló el cabello con una mano y después se acomodó unos cañones de pelo que se asomaban al bigote. Puso su mejor sonrisa y desde afuera del edificio le preguntó al celador por el dueño del pent-house. El celador lo miró con desconfianza mientras levantó el citófono y Quintiano no dejó de sonreír.

—¿De parte de quién?

—Rivas. Alberto Rivas.

El celador dio el nombre y esperó una respuesta. Quintiano no lo supo, pero desde la ventana se asomaron a verlo. Por lo menos es un barrio tranquilo. Quintiano miró a lado y lado y calculó que con un golpe en la cara el celador se daría por vencido, subiría la escalera y abriría la puerta de una patada y de ahí en adelante improvisaría. La voz del celador lo llamó de vuelta a la realidad. Quintiano agradeció al hombre y pasó derecho deseándole buena tarde. Estaba dispuesto a subir por la escalera, cuando el celador le señaló el ascensor. Después de que Quintiano desapareció tras la puerta automática, el celador descolgó el teléfono y llamó a la policía.

29

Empezó a fumar desde que cumplió ocho años, mientras recogía café en las laderas de las montañas del Quindío. Por ser el hijo mayor, tuvo que empezar a trabajar en las fincas vecinas para sostener a su madre y a su hermana. Su padre murió una tarde de domingo de plaza en una pelea en una cantina, cuando el comandante de la estación de policía y el alcalde del pueblo se trenzaron a balazos por culpa de una mujer. Esa tarde murieron cuatro, ni el comandante ni el alcalde entre los difuntos. Óscar de Jesús V. aprendió ese día para qué servía el poder, ni el comandante ni el alcalde pagaron por ninguno de los muertos y una semana después estaban bebiendo juntos en la misma cantina.

Años más tarde, volvió de trabajar en la noche, como siempre, y encontró desocupado el rancho que compartían con la pequeña hermana y la madre, en aquel entonces embarazada sin él saber de quién. En el espacio en el que siempre estuvo su estera, encontró una mugrienta hoja de papel, con una carta escrita de puño y letra de la madre, letra que él conoció ese día:

Esta de bidade mierda noes pa mi ni pa su ermana. usted lla esta grande ai bera qe ase con su bida. no me balla a buscar qe al comandante nole gusta gusta berlo. eles el papa de su ermano encamino.

Volvió a la finca en donde trabajaba y se enteró que le debía diez días de salario al patrón, porque la madre ya había ido a cobrar lo de todo el mes. Pidió que lo dejaran dormir en el zarzo por unos días, y se quedó allí seis meses, tiempo suficiente para completar lo de un pasaje hasta la ciudad, un jean y una camisa nueva.

Vivió en las calles de la capital casi tres años. En ese tiempo consumió tanto bazuco, marihuana y bóxer como le fue posible; hasta casi perder la voz. Una noche, durmiendo debajo de un puente, vio a otro gamín siendo devorado vivo por las ratas; aquel desdichado estaba tan trabado que ni siquiera se pudo poner de pie, Óscar de Jesús sí. Salió corriendo hasta que los pies se le reventaron por debajo y la traba se le quitó. Nunca más se volvió a drogar.

Caminando, llegó hasta un pueblo en el que un grupo extremista mandaba. Estaba durmiendo en una banca del parque principal cuando vinieron a recogerlo en una camioneta sin placas. Lo llevaron junto a un río y se alistaron a fusilarlo, entonces él les dijo que su único pecado era ser pobre. El comandante Jairo, líder del grupo, tuvo piedad del muchacho y lo perdonó. Se lo llevaron al monte con ellos.

Con los años El Ronco ascendió en la Organización y le propusieron presentarse al gobierno a hacer carrera militar. Él aceptó. Si algo sabía en la vida era que la información era poder y jugar su papel de infiltrado le iba dar la posibilidad de no estar en la sombra de la ignorancia nunca más, él iba a ser el poseedor de la luz.

30

Una mujer alta, de cabello negro y sonrisa encantadora, abrió la puerta lentamente y Quintiano preparó su mejor cara de decente, pero los ojos lo traicionaron y buscaron el pecho de la mujer sin haber tenido tiempo de estudiarle el rostro antes. Al fondo de la sala, Quintiano vio la sombra de un hombre en silla de ruedas. El hombre lo invitó a entrar.

Quintiano se sentía incómodo por el tono ronco de la voz del hombre, aunque más allá de la voz era su soberbia y ese tono de tener derecho a todo por estar en esa silla de ruedas. Estuvieron hablando un rato sobre el general Rivas. El hombre preguntaba y daba vueltas sobre cómo murió Rivas y por qué le había dado su número de teléfono y por qué Quintiano encontró la dirección y por qué no lo había llamado antes y preguntarle en vez de ir, y Quintiano respondía con una vergüenza mal fingida.

El Ronco no dejaba de mirar a la puerta.

31

Durante su entrenamiento demostró gran interés en las telecomunicaciones. Poco a poco ascendió dentro del ejército, mostrando siempre un comportamiento ejemplar y un notable compromiso con la institución. Además de muy inteligente era poseedor de una gran habilidad en el desarrollo de operaciones de redes de logística. Fue así que el general Rivas lo buscó para hacer parte del equipo especial de contraespionaje.

En una operación de avanzada en las selvas del sur, sufrieron una emboscada. El camión en el que iban fue atacado a balazos después de que un tanque de gas, escondido al lado de la carretera, hizo explosión al paso del convoy. El general Rivas, fusil en mano, y sus hombres repelieron el ataque como pudieron. Al final, apenas murieron dos soldados. La suerte no le sonrió Óscar de Jesús; en la explosión sufrió una lesión de la médula espinal, en la zona lumbar, y ya no volvió a caminar nunca.

32

—La verdad —dijo Quintiano, mientras se puso de pie y sacó la pistola de la cintura — yo no era amigo del tal Rivas hijueputa ese —luego apuntó a la mujer, quien estaba de pie detrás del hombre en la silla de ruedas, mientras siguió hablando— y me alegra verle la cara a usted mientras le cuento que yo mismo lo maté.

Los músculos de El Ronco se tensaron y sus nervios le jugaron en contra, lo delataron en su intención de buscar una pistola que escondía junto a sus piernas entumecidas.

—¡Quieto, veneno! Si de verdad le importa la reina, no se mueva. Más bien saque eso despacio y bótelo al suelo. Eso muñeco, mejor. Ahora voy a bajar mi pistola y todos nos vamos a calmar un poquito. Deje la lloradera, malparida, que todavía no ha pasado nada.

Quintiano se sentó relajado, más cómodo. Sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció a El Ronco y luego a la mujer. Se puso uno en la boca, mientras hablaba.

—Venga y se sienta acá —señalando un sofá junto a él.

La mujer se sentó y le aceptó el cigarrillo. Quintiano ya había guardado la cajetilla y tuvo que buscarla otra vez, en el bolsillo de su camisa. Iba a empezar a hablar de nuevo, cuando un golpe en la puerta lo interrumpió. Abrió los ojos grandes y miró a El Ronco. Sin hacer ruido masculló con la boca 'Mucho hijueputa' y se acercó a la mujer, le puso la pistola en la frente y se la llevó detrás de la puerta de la entrada, en todo el trayecto no dejó de mirarlo con odio. Ella lloraba pasito. Quintiano se arrinconó

contra la esquina y le hizo una seña a El Ronco para que se acercara a abrir.

Aquel arrastró la silla de ruedas mientras le gritaba a quien estuviera golpeando que se esperara. Abrió la puerta y encontró a dos policías.

33

Óscar de Jesús no había tenido novia nunca, pero tampoco le faltaron las mujeres. Cuando vivió en las calles estuvo enamorado de una prostituta que le regalaba pan y café caliente en las madrugadas, afuera de una panadería que él solía rondar. Cuando estuvo en el monte, con la Organización, de vez en cuando se metía con alguna de las mujeres recién reclutadas quienes estaban allí con ese propósito. A diferencia de sus camaradas, jamás se encariñó con ninguna. La vida en el ejército fue parecida, muchas veces en los pueblos ni siquiera tuvo que buscar; las niñas de los colegios se derretían por los uniformes y siempre creían que por ese lado estaba la puerta de salida hacia las ciudades.

Después de la emboscada, lo peor fue aceptar la pérdida de su virilidad. Empezó a contratar de a dos prostitutas y las hacía ejecutar un show erótico para lograr un estado de excitación mental que casi siempre terminaba en una agonía interminable por la mutilación de su cuerpo. Alguna vez un psicólogo le dijo que no era mutilación si la extremidad no había sido arrancada, pero él le contestó: a ver a que te sabe tener verga pero no poder usarla ni para miar. Sería preferible no tenerla.

Una noche, llamó a cuatro prostitutas y dos negros y después del show la tristeza fue tan grande que los echó a patadas y se encerró a llorar en el baño. Se cogió el flácido pene en la mano y se lo cortó. Despertó doce horas después en urgencias del hospital, casi desangrado.

El teniente Ramiro entró al cuarto y encontró a Melissa llorando todavía. Ella sintió el roce de su brazo cuando él se sentó al lado suyo y lo escuchó dar órdenes para que los dejaran solos. Se hizo la valiente hasta donde pudo y levantó la cabeza para verlo, entonces empezó a llorar otra vez, con más ganas. Él le tomó la barbilla con la mano y le secó las lágrimas, le acarició el rostro y le prometió que todo iba a estar bien. Le dio un beso en la frente.

Los ojos verdes resaltaban con las lágrimas y él imaginó poseerla en ese instante. Aunque las reglas no aplicaran para él, también estaba el hecho de ser el único cabecilla. Resultaba improcedente hacer algo ahí. Sin embargo, lo consideró. ¿Y por qué no? Estaban en el campamento enemigo, recién invadido por sus fuerzas con un enfrentamiento mínimo y cero víctimas. Un acto tan sencillo como poseerla sería 'la frutilla' del postre, como decía Franke, el teniente argentino.

La decisión no fue suya. Sintió las manos de Melissa tocando su entrepierna y agarrarlo con fuerza y él se olvidó de todo.

El teniente sintió el frío del amanecer reposado en el vientre de ella cuando se le juntó, y con la mano derecha él le agarró las voluptuosas nalgas.

—¿Y entonces le dijiste que estabas embarazada?

Melissa soltó una carcajada y cuando iba a responder se besaron apasionadamente y él no dejó de acariciarla.

Esto sí era un hombre. Salvaje, egoísta, sin sentimientos, puro sexo y ya. Era el miedo también. Ese tenía el poder de hacerla matar, o de matarla él mismo cuando se le diera la gana. De la ternura de Henry solo quedaba el recuerdo. Este sí era un hombre de verdad.

35

Germán pensaba en Adela y en cómo él le había fallado. No podía ni siquiera mirarla a los ojos. Ella seguía aparte de los otros, sentada en una banca, mirando por la ventana, sin darse el lujo de llorar. Quería ponerse de pie y acercarse a ella, sin importar lo que pudiera pasarle, cuando sintió un líquido caliente escurrirle por la espalda. Se volteó rápido y vio a uno de los guardias orinándolo. Los otros guardias empezaron a reírse. Sin pensarlo, Germán se levantó y noqueó al tipo de un cabezazo. Uno de los otros guardias iba a disparar cuando se vio sorprendido por un golpe en la cara con un yeso.

El teniente estaba mirando el techo tratando de definir qué era lo que Melissa le hacía sentir. Ella dormitaba a su lado, dándole la espalda. Él se le acercó a la nuca y le iba a dar un beso cuando oyó una ráfaga de fusil; el ruido venía de la casa pequeña. De un solo salto estuvo fuera de la cama. Vistió el pantalón y el chaleco antibalas de afán. Se puso la pistola al cinto al pie del cuchillo, mientras veía a Melissa a los ojos. Ella también se levantó. Por una milésima de segundo se traicionó y casi da un paso hacia ella para despedirse con un beso. Hasta que se compuso esta joda.

—¡Apérole meeja que la guerra no espera!

Salió corriendo y no volteó a mirar para atrás.

Germán iba adelante del grupo, junto a Adela y a los otros tres que también tenían fusiles. Se plantaron cerca de la puerta de la casa pequeña y empezaron a disparar ráfagas de derecha a izquierda

para mantener ocupados a los de la casa grande, mientras los que estaban desarmados corrían tan rápido como sus piernas y el miedo se los permitían. Le hizo una seña a Adela indicándole el lado norte y cuando estuvieron seguros de ser los últimos, empezaron a correr por entre los cafetales.

La adrenalina y los nervios obligaron a Germán a soltar una risa compuesta de ji ji jies que fueron ganando fuerza y ya no fueron murmullos sino carcajadas.

Adela corría delante de Germán. Lo oyó reír y también le entraron ganas de reírse. Trataba de mantener el paso de la niña, quien iba por delante. Oía las balas zumbear entre las matas de café. Llegaron hasta el abismo que bordeaba el campamento y se ocultaron detrás de la piedra gigante.

—¿Y ahora?

—Ahora bajamos por ahí —Contestó Germán.

—¡¿Estás loco?! Lo menos que nos puede pasar si nos caemos es que nos rompamos el culo. Tiene que haber otra forma.

—Que no Adela. A esa peladita le decimos La Araña, porque sabe cómo treparse de pa' arriba y de pa' abajo como nadie. Déjese ayudar.

Germán notó la incredulidad de Adela y se molestó. Él sabía que no había escape y lo menos que podía hacer era morir peleando. No le iba a dar el gusto al teniente Ramiro de dejarse matar despacio o dejarse torturar. En el peor de los casos se iba a lanzar por el abismo y listo. Las almas de los suicidas no van al cielo. Que cielo ni que hijueputas. A mí hace rato que me llevó el patas.

—¡Haga caso y no joda!

Adela volteó y vio a La Araña desaparecer por el borde del precipicio. Se agachó creyendo que la niña se había matado y la encontró sonriente, colgando del brazo que tenía bueno y con el otro le hizo señas mostrándole por dónde bajar. Los disparos que pegaban por el frente de la piedra la obligaron a no pensar más. Se aventuró por donde La Araña le indicó y asomó la cabeza una última vez, para ver a Germán defenderse a balazos.

En más de una ocasión pensó que se iba a caer y el fin del bendito abismo nada que llegaba. Al contrario, le parecía que el suelo estaba más y más lejos.

36

—¿Y ahora qué va a pasarnos?

Quintiano se quedó mirando de frente al El Ronco. Le dio una chupada larga a su cigarrillo y no soltó. Despacio, lo empezó a liberar por las fosas nasales y luego por la boca, escondiendo su rostro detrás de la cortina blanca creada por el humo. Quintiano apretó los dientes y arrugó la nariz y se contuvo de insultar al hombre en la silla de ruedas. Se puso de pie y caminó hasta la ventana. Pasó por encima de los cadáveres de los dos policías que habían tocado a la puerta cerca de seis horas antes. A través de la ventana se quedó viendo hacia la ciudad que se arropaba en la oscuridad de la noche que llegaba. Vio las luces de las casas encenderse y recordó años atrás cuando él mismo estaba en alguna de esas casas, sintiendo el tibio calor de hogar y el cobijo de una familia de verdad. Rehuyó de sus memorias antes de que la nostalgia lo atacara. Se volteó despacio y pensó con cuidado cada palabra y el modo en que las iba a decir.

—Va a pasarnos que nos quedamos acá hasta que aparezca el sapo de Urquijo. Si usted se porta bien, yo hablaré con mi teniente Ramiro para que no matemos a la reinita; no pregunte que le puede pasar si usted no coopera —dijo mirando a la mujer con lascivia. Dejó de mirarla y volvió a ver al 'Ronco' a la cara—. Si usted cree en algún santo es mejor que empiece a rezarle.

La mujer empezó a llorar pasito y Quintiano sintió un ataque de ira. Se le acercó con la intención de abofetearla y cuando estuvo frente a ella la voz de El Ronco lo detuvo.

—No hay trato.

Quintiano se volteó sorprendido.

—¿De qué habla? Idiota.

—Si no la deja ir a ella, de inmediato, no les voy a ayudar a encontrar a Urquiño.

El Ronco apretó los dientes con furia y escondió el miedo que sentía. Se iba a jugar su última carta pero no podía mostrar la desesperación de ese movimiento final. Despacio, levantó la mano derecha y le dejó ver a Quintiano una ampolleta de color café y apariencia frágil y grasosa y se la puso en la boca. La sostuvo entre los labios y empezó a hablar.

—¿Usted sabe qué es el cianuro de potasio? Claro que no. Que va a saber un tegua. A usted solo le enseñaron fue a disparar y cobrar por eso. Déjeme le explico. No está probado —las palabras de El Ronco empezaron a tomar un tono de superioridad y sonaron a clase de historia—, pero dicen que ya desde los tiempos de Alejandro el grande...

El Ronco se detuvo y observó la cara de frustración de Quintiano, era una pequeña victoria para un condenado a muerte.

37

Fueron muchas las jornadas que deambuló por las calles del centro, esas mismas que años atrás lo habían empujado al vicio y la autodestrucción en ese momento guardaban la esperanza de encontrarla a ella, quien podría salvarle la vida y darle un nuevo sentido a su existencia. Sin embargo, era una esperanza débil y fútil que él mismo no terminaba de entender. No sabía su nombre y lo que recordaba de ella era apenas la bruma espesa de sus noches interminables de vicio. Nada. Ni un color de ojos, o de cabello, o tan siquiera la ropa o un olor. Nada. Hasta la cafetería había desaparecido y ahora en su lugar estaba un estanco de cerveza que no tenía mesas.

Una tarde vio a Jabiedes, su antiguo proveedor, quien casi no lo reconoció por la silla de ruedas y la barba descuidada y la melena despeinada, y estuvieron charlando largo rato. Él se convirtió en pastor de una pequeña congregación evangélica que recogía gente de la calle y les daba una oportunidad de salir del vicio.

—Claro que me acuerdo de ella. Era un alma de dios. Otra puta con corazón de oro —dijo Jabiedes y de inmediato se arrepintió de su comentario—. Perdón, hermano. Esta forma de hablar no se le quita a uno nunca —y se persignó y luego se arrepintió de haberlo hecho—. ¡Hijueputa! Esa maña tampoco se me ha quitado.

Lo que Jabiedes le contó entristeció a El Ronco. Su nombre era Esmeralda, o así la conocían. Había tenido una hija y la había cuidado hasta que la niña cumplió doce años y el gobierno se la quitó y la puso en un hogar de paso del que la niña salió a los dieciocho y volvió con la madre. Los años no habían sido buenos con Esmeralda, su piel revelaba los estragos de las drogas y la

mala alimentación y las enfermedades y la mala vida y la corrupción de la de pureza su alma desde que dejó de ver a su hija. Poco después de que la criatura volvió, Esmeralda abandonó su trabajo y las dos empezaron a trabajar en un restaurante. La vida decente le devolvió algo de la belleza que los años le habían robado y los días junto a la hija fueron suficientes para lavar las máculas de cualquier pecado que hubiera cometido en su anterior existencia. Esmeralda murió feliz una madrugada de lluvias perpetuas.

38

Quintiano levantó el arma y la apuntó a la cabeza de la mujer, quien no dejaba de llorar.

—¿Y a mí qué culo me importa el Alejandro ese? Déjese de huevonadas.

El Ronco soltó una carcajada sin soltar la ampolleta de los labios.

—No, no, no. Usted no se da cuenta de lo que está pasando. Más importante que Alejandro el Grande, es lo que no han podido procesar sus neuronas. Esto es cianuro de potasio, descubierto en 1807 por un científico inglés llamado Humpry Davy. Es un componente muy fuerte, siempre y cuando lo muerda, si no, es posible que pase derecho y no haga ningún daño. Se hizo famoso durante la Segunda Guerra Mundial, se le conoció como 'la píldora del suicidio'. Hay varios casos de esa época que sugieren que el mismísimo Hitler implementó el uso de la píldora en caso de peligro de arresto por parte del ejército aliado. Es más, hasta sus enemigos lo usaron, el mariscal de campo Rommel lo usó cuando falló un atentado contra Hitler. En fin. Esto se trata de honor. Por eso le contaba de Alejandro. Dicen que desde sus tiempos ya existía la fuerte recomendación de cometer suicidio antes de permitir brindar información al enemigo —El Ronco hizo una pausa. Se sacó la ampolleta de los labios y la contempló maravillado ante su poder. Soltó un suspiro y la puso de nuevo en la boca, como un cigarro—. Yo creo que desde el principio de los tiempos el ser humano ha buscado la forma de joder al prójimo, más si es el enemigo.

39

El funeral fue posible tres semanas después, cuando se reunió el dinero para un servicio que permitiera el descanso del cuerpo de Esmeralda en un cementerio, gracias a la mediación de Jabiedes y otras gentes de la calle que la habían conocido en su vida de puta y quienes la veían como un ejemplo, una muestra de que nunca era tarde para retomar o reiniciar una vida mejor.

Jabiedes no sabía que había sido de la vida de la niña desde ese entonces. Lo último que le indicó a Óscar de Jesús fue el número de la tumba.

Como todos los lunes, el cementerio central estaba casi lleno de deudos llorando sus muertos, pidiendo para ellos la luz perpetua, así llevaran muchos años de haber partido. Óscar se paseó por los callejones amplios, encontró el pasillo que buscaba y se encaminó hacia donde quedaba el sepulcro de Esmeralda. Una hermosa mujer, de unos veintitantos años, venía caminando de frente y cuando Óscar de Jesús la vio la bruma espesa de sus años de vicio desapareció y luego de tanto tiempo, de tantos caminos recorridos, de tantas madrugadas de llanto y odio, después de tantos meses de no querer vivir, él vio el rostro, la imagen, la esencia de su Esmeralda de años atrás; su ángel redentor de café caliente para calentar las tripas en las madrugadas frías estaba de vuelta, con la misma cálida sonrisa y los mismos ojos alegres, bajo otro nombre, otra piel, otro cuerpo, pero ella misma, de nuevo, con su alma bondadosa y su candidez.

—¿Usted también conoció a mi mami? —dijo con una alegría capaz de derretir témpanos de hielo.

El Ronco no respondió. No pudo. No encontró palabras.

40

Carlos empezó a caminar cuesta arriba buscando la dirección que Melissa le dio por el teléfono. Se sentía algo incómodo por no contarle que Henry estaba muerto, pero en aquel momento pensó que era cruel e impersonal darle la noticia por teléfono. Además, se imaginó que si ella y Henry eran amigos con El Ronco desde antes, ella ya debía saberlo.

Era un barrio bonito, de casonas grandes con amplios antejardines florecidos en esa época del año. Le pareció el tipo de lugar para tener una familia. Apenas encontrara a Adela juntos iban a buscar una ciudad en donde pudieran iniciar una nueva vida en un barrio así. Pensó en las palabras de Rivas y los ojos se le aguaron. Hasta no ver el cadáver, él no iba a creer que Adela estuviera muerta.

Con los ojos llenos de lágrimas siguió caminando. Una mujer alta, de cabello negro y hermosa sonrisa vino caminando de frente y lo abrazó. Sorprendido, Carlos se dejó abrazar.

—Melissa y el teniente Ramiro te están esperando para matarte —le susurró al oído. Luego se alejó y habló fuerte—. Qué bueno verte después de tanto rato. No has cambiado nada. Ven. Vamos por un café —y se lo llevó de la mano, en la dirección opuesta.

Confundido, Carlos se dejó llevar. Cuando oyó nombrar al teniente, la sangre se le heló. Nunca pensó que lo fuera a encontrar tan fácil, pero más allá de eso, si lo había encontrado tan rápido era posible que también supiera en dónde estaba Adela si ella estaba viva, o incluso él podría tener el cadáver y hacer que Carlos tuviera que buscarlo para pedírselo. Carlos tembló de

miedo; con el teniente no existía la más remota posibilidad de una negociación.

El cielo negro anunció una noche de tormenta.

El Ronco los siguió y los vio caminar, él con cara de desconcierto y ella no podía disimular el susto. Se detuvo más adelante y los esperó. Se subieron a la camioneta y Óscar de Jesús empezó a manejar despacio. La mujer se sentó atrás y Carlos en la silla del pasajero.

—Antes de que vaya a empezar a preguntar maricadas, déjeme lo convenzo. Su nombre es Carlos Urquijo. 30. Activista político desde que entró a la universidad. Miembro de las milicias urbanas desde hace seis años. Reclutador, ideólogo. Preso dos años, luego liberado y declarado inocente de las acusaciones. En el '84 empezó a vivir con Adela Mendoza de la Fuente, sobrina del gobernador Ignacio de la Fuente. Ella también era parte de las milicias, hasta hace seis meses. Por solicitud suya, ella fue abandonando las acciones directas, desde el robo del Banco de Panamá, cuando le dieron un tiro en un hombro. Poco tiempo después quedó embarazada. Ella está en la lista de víctimas del bombazo en el centro —El Ronco miró a Carlos quien había dejado escapar un gemido de dolor—. Usted y yo tenemos un enemigo común. Ramiro. No apellido, no otro nombre. Muy peligroso. Ayúdeme a acabarlo y yo lo ayudo a usted a desaparecer.

La lluvia empezó a caer despacio, en gotas débiles y rápidas, pronto se convirtieron en goterones grandes y gordos que no dejaban ver más allá de diez metros. El Ronco desvió en un parqueadero público y se detuvo cerca de una columna en donde no había luz. Esto no es de pensarlo mijo. Esto de hacerlo de una. No le meta mente Urquijo. Actúe.

Carlos se sintió débil. Toda su vida se había derrumbado en un abrir y cerrar de ojos. Mucho peor que cuando el papá de Adela la mandó a Nueva York.

41

La idea era visitar a una tía que estaba enferma, pero cuando Adela llegó allá descubrió la trampa. La tía se quedó con el pasaporte de Adela y la encerró en un cuarto hasta que se le pasara la bobada que tenía de irse a vivir, ni siquiera casarse, con un desocupado de universidad pública. Adela escapó y llamó a Carlos y le dijo que lo esperaba en el Paso, Texas, en seis semanas. Eso hizo que Carlos planeara el primer asalto a un banco, en nombre de la revolución, con tal de que lo dejaran quedarse con el dinero suficiente para los tiquetes de ida y vuelta hasta México. Dos semanas después, Carlos partió rumbo al DF con plata de sobra.

Pasar de vuelta hacia México fue fácil y barato. Cuando Adela llegó a Ciudad Juárez, Carlos la estaba esperando. Se fueron tres semanas a Acapulco a gastar el dinero extra que traía Carlos. En la quinta noche de la tercera semana, estaban cenando en el restaurante del hotel, cuando llegaron dos agentes del ministerio público con tres policías y arrestaron a Carlos por secuestro y extorsión y lo extraditaron a Colombia, desde donde se hizo la acusación.

Cada semana Adela le hizo visita conyugal a Carlos, hasta cuando el tío llamó a reclamar por la incómoda situación política en la cual lo colocaban, y sabiendo de la terquedad de la muchacha decidieron tramitarle un permiso especial para visitarlo otro día que no fuera domingo. Desesperado también, el padre decidió sobornar a Adela con viajes, regalos y dinero, pero la muchacha rechazó todo. El único acuerdo que aceptó incluía su matrimonio con Juan Domingo de la Espriella, con tal de retirar los cargos en

contra de Carlos. Pero ni el padre ni la hija confiaban en el otro y eso retrasó las negociaciones, hasta que Adela dejó de visitar a Carlos por un año completo como acto de buena fe; incluso aceptó asistir a eventos públicos en compañía del prometido. Conforme con la nueva actitud de la hija, el padre retiró los cargos y el nombre de Carlos fue reivindicado y eliminado de cualquier expediente judicial, incluidos los que lo conectaban con el asalto a un banco. Tal y como lo prometió, Adela no buscó a Carlos después de su salida de prisión.

La boda se programó a finales de junio para que coincidiera con una conocida fiesta patronal, en un pueblo pequeño cuya iglesia era distinguida por su arquitectura colonial. Asistieron grandes personalidades políticas allegadas a su tío y varias familias de nombre y abolengo. El padre, desconfiado, se mantuvo alerta a la espera de un escape por parte de la hija. Sabiendo la afición de Adela por lo dramático y lo espectacular, el pobre hombre no tuvo un minuto de sosiego. La fiesta formal terminó cerca de la una de la mañana, pero la familia del novio y los amigos más cercanos decidieron seguir bebiendo. Casi todos los que se quedaron se fueron cuando ya vieron clarear el alba. Se despidieron de la pareja con abrazos y promesas de verse pronto; el padre hizo a la hija aparte y por fin le otorgó la ansiada bendición, le prometió que siempre sería su hija adorada y se disculpó por la incomodidad de los recientes meses.

Adela no habló.

Domingo de la Espriella se despertó pasada la tarde en una cama medio vacía. En lugar de su esposa encontró dos sobres sellados con dos cartas, una dirigida a su suegro y la otra a él mismo. Después de leer la que le correspondía, se puso de pie y se arregló como si nada hubiera ocurrido. Buscó al papá de Adela, le dejó la carta y partió hacia el aeropuerto, tomó el primer avión fuera del país y dicen que jamás regresó; es probable que solamente Adela, Carlos y el mismo Juan Domingo fueran los únicos al corriente del contenido de su carta: Una hoja con la palabra

"ILUSO" escrita con lápiz de sombra. En cuanto a la carta del padre, Adela nunca habló de eso con nadie, ni siquiera Carlos lo supo. Al parecer el padre tampoco. Un año más tarde cuando lo enterraron, junto a él, en el bolsillo interior derecho del traje de diseñador con que lo vistieron, pusieron la carta que la madre encontró guardada, sin abrir, en el fondo de un cajón de documentos importantes del señor Guillermo Mendoza, cuñado del ilustre gobernador.

42

El teniente disparaba de a una bala y casi nunca fallaba. De los cinco con fusiles, ya había eliminado a dos. Germán y otro se defendían desde lados opuestos de la piedra gigantesca junto al abismo del lado norte del campamento. El teniente había dejado de ver a Adela desde hacía un buen rato y empezó a preocuparse pensando en un eventual escape. Se le agotó la paciencia, se puso de pie y empezó a caminar apuntando hacia la piedra. El otro, que no era Germán, hizo aparecer la parte superior del torso para hacer una ráfaga y el teniente le disparó en un hombro. El hombre cayó y el teniente se acercó a confirmar sus sospechas; esa gente se estaba escapando por la ladera y el único que todavía no se había ido era ese que estaba en el suelo con el hombro destrozado por el tiro.

El teniente asomó la cabeza por el abismo y descubrió a Germán colgando de la pared, apenas unos cuatro o cinco metros debajo del borde. El teniente le sonrió y lo saludó con la mano.

Germán vio al teniente aparecer en lo alto del abismo y se revolvió tratando de recuperar el fusil que llevaba colgado de la espalda, presintió una sombra y a duras penas alcanzó a esquivar el cuerpo que el teniente Ramiro le arrojó. Germán ya no buscó más el fusil, se quedó quieto mirando hacia arriba para ver al teniente.

Adela les hacía señas desde abajo, indicándoles los huecos y las salientes de la roca en donde podían poner los pies y apoyar las manos para bajar con seguridad. Solo faltaban Germán y otros cuatro. De pronto, vio una sombra aparecer encima del precipicio. La sombra movió las manos saludando a Germán y desapareció. Al

instante volvió cargando un bulto y lo arrojó sobre Germán. Cuando el bulto cayó, Adela se dio cuenta de que era uno de los hombres del campamento. Adela hizo visera con la mano y pudo reconocer al teniente Ramiro, quien a su vez la descubrió a ella y pudo ver cómo él le sonreía y elevó la mano derecha agitándola festivo de lado a lado, saludándola desde las alturas. Adela vio cuando el teniente sacó su pistola y la apuntó a Germán, y vio a Germán mirándola a ella y él también sonrió mostrando su blanca dentadura y haciéndole un último coqueteo ya fuera a ella o a la muerte, y él sin mirar arriba de nuevo se dejó caer mientras a Adela se le escapaba una lágrima. Lo oyó caer porque ya no quiso mirarlo y vio a hacia arriba con un odio tan profundo como no había sentido nunca antes y creyó que sus ojos se incendiarían del mismo odio que estaba sintiendo y entonces vio al teniente mandándole besos al aire, como una reina en carnaval.

Las balas zumbaban muy cerca pero el teniente no se movió. Seguía sereno mandándole besos a Adela y de vez en cuando batía las manos en el aire saludando. Le hizo una seña final, apuntándose al pecho y luego apuntándole a ella con sus dedos índices. "Usted es la siguiente, meja" le gritó, y se estuvo quieto mientras ella desapareció en el verdor del monte cuando se le acabaron las balas.

43

Quintiano se mantuvo sentado en la parte trasera de la camioneta Cherokee del año 85, detrás de la mujer, apuntándole con una pistola a pesar de que El Ronco le insistió en que no era necesario. Salieron del edificio, hacia el sur. Cerca de quince cuadras adelante se detuvieron para que la hija de Esmeralda se bajara del carro. Quintiano bajó la ventanilla.

—No vaya a hacer ninguna bobada, mamasita. Usted no conoce a mi teniente Ramiro, ni lo quiere conocer. Piérdase. Haga de cuenta que esto nunca pasó. A menos —dijo poniéndose la pistola en los labios y mirándole los senos—... a menos que sumercé quiera algo más.

La mujer se cubrió el escote. Asustada e indignada miró a El Ronco por última vez y él le hizo un gesto de tranquilidad para que ella se marchara.

—Ahora llévenos a la casa, mejo —dijo Quintiano después de subir la ventanilla.

El Ronco lo miró por el retrovisor e hizo una mueca de extrañeza.

—A su casa, hijueputa —dijo y se ruborizó un poco. Luego retomó la voz de mando—. Cumpla con su palabra. Deme la píldora.

El Ronco la deslizó despacio entre sus dedos y cuando la tuvo en la punta entre el índice y el pulgar lo dudó un instante. Quintiano se la arrebató y luego le dio un golpe con la mano abierta en la parte de atrás de la cabeza.

—Eso es para que deje de ser mariquita y no me vuelva a amenazar.

El Ronco arrancó despacio y Quintiano se puso la píldora entre los labios, como si fuera un cigarro, y empezó a arremedar la voz ronca.

—Alejandro, el gran marica, esto... Hitler era un huevón... usted es un tegua...

El auto se desplazó silencioso bajando por una cuesta moderada mientras ganaba algo de velocidad, de manera muy sutil. El Ronco miraba por el retrovisor de vez en cuando y no podía disimular su ira.

—Usted es muy de buenas —decía Quintiano, manteniendo la ampolleta en los labios—, semejante bizcocho que tenía de mujer y la nena firme con usted, paralítico y todo. Oiga —Quintiano se sentó al borde del asiento y se puso cerca de la oreja de El Ronco y le preguntó en un murmullo— ¿Es cierto que a ustedes no les sirve el tal?

El Ronco no contestó. Solo apretó los dientes.

—Está bien. No me hable. Me importa un culo —y se recostó de nuevo contra el espaldar del asiento—. Igual a mí me da igual. Cuando venga mi teniente... ahí va a ser todo diferente —se quedó callado un momento y luego empezó a imitar la voz ronca de nuevo—. Soy un comemierda amargado, nadie me quiere, soy un sapo, no puedo caminar, no me gustan las mujeres...

—¿En su casa no le enseñaron a respetar? —preguntó El Ronco.

—¿En su casa no le enseñaron a respetar? —lo arremedó Quintiano mientras se sacó la píldora de los labios e hizo un ademán de echar una bocanada de humo. Luego se la puso de nuevo en la boca y jugueteó con ella. Hizo la voz más ronca— bla, bla, bla...

El Ronco estacó la camioneta y la cara de Quintiano se estrelló contra la silla delantera. La ampolleta se reventó en el acto y cerca de la mitad del líquido contenido se escurrió por la garganta, quemando todo a su paso. Los ojos desorbitados buscaban a El Ronco, mientras la mano izquierda atropellaba el seguro de la puerta en angustiosos movimientos y la mano derecha limpiaba la lengua y la boca.

Quintiano blanqueó los ojos mientras el cerebro moría despacio y su cuerpo empezó a convulsionar.

Óscar de Jesús acomodó el espejo retrovisor y permaneció inmóvil hasta asegurarse de que Quintiano ya no respiraba, así su cuerpo saltara como recibiendo choques eléctricos.

Arrancó de nuevo el carro, apurado por la los constantes pitos del vehículo que estaba detrás. El conductor del otro carro pasó rápido, se detuvo junto a la camioneta de El Ronco, bajó la ventana para insultarlo y vio el letrero azul de discapacitado en el panorámico.

—¿Usted es inválido de la cabeza o qué? —y arrancó a toda velocidad.

El Ronco sacó la mano por la ventana y le mostró el dedo del corazón en alto. Luego siguió avanzando con cuidado y se devolvió a buscar a la hija de Esmeralda, quien seguía en la misma esquina en donde la habían dejado.

44

Adela no dejaba de correr. De vez en cuando miraba atrás para ver a los otros del campamento huyendo con ella, pero pronto estuvieron solas con La Araña; todos los demás buscaron su propia ruta y se desbandaron por la selva. Adela y La Araña llegaron a un río caudaloso y decidieron que no era buena idea nadar para cruzarlo. Empezaron a bordearlo siguiendo la corriente. El calor y la humedad las agotaban a medida que la adrenalina del escape se calmaba. Adela se detuvo a vomitar. Levantó la cabeza y se dio cuenta que era cerca de mediodía y llevaban cuatro horas o más andando. Desde su última comida ya había pasado mucho tiempo, y de la última vez que durmió ya ni se acordaba. Caminó unos cuantos pasos más y se rindió a la sombra inmensa de un oití.

La Araña se detuvo y se devolvió hasta donde Adela. Le ayudó a acomodarse y la dejó recostada. Bajó unos pasos hasta el río y trajo agua en unas hojas grandes que encontró. Regó el agua sobre Adela y volvió a la orilla, se deshizo de la camiseta que llevaba, la remojó y la llevó de vuelta a Adela y se la puso sobre la frente. Después, con el torso desnudo, se adentró en la selva y volvió con unos mangos salvajes. Adela los devoró sin pensarlo, La Araña comía despacio, asombrada de ver la desesperación de la otra.

Adela se durmió. La Araña se mantuvo vigilante un tiempo, pero el sopor de la tarde y el cansancio la ablandaron y terminó dormida junto a Adela. De cuando en cuando, Adela despertaba sobresaltada viendo al teniente Ramiro en sus pesadillas. Una vez lo vio arrojando a Carlos por el abismo, otra vez lo vio disparando sobre ella y Germán mientras caían por un precipicio interminable; abría

los ojos y lo encontraba acurrucado frente a ella y lo veía violar a La Araña, lo veía fumar brazos de niños no nacidos, lo veía volar por un cielo negro y él, iluminado de rojo sangre, dejaba una estela que la rociaba y ella no se podía quitar de la piel. Lo veía persiguiéndolas entre la selva, ellas corriendo y él, apenas caminando, dándoles alcance cada vez que se lo proponía, y su macabra risa no las abandonaba. Lo vio mandándole besos, con los dedos untados de la sangre de su vientre y mientras ella removía las manos sobre el estómago destrozado, él bailaba a la luz de la luna.

Adela despertó con una leve brisa del atardecer que llegó del norte y la refrescó en el charco de sudor en que se encontraba. Descubrió al teniente Ramiro frente a ella, acurrucado fumando, con temple sereno como en sus pesadillas. Adela cerró los ojos con desesperación, deseando con toda su alma que fuera otra pesadilla, pero sus sentidos le gritaban que todo era muy real. Se decidió a abrir los ojos de nuevo y lo encontró de espaldas, él mirando de frente al río, contemplando el atardecer, fumando.

El teniente Ramiro fumaba sentado en la arena, con las rodillas un poco recogidas, lo suficiente como para pasar los brazos por delante de las piernas. Oía la respiración agitada de Adela, justo detrás de él. La volteó a mirar con un leve movimiento de la cabeza. Apenas si la veía de reojo. Le extendió la mano en la que sostenía el cigarrillo, pero ella meneó la cabeza declinando la oferta. Él acercó el pitillo a la boca y le dio una chupada larga. Adela se puso de pie, así descubrió que estaban rodeadas. Buscó entre las caras de los guerreros el rostro de Melissa pero no lo encontró; eso le gustó. Caminó un paso hasta el teniente y se sentó a su lado, imitando su posición. El teniente la observó hasta que estuvo sentada y luego él volvió a mirar hacia el río y el atardecer.

A ella le hubiera gustado hablar, decir algo inteligente o desafiante, pero todavía sentía el miedo de las pesadillas y sus sentidos estaban ocupados en mantener una apariencia de frialdad,

lo cual era innecesario, pues tanto ella como el teniente sabían que estaba muerta del susto.

—No debería odiarme ¿Sabe? No es que me importe tampoco, pero me gustan las cosas correctas. Piense en mí como en alguien con una meseón, una tarea por cumplir. Esta sociedad va para la mierda por eso —dijo mientras remataba la colilla que sostenía en su mano izquierda—. La gente ya no respeta la palabra dada, ya no hay honor. Cada uno tiene un trabajo por hacer y si cada uno lo hiciera como debe ser, las cosas no estarían tan mal como están. Mire por ejemplo, mi línea de trabajo —en las últimas palabras no pudo evitar una risa socarrona—. Hay muchos que no la entienden o que simplemente no la aceptan, pero no se dan cuenta de que yo soy un mal necesario y además soy el resultado de la falta de compromiso, de honor y de lealtad.

El teniente sacó otro cigarrillo de la cajetilla que le robó a Carlos unos días atrás, el último; arrugó la cajetilla y se la guardó en uno de los bolsillos de las rodillas de su camuflado. Se dio cuenta de que Adela había reconocido la marca de la cajetilla y eso la puso a temblar. El teniente sonrió.

—Si los cerdos que ustedes eligen hubieran hecho su parte todos estos años, si hubieran cumplido con su tarea, con su palabra, si hubieran hecho lo que tenían que hacer, si hubieran tenido algo de honor, y de paso algo de decencia; los idiotas que me mandan nunca se hubieran organizado y nunca hubieran empezado este mierdero sin sentido —el teniente levantó la cara y vio al cielo que ya se estaba poniendo en un hermoso color azul oscuro—. Pero ya ve, las cosas son como son.

El teniente calló esperando alguna respuesta de parte de Adela. La volteó a ver y vio que ella también estaba mirando el cielo. Cuando se sintió observada ella giró la cabeza hacia él. El teniente pudo ver en su cara que no entendía de lo que estaba hablando. El teniente dejó de verla y miró al frente. Sonrió de nuevo

—Yo no la odio a usted. De hecho me gusta su valentía. No me explico cómo terminó junto a un tipo como su marido. Ese sí es

mucho hijueputa —dijo mientras sacó su cuchillo y empezó a dibujar rayas en la arena—. Ese es de esas ratas que no hace lo que sabe que tiene que hacer.

El teniente clavó el cuchillo en la arena y se puso de pie. Se limpió la arena del camuflado y le ofreció su mano a Adela, para que se levantara. Los ojos del teniente la vieron dudar y mirar al cuchillo frente a ella. La sonrisa del teniente se hizo más amplia. Adela era una de esas personas que hacían lo que tenían que hacer. Sin importar cuál fuera el costo, Adela no se iba a rendir y el teniente la respetaba por eso.

Era su única oportunidad. Con la poca energía que le quedaba se abalanzó sobre el cuchillo haciendo un rollo y terminó de pie frente al teniente empuñando el arma. Los hombres del teniente le apuntaron.

—No, no, no. Déjenmela quietica. Bajen las armas, no vaya y sea el diablo y se les escape un tiro —les habló el teniente, interponiéndose entre los hombres y Adela—, y ya no pueda presentarle mis respetos a la señora.

Los hombres rieron mientras el teniente hacia una venia teatral ante todos.

Llena de rabia Adela se le lanzó de frente con el cuchillo por delante. El teniente la esquivó como un torero y Adela se fue de bruces. Ella se apoyó en la rodilla para no caer del completo y se devolvió con furia sin darle tiempo a él de verla venir, mas el teniente previó el nuevo ataque y se hizo a un lado, esquivando la embestida que terminó con Adela rodando por el suelo mientras los hombres del teniente entonaron un 'oooole' que le recaló a Adela en el orgullo. El teniente levantó los brazos y se dejó aplaudir de los hombres. Más venias, más aplausos.

Entre dos hombres levantaron a Adela, y un tercero le alcanzó el cuchillo, que había perdido en la caída. El teniente se puso de frente a Adela y se paró con los brazos abiertos invitándola a enterrarle el cuchillo en su estómago. Adela embistió de nuevo con todo lo que tenía, con lo poco que le quedaba. El teniente se

agachó cuando la tuvo cerca y le tomó la cintura con las dos manos y la hizo volar por el aire. Adela terminó en el río, sin fuerzas para sacar la cabeza del agua.

La arrastraron hasta lo seco y la pusieron de rodillas de frente al teniente. Uno de los hombres le pasó a él el cuchillo. Ramiro lo recibió y empezó a hacer malabares, lanzándolo al aire y recibéndolo siempre por la punta.

—Ya le dije meja. No debe odiarme —dejó de jugar con el cuchillo—. Es hora de que aprenda su lección —dos hombres trajeron a La Araña—. No es algo que quiera hacer. Lo estuve evitando por un rato, pero usted no me deja otra opción.

La Araña lloraba. El teniente le corrió el cabello de la cara y se lo acarició con ternura. Él tal vez no se dio cuenta, sus hombres sí, que de sus ojos salían lágrimas.

La Araña se desplomó después de notar el frío del acero cercenar sus tripas. Casi no sintió dolor.

El teniente se volteó a ver a Adela.

—En este planeta estamos para una cosa únicamente: Hacer caso. Cada uno tiene que hacer lo que tiene que hacer.

45

Melissa abrió la puerta y miró a Tolú y al otro tipo, uno que llamaban el Verde porque era de la policía, y los dejó entrar. Los hombres se quedaron viéndola sin tener claro qué hacer. Melissa les dio la espalda y se adentró en el apartamento; Tolú y el Verde se miraron y decidieron seguirla. Le estaban viendo el trasero y Melissa lo sabía, entonces lo meneó para provocarlos más mientras caminaba. Se sentó en un sillón individual y cruzó la pierna, forzando la minifalda al límite de no guardar nada de lo que debía. El Verde se sentó frente a ella, en un sofá grande, y no dejaba de mirarle las piernas, con cara de bobo.

Tolú se fue hasta la ventana y tropezó con los cadáveres de los dos policías. Miró a Melissa.

—¿Usted?

—No. Ya estaban acá cuando llegué —contestó mirando a Tolú mientras movió la cadera un poco para poner al verde aún más nervioso—. Parece que fue Quintiano.

—¿Y dónde está?

—No sé. Llamó al teniente cuando estaba acá. Él tenía que esperarme antes de hacer cualquier cosa. Cuando yo llegué no había nadie, ni Tolú ni El Ronco ni nadie. Solo los dos fiambres.

Tolú se paró frente a la ventana.

—Pues hay que hacer algo para quitarlos de acá, antes de que se aparezca Urquijo. ¿No le parece? —y volteó a verla.

—Sí, pero es que una solita no es que pueda hacer mucho —dijo Melissa mientras se puso un dedo entre los labios y lo dejó ver la intención de ponerse una mano entre las piernas.

Esta es mucha perra. Pensó Tolú. Él ya la había visto antes y siempre le pareció una niña de plata jugando a los soldaditos, por eso nunca le prestó atención a su belleza. Pero en ese momento la cosa había cambiado. No estaban en el campamento ni estaba presente el tal compañero sentimental. Su percepción era diferente y él supo que Melissa lo notó también.

Tolú llamó al Verde, quien seguía idiotizado con las migajas de sensualidad que se desprendían del terrible mal sentado y los atrevidos movimientos de cadera. Tolú tuvo que gritarle para devolverlo a la realidad.

—Agárrele las piernas a este —dijo Tolú halándole los brazos a uno de los cadáveres— y lo llevamos para allá —señalando la cocina.

—No, la cocina no —contestó Melissa—. Detrás de la cocina hay un cuarto de servicio y allá quedan mejor.

—Bien. Apúrele marica.

El Verde se puso de pie y se acomodó la entrepierna delante de Melissa para hacerle notar su excitación, pero Melissa seguía mirando a Tolú a los ojos.

—¿Por dónde? —preguntó el Verde malhumorado.

Tolú le señaló el camino con un movimiento de la boca.

—Este es Medina —dijo el Verde cuando vio la cara del cadáver—. Era de la estación cuarta, por acá cerca.

Tolú se mordió los labios con desesperación.

—Y a mí qué culo me importa. Hágale rápido.

El Verde hizo una mueca y levantó el cadáver de Medina por los pies. Tolú y el Verde atravesaron la cocina arrastrando al muerto hasta el cuarto de servicio. Volvieron por el segundo cadáver y el Verde se calló que también lo conocía.

En el camino de vuelta a la sala, el Verde fisgoneó en la nevera y sacó una botella de cerveza. No encontró comida, o nada comestible que él conociera, excepto una carne cruda de color pálido de la que desconfió. Cuando llegó a la sala vio a Tolú sentado en donde él estuvo y Melissa tenía las piernas un poco abiertas, dejando ver mucho más de lo que el Verde había visto. Molesto, se encerró

en la cocina, se bebió la cerveza y empezó a buscar algo más que pudiera tomar.

Melissa se sentía dueña de la situación, mucho más sabiéndose la mujer del teniente Ramiro. Sonrió imaginando la cara de Tolú cuando le contara. Se levantó con poca decencia y caminó por el pasillo a la habitación de El Ronco. Sintió a Tolú ir detrás de ella. Entró al cuarto principal y encontró una cama grande tendida. Se detuvo en la puerta y vio a Tolú. Esperó a tenerlo cerca de su boca y lo esquivó. Le iba a decir que ella era la mujer del teniente Ramiro cuando sintió algo duro bajo la cintura. Intentó bajar la cabeza para mirar, pero Tolú la levantó de las nalgas antes de que pudiera ver nada y ella abrió las piernas y lo cercó con su cuerpo.

Después de vestirse, Tolú se pasó la mano por el pelo tratando de organizar las ideas en su cabeza. Caminó hasta la puerta y cuando estaba a punto de salir, Melissa le dijo que esperara a que ella se terminara de vestir. La vio ponerse unas botas altas, levantando las piernas al aire y dejando ver su trasero perfecto. Cuando la miró a la cara, ella sonreía con malicia. Esperó a que se levantara y terminara de acomodarse, entonces oyeron el timbre del citófono. Ambos abrieron los ojos y Tolú sacó la pistola del cinto y salió corriendo hacia la sala, la atravesó de un salto y se metió detrás de la puerta. Buscó al Verde y lo encontró dormido en el sofá con una botella de vino en la mano. Melissa venía corriendo detrás de Tolú y le dio una bofetada en la cara al Verde cuando pasó hacia la cocina. El Verde reaccionó a medias y se sentó. Oyeron de nuevo el repiquetear del citófono y estuvieron todos alerta.

—¿Pizza? —preguntó Melissa, decepcionada— Acá no...

—Sí, sí, sí —la interrumpió el Verde—. Yo la pedí.

—Un momento —Melissa miró a Tolú y este asintió con la cabeza—. Sí. Dígale que suba. Gracias. —y colgó.— Usted cree que estamos de

fiesta ¿o qué? —dijo fastidiada. Pasó junto al Verde en su camino de vuelta a la habitación— ¡Estúpido!

Tolú miró al Verde y no se movió de detrás de la puerta. Ambos empezaron a reír. El Verde se levantó y caminó hasta donde Tolú.

—Preste plata para pagar.

—¿Por qué yo? Usted fue el que pidió.

—Hágale. No traje nada y tengo un hambre la verraca.

Tolú sacó de su bolsillo del jean unos billetes arrugados y le dio uno. El Verde lo miró irritado.

—¿La pidió de pedacitos de nube? Con eso le alcanza.

El timbre de la puerta sonó. El Verde abrió y quedó impresionado con la belleza de la mujer de cabello negro largo y hermosa sonrisa que traía la entrega; el Verde estaba muy ocupado mirándole el escote y no reparó en que la chaqueta le quedaba muy pequeña. Recibió el paquete y oyó con atención la descripción del contenido y el valor a pagar. El Verde puso todo sobre una mesa pequeña junto a la puerta, empujando unas porcelanas de querubines semidesnudos y un portarretrato. La mujer de la entrega miró el portarretrato caer y se sobresaltó, eso también se lo perdió el Verde, quien seguía inmerso en la profundidad del escote; ella cayó en la cuenta de su error y le lanzó rápido una risa nerviosa al Verde y este le hizo una sonrisa estúpida mientras ocultó la otra mano por detrás de la puerta; la mujer hizo un esfuerzo por no verse asustada.

Tolú vio la mano del Verde haciéndole señas con los dedos juntos flexionándose hacia dentro de las palmas. Le pasó otro billete. El Verde le dio los dos billetes a la mujer y la dejó ir prometiéndole que la visitaría pronto en el local de la pizzería. Ella le sonrió y le agradeció por la propina.

El Verde cerró la puerta y se encontró con la cara de contrariedad de Tolú. El Verde sonrió.

—¡Pedacitos de cielo, papá!

Tolú se acercó a la caja de pizza y sacó un pedazo. Se sentó en el sofá y le dio un mordisco grande. Empezó a masticar despacio.

El Verde sacó un pedazo y se quedó caminando por la sala. También le dio un bocado grande. Se acercó al portarretrato caído y lo levantó.

—Pedacitos de mierda fue que trajeron. Esto sabe inmundito —dijo Tolú desde el sofá.

—Ahora me salió delicado. Hemos comido peor, no se le olvide.

El Verde volteó el portarretrato y en la foto descubrió un rostro levemente familiar y unas tetas que no olvidaría los restantes 30 segundos de su vida. No alcanzó a sorprenderse.

Melissa oyó un golpe seco proveniente de la sala. Se deslizó despacio por el pasillo y asomó la cabeza con precaución, buscando a Tolú y al Verde. Vio en el suelo la cabeza del Verde sobresalir a un lado del sofá, cerca de la puerta. Avanzó un poco y encontró a Tolú arrodillado frente al sofá, tratando de vomitar y echando espuma por la boca. Lo vio caer sin vida. Todavía estaba en shock cuando oyó la puerta abrirse. Volteó y se encontró de frente con Carlos Urquijo acompañado de un hombre en silla de ruedas y detrás de él, una mujer que llevaba una chaqueta muy pequeña para el tamaño de sus senos.

Carlos sacó su pistola y la apuntó a la cabeza a Melissa.

—Deme una razón por la cual yo no debería matarla.

—Adela sigue viva —contestó Melissa entre sollozos—. Yo te puedo ayudar a encontrarla.

—¡Mentirosa!

—No Carlitos, es en serio —y siguió llorando con ganas—. No me mates, por favor.

El Ronco se acercó a Urquijo y suavemente le hizo bajar la mano para que no le apuntara más. Carlos lo miró y El Ronco asintió, dándole la razón a la mujer.

—Es posible que sea cierto. Sí es así, acabamos de encontrar la ventaja que estábamos buscando. Es hora de pensar con cabeza fría. Melissa se tiró a los pies de Carlos y le besó las rodillas.

—Sí Carlitos, puedes negociar con el teniente Ramiro si me mantienes viva. No me mates, Carlitos, por favor.

46

El teniente Ramiro distraído, miraba la ciudad por la ventanilla. El carro se detuvo en un semáforo y una pareja de niños se acercaron a mendigar.

—Qué hijueputas. A esta hora y todavía en la calle. —dijo en voz alta el conductor.

El teniente no prestó mucha atención. Sentía un olor dulzón proveniente de sus manos y recordó que esa era su idea del olor de la sangre de inocentes. La Araña se lo buscó. También fue necesario para mostrarle a Adela que él no estaba para juegos. Matar a La Araña le hizo pensar en otras víctimas de su paso por esta tierra sin dios ni ley en la que él impuso su mano fuerte, y empezó a comprender que su concepto de inocentes y no inocentes no era tan acertado como creía. Se vio a sí mismo como uno de esos de los que él había huido y que él había perseguido. Se vio en las caras de los políticos corruptos que detestaba, en los rostros felices y regordetes de oligarcas desapasionados por la vida pero adictos al dinero y las posesiones. Se encontró en las caras de los soldados sin cerebro ni corazón, entrenados para matar a sus hermanos solo porque eran las órdenes. Se buscó en la historia de la humanidad, en los siglos de opresión, salvajismo, dominación y muerte establecidos por el sistema dominante desde que el hombre es hombre. Se halló culpable de la muerte del hijo de ese Dios, en el que muchos creían.

Ante sus ojos se reveló la verdad que habría de conocer y defender de ahí en adelante. El teniente comprendió que el destino no era inescapable, y la nefasta fortuna que lo perseguía desde su infancia era frágil y corruptible. El teniente empezó a aceptar de

a pocos, que él también era hijo de un dios, o de cualquier entidad superior, y tenía derecho a la inocencia de su alma o de su esencia y por lo tanto, sin importar sus faltas o sus pecados, él tenía el poder de romper con las cadenas de sufrimiento que arrastraba y su pedazo de paraíso iba a estar asegurado en esta vida o en la siguiente.

No existía el destino. Él, por primera vez, era dueño de su propia existencia.

El teniente supo con certeza que su vida había sido el camino que tuvo que recorrer para lograr el estado de iluminación en el que se encontraba. Comprendió el poder que suponían su frialdad y destreza a la hora de matar en nombre de una causa. El teniente nacía ante una nueva verdad a la que no le fue fácil llegar. La sangre de inocentes o no inocentes, no importaba ya, tuvo que ser derramada por su mano para que él pudiera transformarse, reconocerse, crearse, morir, volver a nacer y encontrarse allí tal cual como era ahora.

La luz cambió a verde. El vehículo reanudó su marcha y el teniente cerró los ojos y deseó no pensar más.

47

No le dolían las amarraduras de las manos y los pies. Tampoco le importaba el esparadrapo en la boca. La oscuridad del baúl en que la metieron fue, tal vez, el único alivio para el dolor que la atormentaba en ese momento. Y todo para qué, si al final el teniente la había vuelto a atrapar. De nada valieron las vidas que por su culpa se perdieron. Adela cerró los ojos, víctima de un cansancio tenaz, y aunque temía dormir de pensar en que se lo encontraría de nuevo a él en sus pesadillas, prefirió eso a estar despierta.

La llevaron a una casa de seguridad, en un barrio de clase media de la ciudad. El calor y la humedad eran insoportables sin importar que apenas fuera a amanecer en un par de horas. Metieron el carro en un garaje y la sacaron del baúl con cuidado. La llevaron a una cocina bien iluminada y le liberaron la boca. La sentaron frente a la mesa de la cocina y le sirvieron comida y jugo en abundancia. Adela miró a sus captores con recelo pero no pudo contenerse, el hambre y la sed la mataban. Algunos de ellos la vieron enfrentar al teniente, verraca, sin miedo, frentera. Eso hizo que la trataran con respeto. La llevaron a un cuarto pequeño y la ataron a la cama. Adela cayó dormida de inmediato.

Esta vez no soñó con el teniente.

48

Adela buscó a Carlos con los viejos amigos de la universidad. Muchos de ellos ni siquiera le abrieron la puerta o le devolvieron la llamada. Ya casi todos eran abogados tratando de hacerse un nombre y nadie quería estar asociado de ninguna manera con aquel criminal que estuvo preso dos años. Adela tuvo que volver a los contactos del movimiento, pero todos estaban muy desconfiados con ella desde que la vieron en las páginas sociales, junto a su nuevo esposo. Al parecer nadie sabía nada del 'divorcio'.

Adela se internó en el monte y empezó desde cero, primero como colaboradora y luego como recluta. Así pasó casi un año. Adela estaba en entrenamiento cuando murió su padre, don Guillermo, y no pudo asistir al funeral. De seguir el conducto regular, le hubiera tomado varios años antes de poder encontrar a Carlos, pero ella estaba dispuesta a esperar.

Fue él quien la encontró primero.

49

El teniente apareció en la tarde. Hizo sacar a Adela del cuarto y la trajeron de nuevo a la cocina. La sentaron frente al teniente. Él estaba tomando un plato grande de una sopa espesa y no le prestó atención a Adela hasta que no hubo terminado. Ella trató de no mirar con ganas el plato o cada cucharada que acercaba a la boca el teniente pero falló en su intento; Adela se reprochó su hambre con dureza.

El teniente miró a Adela sin decir una palabra, ella tampoco habló. Él por fin vio lo que Melissa odiaba de ella: tenía mucho orgullo y mucha arrogancia, se notaba su condición de ciudadana privilegiada. Al teniente se le ocurrió que a la ira de Adela por estar capturada se le sumaba la tristeza de no haber aguantado hambre nunca en la vida, solo ahora delante de él.

—¿Hace cuánto que no come? —preguntó el teniente en voz alta, sin dejar de mirarla.

—Desde la madrugada, mi teniente. Como usted ordenó —le contestó uno de los tres hombres encargados de escoltarla de ida y vuelta al cuarto en donde la tenían amarrada.

El teniente hizo una mueca cercana a una sonrisa, volteó la cabeza y miró a una mujer joven quien era la encargada de la cocina y le hizo una seña. La mujer se apuró a la nevera, sacó dos cervezas heladas y las puso en la mesa frente al teniente.

—Sé que si le ofrezco comida usted me va a rechazar. Así que tómese esta cerveza —y empujó la botella hacia Adela.

Adela tardó un rato en contestar.

—De pronto no —y alargó la mano para hacerse con la cerveza. Se la tomó de un solo sorbo y cuando la terminó se limpió los labios con el revés de la mano y liberó un fuerte eructo—. ¿Usted qué sabe?

El teniente la miró sorprendido y empezó a reírse.

—Yo lo sé todo —dijo.

Adela tomó la segunda botella. El teniente dejó de reír y la miró. Ella se la tomó de un solo sorbo también, sin dejar de mirar al teniente. Después de repetir el movimiento de limpieza y el eructo empezó a mirar a los lados, a las caras de los hombres del teniente que la miraban desconcertados.

El teniente le hizo una seña a la mujer de la cocina y ella le sirvió sopa a Adela. Estuvo viéndola comer con ganas. Cuando acabó, Adela pidió más; la mujer de la cocina recogió el plato y miró al teniente y este hizo una seña de aprobación. Él dejó de mirar a Adela y ordenó que le trajeran el periódico. Sacó de su bolsillo unos lentes gruesos y grandes y arrugó la nariz para poder ver la primera plana con cuidado.

—Prensa de mierda —dijo molesto—. En este país mueren cincuenta personas al día, pero es más importante una malparida que pela el culo en otro lado para que le digan Miss Universo —escupió al piso con rabia—. Lo peor es ver que ponen como un fracaso no haber quedado entre las diez finalistas. Prensa hijueputa.

El teniente se ajustó los lentes y siguió examinando el diario. Vamos a ver hasta dónde nos mandaron.

—Permítame le leo, mientras termina de comer: Ayer, en horas de la tarde, por fin se confirmaron el número total y las identidades de las víctimas de la explosión accidental del edificio 'Veracruz' en el centro de la ciudad... Bla, bla, bla... basura, basura, basura... Aquí. Oiga —golpeó la mesa tres veces para llamar la atención de Adela quien estaba a punto de terminar el segundo plato—. Entre las víctimas mortales se encuentra la señorita Adela Mendoza de la Fuente, sobrina del señor Gobernador del Departamento, Doctor Ignacio de la Fuente. Aunque ni la familia de la joven ni la gobernación han hecho ninguna declaración oficial, se cree que habrá un servicio en la Catedral Central en los próximos días.

El teniente se retiró los lentes con la mano izquierda y miró a Adela con resignación. Se pasó la mano derecha por la cara, varias veces, como limpiándose, como arrancándose algo. Finalmente se tapó la boca con la mano y se quedó pensando, con los ojos clavados en el techo. Se puso los lentes de nuevo y continuó leyendo, dejando ver algo de frustración en su tono de voz.

—Debido a la explosión fue muy difícil esclarecer cuántas víctimas fatales dejó el accidente. Se presume que los cuerpos de la señorita Mendoza y su compañero de apartamento, el señor Carlos Urquijo, hacen parte de los miembros de cuerpos encontrados durante la ardua labor de remoción de escombros. Las familias llevarán a cabo las honras fúnebres con los cajones vacíos.

El teniente abandonó el periódico sobre la mesa. Se quitó los lentes y se puso de pie. Empezó a caminar despacio y se situó detrás de Adela, quien había empezado a llorar cuando pensó en la muerte de Carlos. Adela también pensó en su propia madre y la abuela María Agustina y los abuelos y los hermanos y tías y tíos y primos y amigos llorando y velando un ataúd sin cadáver y lleno de incertidumbres.

—Shhhhhh... no llore meja. Puuuro amarillismo. De milagro no está en la primera página —le dijo mientras le colocó las manos sobre los hombros y trató de reconfortarla—. Pero no se preocupe —dijo calmado, y la volteó con todo y silla. Le tomó la barbilla con una mano y con la otra le limpió las lágrimas. El teniente vio en los ojos de Adela que parte de su orgullo combativo se había extinguido—. Yo no voy a permitir que su familia se conduela de un cajón desocupado. Le prometo que su cuerpo va a estar presente en su funeral. ¡Faltaba más! ¿Quién dijo que uno no iba a su propio sepelio?

50

El Ronco nunca calculó que este día llegaría de ese modo. Siempre pensó en que sería el gobierno el primero en darse cuenta de la doble traición y planeó usar sus contactos y sus influencias para hacerse llevar a una casa fiscal como prisión. De allí escaparía fácil; después de eso Europa y sus cuentas secretas en las Caimanes lo esperaban. La razón por la cual no lo hizo antes estaba ahí, frente a él, con sus 1,75 de masa firme, piel tersa, cabello rizado y sonrisa inmaculada. El Ronco necesitaba la seguridad de que ella estaría con él el resto de su vida, pero no por dinero, sino que lo haría por él. Cuando Quintiano murió y él volvió a buscarla y la encontró en aquella esquina, llorando, perdida sin saber qué hacer, El Ronco por fin estuvo seguro; la hija de Esmeralda lo quería de verdad. El Ronco se permitió a sí mismo decir que ella lo amaba y él la amaba a ella.

Con paciencia, junto a Carlos Urquijo, plantaron varias cargas explosivas por el apartamento, cuidando de no ir a demoler el edificio al accionarlas o de hacerlo caer sobre la planta del segundo piso, en donde estaría El Ronco monitoreando con su cámara escondida en la estatua del arcángel San Miguel, plantado en la esquina junto a la ventana, desde donde se veía toda la sala, el comedor, la cocina larga como un pasillo y el inicio del hall que llevaba hasta el cuarto principal y el estudio. Allí observaría la situación y esperaría a la salida de Carlos, si es que la sorpresa les ayudaba.

Carlos parecía aceptar su misión suicida en tanto que la única preocupación de El Ronco era deshacerse del teniente Ramiro. A Carlos no se le ocurría alguna razón por la cual El Ronco no

pudiera volar todo el lugar con Carlos y Adela adentro, después de la entrada del teniente. A Carlos solo le quedaba tener fe en la palabra de El Ronco y su intención de querer ayudarle; total, ambos perseguían un mismo objetivo.

51

El viejo nunca lo dijo pero en realidad odiaba a Carlos con toda su alma. A don Guillermo le rompió el corazón pensar en la honra burlada de la hija. Por eso no esperó a que pasaran los seis meses que él creía iba a durar la aventura de los dos por fuera del país y ver llegar a su hija con la barriga llena de huesos y sin modo de renegar o rechazarla porque en su creencia no existía el lugar para el aborto o para una madre soltera y el viejo tendría que aceptar a la fuerza al mugroso hippy de pelo largo e ideas comunistas que se hacía llamar abogado civil recién graduado. Por eso en su mundo y bajo sus reglas, la idea de su cuñado el gobernador, no sonó disparatada o llevar las cosas demasiado lejos; de hecho le pareció una solución simple, tan sencilla que se lamentó de no haberla pensado mucho antes.

Cuando Adela dejó de visitarlo en la cárcel, Carlos pensó que se aparecería de nuevo en cualquier momento. Pasó más de un año y ella nunca volvió ni envió una nota. Un abogado del movimiento le avisó a Carlos de su pronta liberación debido a la súbita supresión de los cargos y él quiso no pensar en el modo en que Adela lo había conseguido.

La tarde que lo liberaron tuvo la esperanza de verla. Otra decepción. En cambio, un carro con los escoltas de don Guillermo Mendoza lo persiguió durante tres días. Carlos tuvo la intención de abandonar la ciudad después de su salida de prisión. Sin embargo, decidió que tenía que saber cómo ella lo logró. Caminó fuera del refugio en donde se escondía y fue derecho hasta los escoltas y les pidió hablar con don Guillermo. Los hombres lo

llevaron a una edificación abandonada afuera de la ciudad; allí lo estaba esperando el viejo.

Igual que hizo con su hija, Mendoza primero le ofreció a Carlos regalos, dinero y viajes, y el resultado fue el mismo; él tampoco quería nada. Don Guillermo se lamentó de su falta de agallas y después pensó que así a las malas iba a ser más barato. Como no tenía otro modo de negociar, a sabiendas de que no poseía algo que Carlos quisiera, ordenó a sus hombres eliminarlo, pero les pidió hacerlo sufrir tanto como él había sufrido.

A Carlos lo torturaron durante tres días y sus noches completas, y luego lo abandonaron en un botadero de basura esperando que las ratas y los buitres se lo tragarán vivo.

52

Unas gotas de sudor resbalaron por el pecho y la espalda llenos de cicatrices de balazos, quemaduras y otras laceraciones. Mantenía su torso desnudo con la ilusión de refrescarse un poco con la brisa de la tarde. Sin embargo, corría un viento caliente que hacia tostar el aire justo antes de entrar a la nariz. Harto con la intensidad del clima, se devolvió al primer piso, lejos del balcón y pidió un vaso con agua y hielo. Se puso el vaso contra la frente y su mirada se perdió en un almanaque pegado en la pared de la cocina.

—Así que mañana es la Ascensión de la Virgen. Vea pues. Con razón vamos a tener puente —se tomó el agua de un solo sorbo y puso el vaso sobre la mesa—. ¡País de mierda!

Le ordenó a la mujer de la cocina que llevara a Adela a tomar un baño y ayudarla a que se vistiera. Pronto partirían hacia el escondite de El Ronco y no quería ir con una apestosa en el mismo carro. Antes de que la mujer se fuera a cumplir sus órdenes, le pidió otro vaso de agua con hielo. Se lo puso en la frente de nuevo.

—Ciudad de mierda. —murmuró.

El teniente se sintió cansado. Pronto reconoció que no era nada físico

Recordó la tarde de la primera vez que lo llevaron en misión a una ciudad. Una sala de cine. Evocó con detalle el olor de las crispetas frescas revuelto con el aire acondicionado, la sensación de la soda fría y el mundo perfecto que la película mostraba. Después la imagen de su memoria se oscureció; aquella tarde estuvo allí para matar a un ganadero quien se había negado a pagar su

vacuna. Su primer muerto fuera del campo, su primera misión, su primera vez sin sentir culpa. Después de disparar huyó por la puerta de emergencia y corrió por detrás del edificio, llegó hasta la esquina en donde lo recogerían pero en vez de su transporte se encontró de frente con una procesión religiosa. Con la adrenalina al máximo, intentó atravesar la calle, los guardaespaldas del difunto lo persiguieron y dispararon sin misericordia de su enjuto cuerpo de apenas dieciséis años; tampoco pensaron en la gente de la procesión. El teniente se estrelló de frente con los que cargaban una escultura de la Virgen sobre sus hombros, y en medio de la confusión y los balazos, la estatua de yeso cayó sobre él en el mismo instante en que una bala lo atravesaba. La bala entró por la espalda y traspasó sin tocar ningún órgano vital. Para los del hospital y de la casa de paso en donde lo sentenciaron a pasar dos años, el hecho fue un milagro; para él fue un completo error de cálculo. Alguien no hizo su parte, alguien falló en la planeación. Alguien desconoció el principio elemental de todas las cosas y no hizo lo que tenía que hacer. A los tres meses de haber sido internado, el teniente escapó.

53

Adela no preguntó por qué, solo obedeció. Más allá de cumplir con los deseos irracionales y voluntariosos del teniente, Adela anhelaba también ese baño. Se restregó el cabello con paciencia y deseó poder tener ese champú de frutas que Carlos le compraba cada quincena en el mercado; ni que decir de lo mucho que extrañaba la fragancia de ese jabón púrpura que desprendía aquel olor tan agradable, aquel jabón que se conseguía solo en los almacenes de contrabando porque era mucho más barato en el país vecino. Recordó a Carlos bañándose junto a ella en las mañanas y cayó en la cuenta de que aquella fragancia tenía una íntima relación con el sexo entre ella y Carlos. Adela rompió en llanto.

54

El teniente descendió del vehículo y miró a lado y lado de la calle. Echó un vistazo al edificio de tres pisos, luego a las casas alrededor, de nuevo al edificio y lo estudió con detenimiento. Cruzó la calle despacio, sin intentar cubrirse la cabeza, no le importaba el aguacero. Levantó la muñeca derecha. Se destapó el reloj; 2:15 a.m. Golpeó con suavidad. El celador vino y abrió una ventana pequeña junto a la puerta principal.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Buenas noches amego. Es que yo pasaba por acá y me pareció que acá vive un... —el teniente sonrió y dejó escapar un murmullo— amego.

—¿Un qué? —dijo el hombre y acercó la cabeza para oír mejor.

El teniente abandonó la sonrisa y la maldad se hizo evidente en su rostro. Sacó una pistola y le apuntó a la cara. El celador tembló de miedo.

—Abra esa puerta —dijo sin perder la compostura.

La puerta se abrió y el teniente ingresó y la cerró detrás de él. Le hizo una seña al celador y este le indicó en dónde estaba el teléfono. El teniente se acercó hasta allí e hizo una llamada, luego arrancó el cable del teléfono. Tomó el citófono y se lo pasó al guardia.

—Dígale al señor V. que la visita ya llegó.

Los hombres del teniente que estaban afuera vieron al celador salir corriendo sin zapatos ni medias y llevando los pantalones en la mano. En ningún momento miró hacia atrás. Los hombres del teniente echaron a reír y empezaron a descender de los vehículos. Con ellos iba Adela, quien iba cabizbaja. Los siete atravesaron la

calle y desaparecieron por la puerta del edificio. Apenas entró el último, las luces del frente y del pasillo de la entrada se apagaron.

Ce eme a lobo negro. Contacto visual adquirido. Ocho objetivos, incluyendo la mujer. Espero instrucciones. Cambio.

Los hombres del teniente se distribuyeron por los pasillos y las escaleras. Uno de ellos se metió al ascensor y dañó el tablero de control. El teniente se puso al frente de nuevo llevando a Adela de la mano, tres hombres detrás de ellos. A medida que avanzaban, iban dejando a oscuras todo a su paso. Cuando llegaron al tercer piso vieron entreabierta la puerta del único apartamento. El teniente dejó a Adela con uno de los hombres y se paró frente al resquicio de luz proveniente de adentro.

—Buenas, buenas —gritó con amabilidad mientras abría la puerta de a pocos, asomando la cabeza, como un viejo conocido entrando en casa de un amigo al que llevaba mucho tiempo sin visitar—. ¡Carlitos! Qué bueno verte otra vez vivo —y torció el gesto.

Carlos se mantuvo detrás de Melisa, dejando ver solo su cabeza, mientras le apuntaba al teniente Ramiro con una pistola. A la espalda, Carlos llevaba un fusil y unas granadas en los bolsillos de su chaleco y en los de su pantalón.

El teniente entró despacio y empezó a recorrer la sala. Miró unos retratos sobre una mesa pequeña junto a la entrada y los fue dejando en su misma posición cuidando de no desordenar nada. Luego pasó a un sillón colocado de espalda a la puerta, justo al frente de Carlos.

—Me imagino que esto es para mí —dijo el teniente mientras se sentaba y movía su cabeza de lado a lado tratando de averiguar por qué no se podía acomodar bien. Luego sacó una pistola que llevaba en la cintura, la puso sobre la mesa de centro en medio de la sala y reubicó el cuchillo mata ganado a un lado. Después se desarrugó el pantalón y trató de cruzar la pierna izquierda sobre la derecha y cambió de posición porque el cuchillo le incomodaba. Finalmente cruzó la derecha sobre la izquierda y terminó por sentirse a gusto. Volteó a ver a Carlos, quien no había dejado de apuntarle—.

¿Qué pasa mejo? Acomódese, siéntase tranquilo que esta fiesta es para usted.

—Aquí estoy bien, gracias —contestó Carlos.

—Como quiera. Pero me siento insultado. Es más. Insisto en que se siente y podamos charlar como gente cevilizada. ¿Dónde está Jesusito? Creí que ustedes estaban juntos acá. ¡Ah! Perdón. Solo unos pocos amegos le decimos así; para usted él es El Ronco.

El comentario desestabilizó a Carlos y el teniente se dio cuenta.

—No me vaya a decir que lo mató. Ese pobre hombre no tiene nada que ver en nuestro... —el teniente Ramiro se quedó pensando. Se puso la mano en la mandíbula y se pasó el dedo índice sobre los labios— predicamento, creo que es la palabra que estoy buscando.

Carlos se sentía exasperado por la frialdad del teniente. Decidió que era hora de unírsele en ese juego, a sabiendas de que tenía todo por perder. Carlos obligó a Melisa a arrodillarse en el piso junto a un sillón que se encontraba frente a frente con el del teniente y luego se sentó y mantuvo la pistola en su mano, pero ahora apuntándole a Melisa.

El teniente sonrió.

—Mucho mejor, mejo. Ya empezamos a entendernos —el teniente miró a la cara de Melisa y los morados que tenía cerca a los ojos y la boca—. No me vaya a decir que esos golpes que tiene la niña se los dio usted. No lo creí tan salvaje —Melisa empezó a llorar—. Shhh, no llore mi niña. Esto se va a acabar rápido.

Carlos no contestó nada.

—Bueno, me parece que usted tiene la cabeza caliente y así es muy difícil negociar. Si quiere —dijo el teniente mientras hacía un ademán de ponerse de pie— me voy y no nos complicamos más la existencia. Yo con la grosería, la verdad que no puedo.

Carlos sintió una corriente helada por la espalda.

—Mi teniente, faltaba más. Charlemos.

El teniente se reacomodó en el sillón.

—Gracias mejo. Así sí. Dígame qué vamos a hacer. Qué me propone.

—Quiero ver que Adela está viva —contestó Carlos.

—Se puede, se puede. ¿Y después?

—Yo le doy a Melisa.

—Ajá. ¿Y?

A Carlos le tomó un segundo reaccionar.

—Usted sabe que yo planeaba y organizaba varios de los asaltos a los bancos para financiar la lucha. Yo también sé de las caletas de los hermanos Henríquez, caletas de las que ni ellos mismos saben. Hay una con tres millones de dólares. Esa se la entrego a usted, mi teniente.

—¿A mí? —preguntó el teniente.

—A la organización, quise decir —contestó Carlos, consciente del error que acababa de cometer. Por encima de todo, el teniente Ramiro estaba en el movimiento por convicción.

El teniente Ramiro se quedó quieto, sin decir una palabra. Miró a Carlos con severidad. Ante sus ojos, acababa de perder el poco respeto que le tenía, que se ganó por golpear a Melisa y demostrar su nivel de compromiso con la liberación de Adela. Pero echó todo por la borda al sugerirle un soborno.

—¿Y eso cómo funciona? ¿Usted me trae aquí la plata?

—No. Yo le doy la ubicación —dijo Carlos.

—¡Ah! Usted lo que me ofrece es una promesa, una ilusión, una quimera. No me parece, amego Carlos.

—No mi teniente. Es real. Se lo juro.

—Y luego yo quedo embalado con los Henríquez salvajes esos. No, no, no. No me parece.

—No mi teniente. Ellos no saben de esa plata, no les va a hacer falta lo que no saben que tienen.

El teniente se pasó la mano por el pelo y se lo revolvió.

—Digamos que está bien. Que esa gente no se da cuenta porque no saben. Queda este asunto de averiguar si es cierto.

—Eso es fácil también. Yo le doy la ubicación ya y usted envía a alguien a comprobar.

El teniente cruzó los brazos y hundió la cabeza en el pecho mientras lo pensaba. Dio un suspiro largo y miró a Carlos de nuevo.

—¿Y a usted quién le garantiza que yo no le vaya a dar un tiro y me quede con la plata y con la Melisa y con la Adela?

Carlos palideció.

—Mi teniente. Yo sé que usted cumple su palabra. Esa es la única garantía que necesito.

—Me honra, amego Carlos —dijo el teniente con los dientes apretados, mientras por dentro sentía hervir su sangre—. Hagámoslo así. Ya.

55

Óscar de Jesús tensó los músculos de la quijada. A pesar de no haber subestimado al teniente Ramiro, se vio sorprendido. No solo sabía su identidad sino que también les había volteado toda la situación.

—Ce eme cinco. Sigán en posición. Uno va a salir. Síganlo y dejen que vaya y vuelva. No vayan a detenerlo. ¿Copian? Cambio.

—Copiado.

Ahora solo quedaba esperar.

56

Carlos no dejaba de pensar, en su cabeza rondaban mil problemas, y ninguna solución. "Maldita la hora en que me metí en esta mierda. Todo fue culpa de 'Guaro'. Esa loca sí que estaba buena. Claro. Fue por seguirla que terminé en sociología y fue cuando vi a Adela. Uuuhhh. mamasita. La más bonita de su grupo. Buenas piernas, buen culo, buenas tetas. Y esa carita. Pero nada. Inalcanzable. Su único lado flaco era esa puta peleadera por la igualdad y por la justicia y porque las cosas se hicieran bien. ¡Ah! Y la salsa. Pero no me acuerdo qué era peor. Si meterme con los mamertos o aprender a bailar. Igual, nunca aprendí bien, apenas lo necesario para no hacer el oso. Pero fue hasta cuando empecé a ir a las reuniones y empecé a abrir la jeta, que me puso atención. También quemar el carro de la profe Margarita, vieja hijueputa. Valió la pena por esos besos que ella me daba. Y el sexo... sobre todo en los baños y en los salones de la universidad. Nada mejor. Pero hablé mucho. Hice mucho, me metí en el mierdero hasta el cuello, y ella ahí, me admiraba, me idolatraba. Cómo explicarle que me valía culo, que ella era mi revolución. Ya después vino la plata y las acciones, eso sí era bueno, y el estatus. Y cuando me quería salir, al viejo ese Guillermo se le dio por secuestrarme a Adelita. De no ser por eso, yo me hubiera salido de a poquitos. Ahí todavía no sabía nada, no había hecho nada malo, puro vandalismo, pero a quién le importa eso en este país de cafres como decía el profesor Forero. Fue por eso que ya no me pude salir. Conseguí la plata que necesitaba para ir a traerla, tenía la plata para no volver y ese viejo marica me jodió y la obligó a casarse. Y luego de estar allá guardado en la cana,

el muy hijueputa tiene el descaro de querer matarme. Le hicieron falta huevas y buenos elementos, gente más inteligente. Menos confiada. Dios tenga en la gloria a don Edgar y su familia que me recogieron. Igual nadie vive para siempre, menos en un basurero. Y ya me metí más al fondo de la organización, para vengarme, para recuperar a Adela. Si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar le cantaba al oído cuando la encontré en ese campamento de mierda a donde la habían mandado. Estos hijueputas no respetaron lo que ella hizo por la organización. Igual la saqué de allá y nos vinimos para la ciudad; sí, caliente ciudad de mierda, pero ciudad. Aquella mañana, del asalto al Banco de Panamá, creí que se me moría, desde ahí la idea se me empezó a atravesar por la cabeza más y más seguido. Y luego esa noche en el bar, cuando me llevó al callejón de atrás e hicimos el amor sin importar que nos vieran y llamaran a la policía, y corrimos para que no nos alcanzaran, y escondidos sobre la grama de la cancha del colegio de las Bethelemitas, arropados solo por la oscuridad de la noche Adela me dice que está embarazada... y nos quedamos ahí, abrazados, con la cara mojada de las lágrimas de los dos. Y por mar en un buque de guerra... y el Henry me cuenta que se va a salir, que le ofrecieron una vida nueva, otro nombre, y se acaba la guerra y el peligro para ese marica que era menos que yo en la Organización y me dice lo que yo sé desde el principio: No vamos pa' ningún lado, aquí nos van a matar tarde o temprano. Ahí, por fin tuve los pantalones. Supe lo que tenía que hacer. Me iba a volar. Nos íbamos a volar. Y por tierra en un tren militar. Pero sin faltonear, sin joder a nadie. Solo abrírnos y ya. Henry marica nos jodió, por punta y punta. Ojalá Adela sobreviva y le diga a nuestro hijo que yo era bien. Ojalá le cuente que yo fui el que se bajó a esa rata del teniente Ramiro. Así sea lo último que haga. Los dos nos vamos pa'l otro lado hijueputa, apenas Adela este a salvo. Y si acaso yo me muero en campaña, y mi cadáver lo van a sepultar, Adelita por Dios te lo ruego, que con tus ojos me vengas a llorar."

Carlos apretó los puños deseando golpear al teniente en la cara, hasta hacer que su feo rostro desapareciera de la faz de la tierra.

56

El teniente sabía que Carlos estaba pensando en algo que lo perturbaba. De vez en cuando veía cómo sus músculos lo traicionaban y se le escapaba una leve punzada, como un choque eléctrico. También estaba al corriente de que tenía un plan, pero no le importaba. Entre las habilidades que poseía el teniente, existía una que lo llenaba de orgullo; sea lo que sea que hubiera ocurrido antes o fuera a pasar después, el teniente era como un gato: siempre caía de pie.

Según Carlos, la caleta no estaba lejos. El teniente envió a un hombre a revisar si era cierto. Todos los demás iban a esperar hasta la confirmación y entonces las negociaciones se reanudarían. El teniente estaba furioso. Este desgraciado lo puso al mismo nivel de todos los otros que no creían en el movimiento, su sola propuesta le manchó el honor. Sin embargo, ya que había decidido dejar de matar en nombre de la revolución, y ya que había reconocido ser el dueño de su destino, no veía por qué no tener un destino de abundancia y prosperidad.

Ce eme acá. Sujeto de vuelta. Nos preparamos para el asalto.

El hombre subió las escaleras despacio, atravesó el pasillo del tercer piso y miró a Adela sentada en medio de otros dos hombres. Ellos lo vieron y él les hizo un leve movimiento de cabeza, asintiendo. La pusieron de pie y la acercaron a la puerta del apartamento.

El hombre se acercó al teniente y le habló al oído. El teniente nunca volteó a verlo, ni cambió su expresión. Levantó su mano derecha y la agitó hacia adelante dos veces.

Adela entró acompañada de los dos hombres.

—Bueno, Carlitos. Tal cual como usted lo dijo. Allá está la caleta. Esto es lo que vamos a hacer ahora. Adela camina hasta donde usted y Melisa se viene para acá. Esa plata de la caleta le acaba de comprar a usted cuarenta y ocho horas. Si luego de ese tiempo sigue por acá, no respondo. ¿Estamos?

Carlos asintió, moviéndose lo menos que pudo. Melisa lloraba a su lado y cuando se puso de pie, Carlos la haló hacia abajo haciéndola tropezar y caer.

—Vaya Adelita —dijo el teniente, mirando a Carlos fijamente a los ojos.

Adela empezó a caminar despacio. Dio un paso y se detuvo cuando sintió la mano del teniente halándole el pantalón con gentileza, hacia atrás.

—Esperemos que Melisa empiece a caminar también. ¿No le parece lo justo, Carlitos?

Melisa se levantó de nuevo y volteó a mirar a Carlos y le mandó una bofetada. Él le detuvo la mano en el aire y la miró con odio. Malparida musitó con sus labios sin hacer que la voz sonara. Carlos liberó la mano con furia y la dejó ir.

Adela y Melisa habían dado apenas un paso cada una y se encontraron frente a frente.

—¿Contenta, hijueputa? —dijo Melisa.

—Me falta una última puta muerta para estar completamente feliz —contestó Adela, con una leve sonrisa.

Las mujeres se miraron con odio y cuando estaban a punto de avanzar, oyeron la voz del teniente. Ambas sintieron cómo la sangre se les heló.

—Un momento. Nadie se mueva —el teniente descruzó la pierna y se sentó a la orilla del sillón con los brazos extendidos y las manos abiertas exigiendo que todo mundo se quedara quieto y callado—. ¿Soy el único acá al que le parece que falta algo?

Nadie se atrevió a moverse. El teniente tomó su pistola y la puso contra su rodilla. Empezó a menear la cabeza y levantó la voz.

—A ver, a ver. Usted Adela. Vuelva para acá. Y usted Melisa, vaya con Carlos. Acá hay algo que no me gusta para nada.

Ce eme, tiene vía libre para ingresar. Posibles guardias armados en los dos primeros pisos. Precaución extrema. Los blancos se encuentran en el tercer piso.

Uno de los hombres del teniente agarró a Adela del brazo y la encañonó. Melisa volvió a donde Carlos, quien no dejó de apuntarle con su fusil. Carlos se puso de pie y se escondió detrás de Melisa.

—No haga eso mejo, que se ve como una gallina —el teniente ladeó la cabeza y miró a Carlos de frente. Carlos le dio la cara al teniente—. Déjeme verlo mientras le explico lo que creo que pasa. Eso mejo. Por lo que veo, usted tiene todas las de ganar. Si la Melisa se viene para este lado y la Adela se va para allá, no hay motivo para que usted no vuele esta mitad del apartamento —dijo señalando el piso y haciendo un círculo en el aire, en el cual él estaba metido—. Con todo respeto, yo no confío en la palabra de un traidor. Así que ese intercambio por ese lado se jodió. Además, y esto es solo un caso hipotético, lo único que usted tiene que a mí me interesa es la Melisa ¿Qué pasa si esa ventaja suya desaparece? El teniente sonrió y dejó ver sus dientes amarillos. Después sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Con el cigarrillo en la boca, le lanzó el paquete a Carlos y le guiñó el ojo a Melisa quien había empezado a llorar. El teniente no vio, pero supo que Adela también estaba llorando. Se sintió aún más feliz; del valor y el orgullo de Adela ya no quedaba nada.

—¿Qué dice Carlitos? ¿No le parece una pregunta legítima?

Carlos titubeó intentando dar una respuesta.

—Vamos a hacerla legítima entonces. Para desenredarle a sumercé la lengua.

Melisa miró a Adela, se les notaba el terror en los ojos a las dos. Melisa dejó escapar un gemido.

El teniente se puso de pie. Se acomodó el pantalón en la cintura y después se limpió la cara con la mano derecha. Con la izquierda le apuntó a Melisa.

—Lo siento, meja. Esto no estaba destinado a durar. Saludos a Tolú.

—Mi teniente, n...

Ce eme. Hay un disparo. ¿Avanzamos? ¿Retirada?

58

El teniente parecía saber todo, siempre un paso adelante, siempre cambiando las condiciones. El Ronco alcanzó a considerarlo como una posibilidad: ¿Y si volaba todo el tercer piso ya? Igual el resultado no iba a cambiar mucho. Tal y como lo veía, no había futuro para Carlos y Adela. Le preocupaba la parte de su trato para la operación que montó, la cual incluía la captura del teniente. Sin embargo, un cabecilla muerto o capturado tenía el mismo peso.

—Ce eme. Espere instrucciones. Posible retirada.

—¿Seguro?

El Ronco no contestó. Por sus audífonos pudo oír las carcajadas del teniente, y en la pequeña pantalla verde lo vio sentarse de nuevo en el mismo sofá. Vio que Carlos seguía de pie, apuntando el fusil hacia el frente, hasta que se dio cuenta de lo inútil que eso era y terminó por dejar de apuntar y se sentó también. El Ronco pasó su dedo índice por encima del botón rojo que accionaría la bomba. Pero Adela seguía junto al teniente y era muy posible que muriera. No le molestaba la conciencia, pero tampoco quería a Carlos como enemigo.

—Ce eme. Avance. Asegure el segundo y tercer piso.

El capitán Luna, hizo una seña y varios de sus hombres se le adelantaron subiendo despacio por la escalera, llevando de frente sus armas semiautomáticas con silenciador. Allí dieron de baja a un individuo que estaba asegurando el pasillo para los que se encontraban en el tercer piso. Quedan seis. En el pasillo del segundo encontraron otro y también lo eliminaron sin hacer ruido.

La escalera se hallaba desprotegida. En el pasillo del tercer piso encontraron a otro de los hombres del teniente y lo eliminaron. Cuatro.

59

El teniente se puso de pie y abandonó su pistola sobre la mesa. Se acercó a Carlos y le haló el cabello hacia arriba para que lo mirara a los ojos. Carlos estaba derrotado. El teniente sacó su cuchillo despacio y se lo mostró.

—Adela —dijo y volteó a verla—. Le apuesto que sumercé ya vio esto antes. Pero para que no se le olvide, aquí le repito el show.

El teniente levantó el brazo para enterrarle el cuchillo a Carlos y recibió un golpe en la cara con un fusil. El teniente cayó de espalda y Carlos le disparó al hombre que estaba apuntándole a Adela.

¡Ce eme, entre ya, ya, ya!

Los otros hombres del teniente reaccionaron y le dispararon a Carlos antes de que le disparara al teniente. Carlos se lanzó al piso y se escondió detrás del sofá. Varios soldados armados entraron disparando. Un aguacero de balas.

Los hombres del capitán Luna se tomaron el lugar. Adela se lanzó al suelo. Ella se levantó cuando oyó al capitán Luna dar la orden de cese al fuego. Cuando miró hacia al frente solo quedaban rezagos de humo y vidrios, porcelanas, cristales y muebles hechos polvo. Tras la humareda distinguió la figura inmóvil de Carlos, de pie, con la cabeza en alto, muy en alto.

Detrás de Carlos estaba el teniente Ramiro. Tenía sangre en los brazos y en la cara. En su mano derecha resplandecía el filo del cuchillo. Sus ojos brillaban de ira, pero al mismo tiempo no parecía estar muy contrariado. Adela y el teniente sabían cuánto estaba disfrutando de la situación; por encima de odiar a Carlos y haber perdido la oportunidad de eliminarlo, el teniente se

encontraba satisfecho, aquel era su ambiente, él estaba diseñado para pelear y morir matando, si fuera necesario.

—Vamos de paseo, mejo —dijo el teniente, caminando hacia atrás, arrastrando a Carlos con él—. Su mujer es muy peligrosa para estas vueltas. Se me hace que es mejor llevarme un huevón como usted —el teniente acercó la boca a la oreja de Carlos y le susurró—. Que tipo tan de buenas. O tal vez no. Me parece que la suerte no tuvo nada que ver acá —el teniente empezó a reír a carcajadas y luego habló para todos—. Déjenme les cuento algo y ustedes me dicen si me equivoco. Esto fue idea de Osquítar.

Carlos intentó sacudirse un poco y el teniente lo golpeó en la espalda con la rodilla. Carlos quedó sin aire, agachó un poco la cabeza para tomar aliento y el teniente aprovechó para clavar el cuchillo en el cuello y hacer una herida no tan profunda que derramó un poco de sangre y demostró sus serias intenciones.

El teniente gritó:

—Óscar, deme la cara, no sea marica. ¿O es que me tiene miedo?

—Baje el cuchillo, despacio y podemos hablar —dijo el capitán Luna.

—Usted cállese, sapo. Con usted nadie está hablando —le dijo el teniente al capitán. Después gritó de nuevo—. Está bien. Vamos a jugar a los cobardes, como a usted le gusta, pero acuérdesse de una cosa: Yo nunca pierdo.

El teniente empezó a palpar a Carlos y le quitó la pistola que tenía en la cintura.

—Permeso. Creo que esto me va a servir más a mí.

Guardó el cuchillo, le apuntó con la pistola, en el mismo sitio de donde salía sangre. Siguió buscando y se hizo con dos granadas también. El teniente dio un paso más hacia atrás y quedó arrinconado contra la ventana. Con rapidez miró hacia afuera.

Los soldados del capitán Luna intentaron avanzar y el teniente hundió más la pistola en el cuello de Carlos.

—Tut tut tut. Queeeeetos, soldaditos de plomo, o pongo al amego Carlitos a cantar por la garganta —dijo el teniente.

El teniente miró de nuevo por la ventana y calculó la distancia hasta el balcón del segundo piso. Seguro era un salto difícil, pero no imposible, y en el peor de los casos de la muerte no pasaba. En ese momento recordó el entrenamiento; nadie nació para ser eterno.

—Nos vemos luego, hijueputica —le dijo el teniente a Carlos en el oído.

El teniente disparó hacia los soldados y cuando se agacharon, empujó a Carlos hacia adelante, le disparó y luego liberó los seguros de las granadas y las lanzó hacia la entrada del apartamento, en donde estaban casi todos. El teniente saltó por la ventana.

60

Carlos despertó en la enfermería de una guarnición militar. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue a Adela. Ella lo puso al tanto de lo sucedido. La emboscada al teniente fue un fracaso total que le costó a Óscar de Jesús una fuerte reprimenda por parte de sus superiores y una posible destitución. El Ronco tenía una última oportunidad en una audiencia de descargos; Carlos sabía que nunca se presentaría. A esas alturas ya El Ronco debería estar en Europa o en cualquier otro rincón del mundo.

El disparo que Carlos recibió, le afectó el hombro derecho. No podría volver a mover el brazo completamente, pero dadas las condiciones en que llegó, era un logro que no lo hubiera perdido. Las heridas de la cabeza, producto de la explosión, sanarían pronto y no sería necesario una cirugía o nada parecido. Su estado de inconciencia de tres días, lo atribuyeron más a un cansancio agudo que a cualquier otra cosa. Por eso permitieron su traslado a aquella enfermería.

Carlos pudo ver en la cara de Adela que no todo estaba bien. Adela sufrió unos traumas serios, que sumados al estrés de los últimos días causaron la pérdida del hijo que esperaban. Ella no creyó prudente contárselo, pero su silencio bastó cuando Carlos le preguntó sobre cómo estaba. Se estuvieron en silencio por más de una hora, sin atreverse a llorar, sin siquiera pretender una forma de apoyar al otro, de consolarlo o darle una esperanza. Ambos se dieron cuenta de que su mundo ya no existía y fue reemplazado por una oleada salvaje de violencia, furia, miseria y muerte; producto de sus errores y sus malas decisiones. Tal vez su historia de amor hubiera tenido un final feliz en otro tiempo, en otro lugar. Ambos

reconocieron con amargura que esta vida juntos, que hasta ahora empezaba, estaba hecha pedazos; tantos, tan pequeños, que jamás podrían ser juntados y pegados.

Carlos recordó el día que lo metieron a la cárcel. Ese día le prometió a Adela, que la haría feliz en esta vida o en la siguiente. Tal vez era hora de pensar en que no podría cumplir su promesa y ella lo sabía

Sin embargo Adela se quedó.

Aún faltaba lo peor. No tenían rastro del teniente. Ni siquiera con la información que Carlos le dio al general Rivas fue posible encontrarlo en los diferentes operativos que se tomaron por asalto los sitios que Carlos señaló como escondites en la ciudad. Al parecer, Rivas compartió esa información antes de su secuestro, aunque también parecía obra de El Ronco que toda esa información hubiera surgido de la nada. Con esos operativos hallaron varias caletas de armas y uniformes, en muchas hacía falta el dinero que Carlos había reportado; también encontraron el cadáver del general Rivas y de otros dos soldados perdidos. Descubrieron documentos e información que ponía en evidencia la estrecha relación del cartel de los hermanos Henríquez con la organización. En general fue un golpe muy fuerte, pero el objetivo principal nunca se cumplió. Al parecer el teniente se había devuelto al monte y en ese caso iba a ser muy difícil capturarlo.

Epílogo

La alegría retornó a Adela después de seis meses. El comportamiento errático de Carlos la hizo considerar la posibilidad de alejarse de él también y empezar una vida a solas con su hijo. Pero tenía sobre sus hombros todo el peso de lo ocurrido cinco años atrás, nada fácil de borrar de la memoria. De vez en cuando despertaba en las noches pensando en el teniente Ramiro, tratando en vano de olvidar toda su maldad, recordando el embarazo fallido por culpa de aquel, intentando desconocer esa vida que habían dejado en el pasado. Por aquellos días se aferró a su pequeño hijo a quien llamó David con la esperanza de que un nombre bíblico lo alejara del mal que ella y Carlos habían vivido antes de su concepción. Adela lloraba; por ella misma, por La Araña, por las ilusiones y la vida destrozada y por los fragmentos de esta vida que se inventaban cada día, y entonces Carlos quiso echar todo por el suelo viviendo en su paranoia, en su nube demencial en la cual la Organización era un ente eterno que no los dejaría de buscar nunca, así para sus familias y sus amigos y todos los que conocieron, ellos estuvieran muertos y enterrados como Adela tanto temió, en cajones vacíos.

Aquella fue una buena semana. Carlos se calmó de repente, como si nada hubiera sucedido antes, como si solo existiera su presente. Esa noche hicieron planes para las vacaciones en compañía de un nuevo amigo de Carlos, alguien de la oficina. Carlos le dijo a Adela que tenía algo muy gracioso que contarle, pero en medio de la habitual cena de vegetales al vapor y carne al horno de todos los viernes, el tema se esfumó con la charla, al igual que el vino

chileno de botella de corcho, que era el único que tomaba Carlos porque odiaba los vinos de tapa. Esperaron a que David se durmiera y luego empezaron a bailar salsa en la sala, como en los viejos tiempos cuando él aprendió a hacerlo para poder acercarse más a ella.

El teléfono sonó y Carlos le pidió a Adela ignorarlo, mientras él le besaba el cuello y le proponía al oído buscar la hermana para su hijo, y Adela le daba alas y sonreía pensando en la posibilidad de hacerlo y tener una familia grande y dejar de correr por fin.

Alguien tocó a la puerta. Ambos se miraron un poco sorprendidos, sobre todo por la lluvia intensa que a esa hora azotaba con furia la ciudad, sobre todo por la hora en un viernes oscuro y frío en el que solo unos cuantos se hubieran atrevido a salir de sus casas. Carlos recordó al amigo de la oficina y dijo que él abriría; le pidió a Adela que destapara otra botella de vino y que se preparara para la historia que le iba a contar y se fue despacio, bailando solo, a abrir la puerta. Ella sonrió al verlo alejarse y se acercó a la pequeña mesa de vinos en donde reposaba su colección de botellas extranjeras, se agachó a escoger una.

Adela escuchó la lluvia cuando Carlos abrió la puerta y ya no oyó nada más. Se irguió y afinó sus sentidos. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Dio tres saltos pequeños hasta llegar al pasillo que daba a la puerta principal. Vio a Carlos explorar en la oscuridad de afuera, con la puerta abierta y luego él cerró despacio mientras la miraba y sonreía "Muchos hijueputas jugar tin tin corre corre a esta hora".

La puerta se abrió de un golpe seco, brutal, y empujó a Carlos contra la pared. El golpe tumbó a Carlos. Él abrió los ojos para tratar de distinguir al agresor. Aquel le dio un tiro en el hombro y Carlos rebotó la cabeza contra el piso para quedar apenas consciente, después lo vio deshacerse de un sombrero de fieltro y una bufanda que colgó gentilmente en el perchero de la entrada. Cuando Carlos y Adela vieron el rostro quedaron petrificados. Ya no tenía los dientes amarillentos y chuecos, lo que lo hacía lucir más joven que cinco años atrás cuando lo vieron por primera vez.

Ya no llevaba corte al estilo militar; ahora tenía cabello largo y el color era rubio al igual que las cejas. Estaba más delgado y sin los camuflados parecía hasta decente.

El teniente Ramiro sonrió y dejó al descubierto una dentadura fina y bien cuidada.

—¡Carlitos querido!

Una lágrima rodó por el rostro de Carlos y no tuvo palabras para contestar. El teniente se agachó y le puso una mano en la frente. Le limpió la lágrima con el pulgar de la mano derecha y después lo abofeteó fuerte. Le haló el cabello y se aseguró de que aún estuviera consciente. Carlos lo miró con rabia.

—Eso mejo. Bravito hasta el final —dijo el teniente poniéndose de pie.

Un balazo tronó en toda la casa, en toda la ciudad. El último disparo que oyó Carlos en su existencia.

El teniente caminó despacio por el pasillo. Pasó junto a Adela quien cayó de rodillas y lloraba sin consuelo. Él le tocó la cabeza, como confortándola, y se instaló en la sala en donde minutos antes Carlos y Adela bailaban. Recogió una copa de vino y la olió, con desprecio la devolvió a la mesa de donde la había recogido. Miró los cuadros en la pared y estudió con atención los muebles y la decoración.

—Con que así se ve la cuaava de una rata —dijo con una mueca de aprobación—. Pues hasta bonito sí está.

El teniente se puso de pie y recorrió el apartamento y terminó en la cocina. Revisó los cajones, también la nevera; de allí sacó unas tajadas de jamón y se las comió de un solo bocado. Levantó la cabeza por detrás de la puerta de la nevera y con la boca llena le preguntó a Adela:

—¿No tiene cerveza? ¿O trago del bueno? Solo hay esa mierda de vino y otras cosas con nombres raros.

Adela no contestó.

—No se preocupe. No se vaya a mover de ahí —dijo chupándose de los dedos la salmuera del jamón—. Ya encontré algo —y se agachó a sacar una botella.

El teniente volvió hasta la sala pero ya Adela no estaba. Se sentó de nuevo, le dio un sorbo largo a la botella de jugo artificial que traía de la cocina. Recostó la cabeza en el sillón y se quedó mirando al techo. Sintió sed y recordó la botella en la mano, cuando bajó la cabeza encontró a Adela de frente apuntándole con un revólver. Él se quedó mirándola a los ojos y bebió despacio de la botella.

—Yo siempre supe que en este santo hogar, sumercé era la de los pantalones —dijo y se limpió la boca con el revés de la mano—. Me va a disparar o solo la sacó para mostrarla.

A Adela le temblaban las manos. Llevaba mucho tiempo sin empuñar un arma y ahora le parecía exageradamente pesada. Apuntó como mejor pudo y casi se cae de espalda por la patada del disparo. Había olvidado que no era tan fácil como parecía.

—¿Si ve? —dijo el teniente decepcionado mientras miraba el hoyo que dejó la bala en el sofá, a escasos veinte centímetros de su cabeza. Luego la miró a los ojos y bebió de la botella de nuevo— Le voy a dar una última oportunidad. No me quede mal, meja. Nosotros la entrenamos para hacer algo mejor que esto.

Adela puso toda su energía, su concentración, su odio y sus ganas de seguir viviendo, al servicio de su objetivo. Ella sabía que él no se iba a mover, pero tampoco le concedería una tercera ocasión. Levantó el revólver despacio con las dos manos y ajustó que la mira diera en medio de los ojos del teniente. Puso el pie derecho por detrás del pie izquierdo y separó un poco las piernas para tener mayor estabilidad.

El teniente seguía quieto, observándola cómo titubeaba y trataba de acomodarse mejor. Levantó la mano izquierda y se tapó la boca mientras bostezaba.

—¡Que hijueputa tan sonsa! —le gritó y le lanzó la botella de jugo y se la rompió en la cabeza.

El teniente se levantó con agilidad y se abalanzó sobre Adela quien desde el piso hizo un par de disparos hacia ningún lado antes de que el pie del teniente le pisara el antebrazo sin darle oportunidad de disparar más.

—Hasta aquí llegamos los dos, meja.

Después que se calló el chillido que le quedó en los oídos por el disparo, el teniente Ramiro pudo distinguir un ruido diferente al del aguacero de la calle. Caminó despacio por la casa buscando la fuente del ruido. Pronto reconoció que era el llanto de un bebé. Con cuidado, asomó la cabeza por la puerta de un cuarto mediano y vio al hijo de Carlos y Adela llorando, de pie contra las barras de su pequeño corral. El teniente dejó caer la pistola y se acercó despacio al niño.

—Shhhh... no, no, no... shhhh... no hay que llorar —dijo el teniente cuando lo alzó en sus brazos—. Los hombres no lloran, mejo.

El niño se calmó un poco y el teniente empezó a sonreírle.

—Vamos a hacer una cosa. Usted no llora más y yo me lo llevo de paseo.

El niño sonrió con las voces que le hizo el teniente.

—Bien. Así me gusta mejo. Bien varoncito.

El teniente atravesó la sala y el pasillo. Esquivó el cadáver de Adela y el de Carlos, llevando a David debajo de su chaqueta tapado con un cobertor. Con una sola mano se acomodó el sombrero y la bufanda y se lanzó a la oscuridad de la noche, protegiéndose y protegiendo al niño de la incesante lluvia.

En la calle, el teniente vio muchos curiosos asomados a las ventanas. Apenas lo vieron salir de la casa, casi todos apagaron las luces.

—¡Tan maricas! —les gritó— Como si no los hubiera visto ya.

El teniente empezó a caminar despacio, encorvado, evitando que el agua los fuera a empapar a los dos. De vez en cuando metía la cabeza para ver al niño y este lo esperaba con una sonrisa.

—Ahí vamos mejo, ahí vamos.

Una patrulla de la policía se deslizó a gran velocidad y fue a detenerse frente a la casa de Carlos y Adela, e ignoraron por completo al hombre que caminaba encorvado bajo la lluvia mientras cantaba con mala voz y sin melodía "Sweet dreams are made of this, who am I to disagree...".

FIN